



Aniversario

en

alla mar

Freya Asgard

Aniversario en
Altamar

Freya Asgard

Aniversario en Alta mar©2021
Todos los derechos reservados
Novela inédita escrita por Freya Asgard©2013
Prohibida su reproducción total o parcial sin el
consentimiento de su autora
Portada: fotografía: Víctor Montenegro

Estoy dispuesto a esperar por ti el
tiempo que sea necesario, así sea un
año o mil

Capítulo 1

Maritza se sentó frente a su esposo en el elegante restaurant en el que la había citado. Sostuvo su mirada unos segundos y luego bajó la cara, ni un “hola”, mucho menos una sonrisa de parte de su esposo, la recibió.

—¿Cómo estás? —le preguntó ella en tono bajo.

—Nos vamos a ir de viaje —le explicó él con tono autoritario—, vamos a tomar un crucero por el Mediterráneo, estaremos veinte días fuera.

—¿Veinte? ¿Y tu trabajo? Jamás lo dejas.

—Esta es una ocasión especial, es mi regalo de aniversario, no todos los días se cumplen diez años de feliz matrimonio.

Ella sonrió entre confundida y nerviosa, *¿feliz matrimonio?*

—Ahora, después de almuerzo, quiero que vayas a comprarte ropa, quiero que seas la más linda del barco, aunque claro, no para coquetear con otros hombres.

—Sabes que no, Ricardo, yo no...

—Sé que no, cariño, yo solo digo.

Ella bebió un sorbo de su vino, era muy dulce y suave.

—También quiero que te compres ropa interior sugerente, hacer el amor en un barco es muy excitante.

—Está bien.

El resto de la comida fue en silencio. Al terminar, él la tomó de la mano y la sacó del local como si fuera una niña pequeña a la que había que tener controlada para que no hiciera una maldad.

—Nelson te acompañará, ya le di mi tarjeta, él te orientará en lo que espero de estas compras.

—El hombre le dio un corto beso a su esposa—. Ah, y nos vamos pasado mañana, ten todo listo para entonces.

—¿Pasado mañana?

—¿Algún problema?

—No, no.

—Bien. Nos vemos a la noche. Te quiero preparada. —Otro corto beso, se subió al automóvil que lo esperaba y se fue.

Maritza miró a su escolta, el que tenía una expresión indescifrable, como siempre.

—¿Le dijo dónde comenzar?

—Claro que sí, señora. Vamos.

El hombre le indicó una dirección y comenzaron a caminar lado a lado. Durante toda la tarde, todas las horas que tardaron en comprar, Nelson no pronunció palabra alguna, solo escuetos “No” cuando alguna prenda que ella quería elegir no sería del agrado de su jefe, quien había sido muy específico en lo que quería que su esposa llevara. Cada cierto rato, tras varias compras, aparecía el chofer y se llevaba las cajas o bolsas de lo que había adquirido. En más de una ocasión, Maritza le dijo que ya era suficiente, sin embargo, el hombre la obligaba a seguir comprando; debía llevar al menos, dos conjuntos diarios.

Al llegar a la sección de ropa interior, Maritza esperaba que el hombre se alejara y, contrario a ello, eligió un conjunto de encaje negro y una diminuta camisola que no dejaría casi nada a la imaginación. La mujer se puso roja.

—En esto, su esposo fue mucho más específico.

—Menos mal que no me los tengo que probar frente a usted.

—No se preocupe, sé exactamente cómo le quedarán.

—Supongo que eso no se lo dirá a mi esposo, lo despediría de inmediato.

—Al contrario, señora, él me enseñó un video suyo muy sugerente, por eso tengo claras sus medidas y la forma de su cuerpo.

—¿Un video? Pero... pero... ¿cómo? Yo nunca...

—No se preocupe, nadie más verá esos contenidos. Tome, este se le verá muy bien y mi jefe quedará muy satisfecho.

Ella se lo arrebató de las manos y lo hizo una bola con ganas de lanzárselo por la cabeza.

—No se moleste, él solo quiere lo mejor para usted —dijo de una forma que Maritza no distinguió si lo hizo con ironía o con enojo.

—Claro, si usted lo dice...

—¿Lo duda, acaso?

—No lo dudo, lo que digo es que usted no tendría por qué haber visto nada íntimo de mí y mucho menos estar eligiéndome la ropa interior.

—Él paga y tiene derecho a obtener lo que quiera a cambio de ese dinero, así funciona, ¿no?

—¡Yo no soy un objeto!

—No, pero la ropa sí y esa la quiere él a su gusto.

—Entonces debería haber venido usted solo, si usted escogió todo.

—Escuche, señora, yo trabajo para él, si él me ordena algo, yo lo cumplo. Usted, en cierto modo, también trabaja para él. Todos sus gustos y todos sus caprichos salen del bolsillo de él, así que él tiene derecho a decidir y a exigir lo que se le dé la gana y muy esposa suya será, pero él manda, él decide, él es dueño de su vida y si no le gusta, lárguese, a ver dónde va a estar mejor. Su familia no tiene todo el dinero del que goza con su esposo, señora, además, dudo que la reciban de vuelta después de las humillaciones que los hizo pasar cuando se convirtió en la gran señora Zegers. Usted quería dinero, joyas, una posición social... Ahora tiene que pagar el precio y, por el momento, este es el precio, que sepa que yo la vi desnuda en todo su esplendor, que sea yo el que le escoja la ropa interior y, si se me da la gana que se la pruebe para verla, lo hace, porque así lo ordenó el señor Zegers, ¿le quedó claro? Y vaya al vestidor a ponerse esto, cuando esté lista me avisa, quiero verla —ordenó de un modo intimidante.

—¿Y si no quiero?

—Tengo orden de llamar a mi jefe y él mismo vendrá a ponerla en vereda, ¿quiere que lo llame?

—¿Le dirá esto?

—No, si usted obedece y hace lo que le digo.

—Entonces no lo llame —suspiró y entró al vestidor, resignada.

Cuando estuvo lista, lo llamó. El hombre se acercó y abrió la puerta solo un poco y se asomó.

—No esperará a que salga, ¿verdad? —preguntó casi como un ruego.

—Por supuesto que no. Gírese.

Ella lo hizo.

—Bien. Sí, mi jefe estará muy satisfecho.

—Lo imagino.

—Aquí le dejo esta para que se la pruebe. No es necesario que me la muestre.

—Gracias.

Él hizo un asentimiento con la cabeza y cerró la puerta.

Ella se probó los conjuntos que le entregó el hombre y luego salió, desechó uno con el que no se sintió cómoda; él no insistió.

—¿Tiene hambre? Su esposo llegará muy tarde esta noche y me dijo que la llevara a cenar cuando termináramos, ya es tarde.

—Sí, tengo un poco de hambre, pero seguramente en la casa debe haber algo...

—No, no, vamos. ¿Quiere ir a algún lugar en especial?

—No.

—¿Algún lugar al que no quiera ir?

—Nada muy lujoso, por favor, algo discreto.

—Muy bien, conozco el lugar perfecto.

Nelson abrió la puerta del automóvil que acababa de llegar hasta ellos e hizo subir a la mujer, él rodeó el vehículo y se subió por la otra puerta.

—Llévanos al Barrio Lincoln —ordenó a su chofer.

—¿Usted irá al cruce con nosotros? —Se atrevió a preguntar ella.

—Por supuesto, como también Bruno, seremos sus escoltas en caso de que pase algo.

—Claro.

—Está enojada.

—No, solo estoy cansada.

—Ya podrá llegar a su casa a descansar.

—Dudo que pueda hacerlo, mi esposo me pidió que estuviera *preparada*. —Entornó los ojos.

—A veces el precio de querer todo sin trabajo es demasiado alto, ¿no es verdad?

—¿A qué se refiere?

—A eso. Usted era una chica de barrio, sin estudios, que quiso tenerlo todo sin esfuerzo, pero siempre, siempre, hay un precio, un esfuerzo, un trabajo, sea del tipo que sea, incluso el de prostituta.

Ella lo miró horrorizada.

—Eso es usted, una cara prostituta con papeles legales. ¿O me va a decir que le gusta tener sexo con su esposo?

—Usted no sabe nada.

—Sé mucho más de lo que cree, *señora*, mucho más.

—Si lo sabe, entonces debe estar enterado de que no me puedo negar a él, y no por el dinero, precisamente.

Él la miró sin comprender.

—Yo no creo que sepa todo, si lo supiera...

—Ilumíneme, yo sé mucho más de lo que usted piensa. Aunque al parecer no tanto como debería.

—Tal vez solo sabe una parte.

—Ya le dije, dígame lo que no sé. Al fin y al cabo, solo llevo un par de años trabajando para su esposo. Y para usted.

—Se está burlando, ¿cierto?

—No, por supuesto que no, no suelo hacer eso, quiero saber su versión, creo que es la primera

vez que hablamos desde que llegué a trabajar aquí.

—A usted nunca le he caído bien, no tenía por qué hablarme.

—¿Cree que no me cae bien?

—No lo creo, estoy segura.

Él la miró un largo rato, parecía analizarla, como si no la hubiese visto en mucho tiempo.

—Dígame, cuénteme su versión de la historia, si no se vendió por dinero a un multimillonario arrogante, ¿por qué está casada con él? ¿Por qué le permite que la trate del modo en el que lo hace? ¿Y por qué no lo deja?

—Si no hago lo que él me pide... A él le encantan las marcas que tengo en mi cuerpo, no sé si se verán en el dichoso video, pero supongo que sí las vio ahora... Él dice que son el reflejo de mi sumisión a él. Si me atreviera a abandonarlo, me mata, usted lo sabe bien, porque usted mismo sería el del arma, ¿no es verdad? —El hombre la miró sorprendido—. No me venga a decir que yo estoy con él por el dinero, estoy con él para mantenerme con vida, aunque todavía no sé para qué. No soy una prostituta y nunca lo he sido. Me enamoré como una idiota y, cuando traté mal a mi familia, cuando la ofendí, fue para protegerlos, si no lo hacía, él los “apartaría” del camino para que no me estorbaran. Pero eso también usted lo sabe, ¿no? Usted lo sabe todo, ni siquiera tendría que estarle contando esto, ¿para qué?, ¿para que se burle de mí por mi estupidez de creer que un hombre como el gran Ricardo Zegers, el millonario empresario, se había fijado en una pobre chica tonta? Sí, me enamoré, Nelson, me enamoré... hasta la Luna de Miel, desde entonces, mi vida se volvió un infierno. Ni siquiera debería estar diciéndole esto, seguramente, usted irá con el cuento de que soy una bocona.

—De mi boca no saldrá nada de esto y estoy seguro de que nuestro chofer tampoco lo hará.

El aludido negó con la cabeza.

—También creo que está cansada, podría tomar una siesta antes de que llegue su esposo, podemos apresurarnos en comer.

Maritza asintió levemente. Nelson no dijo más, guardó un tenso silencio el resto del camino, silencio que ella interpretó como enojo, pues sus puños estaban cerrados sobre sus rodillas, con los nudillos blancos por el apretón.

Capítulo 2

Dos días más tarde, Maritza y Ricardo subían al crucero prometido. El maquillaje que ella usaba ocultaba un pequeño moratón en su pómulo.

—Nelson, llévala al camarote, yo iré a dar una vuelta por ahí —le dijo Ricardo al escolta de su esposa—. Espérame lista —le ordenó a su mujer con tono frío.

—Está bien.

El guardaespaldas siguió camino al lado de la mujer sin emitir palabra alguna. Abrió la puerta de la habitación y la dejó así para que ella entrara.

—Descanse, mañana será un largo día, hay muchas actividades planificadas.

—Dudo que duerma, mi esposo quiere entrenar la ropa que *usted* me compró y después de esto...—respondió con amargura enseñando el golpe que le había dado hacía dos noches.

El hombre alzó su mano y pasó su pulgar por el pómulo herido.

—No se preocupe, esta noche él no vendrá a dormir.

—¿Cómo que no? ¿Qué va a hacer?

—¿Le preocupa?

—La verdad es que no, solo espero que no llegue bebido, se pone peor con trago en el cuerpo.

—No se preocupe, no vendrá. Descanse.

—Gracias.

El hombre hizo una inclinación con su cabeza, tomó el pomo de la puerta y la cerró. Se quedó afuera un momento y resopló, sacó su radio para hablar con su compañero.

—¿Está listo?

—Todo dispuesto.

—Perfecto.

Nelson miró la habitación unos segundos y caminó a paso apresurado por el vacío pasillo.

Maritza, por su parte, se dejó caer en la cama y suspiró. Esa noche dormiría sola. Sonrió. Eso era lo más parecido a la felicidad que había experimentado desde hacía mucho tiempo. En la ciudad, por más que llegara tarde, incluso de madrugada, ella siempre debía estar dispuesta para él, aunque no tuvieran relaciones, a veces solo gustaba de maltratarla, desquitarse con ella por cualquier nimio problema en su día, como si ella fuera la culpable de todo lo malo que le pasaba.

La mañana siguiente, Maritza abrió los ojos y se sintió relajada. Extendió los brazos en la cama, estaba sola, sola, sin su esposo. Había dormido muy bien, el vaivén del barco la había mecido toda la noche y el descanso fue muy reparador.

Se dio una larga ducha antes de ocuparse de su arreglo personal y salir a tomar el desayuno. Afuera la esperaba Nelson.

—Buenos *días*, señora, ¿cómo amaneció? —preguntó algo burlón por la hora.

—Buenos días, Nelson, amanecí muy bien, gracias. —Tenía una radiante sonrisa y no notó la ironía del hombre.

—¿Le gustó la cena? Pensé que no querría salir, por eso le envié la comida anoche.

—Pensó bien, gracias, estaba muy rico todo y tuvo razón en que no quería salir.

Las facciones del hombre se suavizaron, pese a que no llegó a esbozar una sonrisa.

—Vamos, su almuerzo la espera.

—¿Almuerzo? En realidad, pensaba tomar desayuno, pero creo que es más tarde de lo que pensé, ni siquiera vi mi celular.

—Pasan de la una, dudo que sea hora de desayunar.

Ella se encogió de hombros, sentía que no tenía por qué preocuparse, más que de mantenerse en pie. Se tomó del brazo masculino, ya que el movimiento de la embarcación la hacía tambalear.

—¿Y mi esposo?

—Está en la piscina con una horrible resaca.

—Ah.

—¿Quiere ir con él?

—¡No! —Se detuvo y lo miró asustada—. ¿Tengo que ir?

—No, ni cuenta se ha dado de que usted no está. Preguntó por usted esta mañana, pero como no había salido del camarote, no le importó, supuso que todavía lo esperaba y decidió dejarla plantada —dijo con un tono de ironía.

—Sí, estaba ansiosa porque llegara —se burló.

Entonces el guardaespaldas sí esbozó una leve sonrisa, casi imperceptible.

—Bien, esta es su mesa, su anfitrión ya llegará a atenderla.

—Gracias, Nelson, ¿usted ya almorzó?

—Ahora voy a hacerlo, aquí no corre peligro.

Ella sonrió por respuesta y el gorila se alejó por un pasillo.

—Señora Zegers, buenas tardes, ¿ya decidió lo que quiere comer?

Maritza ni siquiera había visto el menú, miró al hombre que le regalaba una bella sonrisa y quedó estática.

—¿Qué me recomienda?

—No se preocupe, vuelva en un rato, yo decidiré por los dos.

La voz de Ricardo, su esposo, la puso a la defensiva.

—Sí, ordenaremos en un rato, déjenos espacio, por favor —afirmó al mesero con voz agria.

—Claro, como ordene, vuelvo en unos minutos.

El hombre alzó las cejas y se retiró de la mesa, sorprendido por la actitud de la pareja.

—¿Y tú? —le preguntó él.

—Acabo de levantarme, creo que el barco me hizo dormir demasiado profundo. ¿Y tú? No te sentí llegar ni levantarte.

—No quise despertarte —mintió—, te veías muy bien durmiendo.

—Me imagino, como princesa de cuento, ¿no? —ironizó.

—¿Acaso no vives en un cuento, princesa?

Ella miró a su alrededor y sonrió.

—Esto es un sueño para cualquier mujer —aceptó, pero en su mente agregó que no para ella.

—Por ti, todo, mi princesa —le dijo y tomó su mano para besar sus nudillos.

Maritza sonrió con extrañeza.

Ricardo llamó al mesero.

—Tráenos pato asado con papas rústicas, ensaladas verdes y de postre... tiramisú.

—¿Algo de beber, señor?

—Vino, el mejor que tengas.

—Está bien.

—¿La señora desea algo más?

—Ya oyó a mi esposo, ¿o está sordo? No queremos nada más. Retírese de una vez.

El empleado hizo un gesto de desagrado y se retiró.

—Me gusta que te hagas respetar, estos rotos *patipelados*, cuando les das la mano, se toman el codo, no saben mantenerse en su lugar y creen que todos somos iguales —halagó Ricardo—. Espero que mantengas la misma actitud con él todo el viaje, es más, quiero que lo humilles cada vez que te acerques a él. Ese tipo quiere contigo y supongo que no lo vas a permitir, ¿verdad?

—Ricardo...

—¿Te gusta, acaso?

—¡No! Por supuesto que no, pero de ahí a humillarlo por nada...

—Bueno, no lo hagas. No te puedo obligar, ¿verdad? —preguntó en tono de amenaza.

Ella suspiró y cerró los ojos.

—Aquí tienen su vino. Señor. —Le vació un poco del líquido en la copa para que diera su aprobación.

—Sí, gracias.

El mozo sirvió el vaso de Maritza y luego el de Ricardo.

—Ya traigo su comida.

—Espero que no tarde, al paso que va, estará frío.

—¿Perdón?

—Apresúrese, lástima que no hay más donde comer aquí, en este pequeño cuchitril que llaman “cruceiro”.

El hombre resopló y volvió a la cocina.

—Muy bien hecho, princesa, perfecto.

—Sabes que no se lo merece.

—¿Y eso qué? Así no le quedarán ganas de acercarse a ti, ya vi cómo te comía con la mirada.

—Eso no es verdad.

—Eres demasiado inocente, princesa, para darte cuenta de las lascivas miradas que despiertas.

—Si no usara estas prendas...

—La culpa no es de las prendas, la culpa es tuya por ser tan provocativa.

La mujer iba a replicar, pero vio al mesero caminar hacia ellos y calló.

—Aquí está, espero que sea de su agrado.

—Siempre y cuando usted no lo haya cocinado.

—Por supuesto que no, para ello hay personal cualificado, señora, yo soy solo un mesero.

—Retírese de mi presencia, por favor, no quiero oír nada de usted —le ordenó.

El empleado parecía a punto de estallar, sin embargo, se mordió la lengua y se fue de allí.

—Así actúa una mujer de clase, sabe muy bien poner en su lugar a los desclasados. Todos estos tipos esperan cazar a una ingenua mujer para subir de escalón en la sociedad, cosa imposible, por supuesto —la halagó su esposo.

—Claro.

La mujer se sintió mal por pensar que ella también era una desclasada, pues, aunque su familia no era pobre, tampoco estaba al nivel de los Zegers. Cuando lo conoció, él era el hombre perfecto y nada quedaba ya de ese orgulloso y... Detuvo sus pensamientos de golpe. Sí, siempre fue igual, orgulloso, frío y algo engreído, solo que no es lo mismo admirar a alguien así, que vivir con uno. Ella lo entendió demasiado tarde.

Capítulo 3

El mesero dejó la bandeja sobre el mesón de la cocina y resopló furioso, apoyado en la mesa para calmarse.

—¿Pasó algo, jefe? —preguntó Johan, otro de los empleados.

—¿Siempre se topan con gente así de desagradable?

—¿Cómo esa tipa? —replicó Ignacio, un mesero que entraba en ese momento a la cocina—. No. Esa mujer es de lo peor, voy a ir yo a hacer el recambio de platos.

—A mí me tocó un tipo así una vez, era un hombre, qué terrible, me hizo llorar —intervino Xiomara.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—El cliente siempre tiene la razón, ¿no? Sobre todo, estos ricachones.

—¡No!

—¿Y por qué no le dijo nada a ella ahora?

—Porque a mí no me ofenden sus palabras, pero no por eso voy a permitir que les hagan lo mismo a ustedes, ella se aprovecha de su condición social y cree que me ofende porque soy un simple mesero, como si eso fuera denigrante. Se cree la *condesa* del Godess Carité —replicó con sorna.

—En todo caso —intervino Ignacio—, el tipo no lo hace nada de mal, cuando pasé cerca de su mesa, él la felicitaba por ponerlo en su lugar.

—¿Y se va a dejar? —inquirió Johan.

—Ya veré cómo lo arreglo.

—¿Y si se enojan? —preguntó Xiomara, asustada.

El hombre sonrió divertido.

—Que se vayan, yo mismo los pondré en el tablón para que se bajen de mi barco.

Los empleados de la cocina se rieron con ganas, sabían que era imposible eso, a no ser que los lanzara al mar y nadaran a tierra firme.

—Ya, toca el recambio, yo voy —se ofreció la chica.

—No, no te preocupes.

—A veces son pesados con el sexo opuesto, si se pone tonta, va otro.

—Estaré al pendiente, si te dice la más mínima cosa, me haces un gesto y voy, no permitiré que te trate mal.

La chica sonrió y aceptó con un gesto, sabía que eso era cierto, él jamás trataba mal a ninguno de sus colaboradores.

Ulises observó a su empleada en todo momento, pero no pareció contrariada. Al regresar, esperó sus comentarios; nada.

—¿Y bien? ¿Qué pasó?

—Creo que no se sorprendió al ver que había cambiado su mesero, al contrario, pareció aliviada.

—O sea, es conmigo la cosa, el odio de la loca es en contra de mí.

—No creo que la loca sea ella, no pareció aliviada porque usted no le gustara, pareció

aliviada de relajada, como si yo no representara un peligro.

—¿La defiendes? Eso es imposible.

—No sé, esa es la impresión que me dio, ojalá no sea una de esas mujeres que sufren violencia y que, por ser ricachonas, no pueden hablar, saben que serán mujeres muertas.

—Por favor, Xiomara, esa mujer está loca, no hay otra explicación.

—Bueno, si usted lo dice —aceptó la joven bajando la voz.

—Perdón, no quise ser brusco, es que esa mujer me saca de quicio y ahora tú la defiendes.

—Sí, sí, lo entiendo, no tiene que disculparse. Pero a veces no todo es blanco o negro.

—Tienes razón, pero, lo que es yo, no me vuelvo a acercar a ellos por nada del mundo, no quiero ser el causante de que misteriosamente caigan al mar —terminó con tono divertido.

—Bah, usted no sería capaz, es más bueno que el pan —le dijo Ignacio con sinceridad.

—No se confundan, yo soy bueno con quienes son buenos conmigo, pero con los que no se lo merecen...

—Usted no mata ni una mosca —repuso Xiomara—, si no, la pareja de allá afuera estaría a trecientos metros bajo el mar.

—Tampoco fue para tanto, la tipa ni siquiera sabe ofender —se burló.

—No fue eso lo que pareció cuando entró aquí con ganas de asesinar a alguien —indicó Johan algo socarrón.

—La condesa me saca de quicio, eso es lo que pasa, desde que la vi y me miró con esa carita de *yo no rompo un huevo*... Ya pasó. No pensaré más en ella.

Los empleados se miraron aguantando una sonrisa, esa mujer le había gustado a su jefe, de ahí su molestia.

—Toca el postre, ¿vas tú Xiomara o voy yo? —preguntó Ignacio.

—No, yo voy.

La joven, de unos veinticinco años y estudiante de Ingeniería en Administración de empresas, llevó los tiramisú con una gran sonrisa en sus labios. Otra vez, Ulises Areleus no despegó la vista de su empleada y de la *condesa* hasta que volvió.

—Igual que antes, nada déspota, al contrario, bastante amable, muy agradable la mujer.

—Perfecto, cualquier inconveniente con ellos, me avisan. Si es así, que contigo no tienen problema, me gustaría que fueses tú su anfitriona, así no hay contratiempo con los demás chicos. Yo tomaré uno de tus clientes.

—Claro, por mí está bien. Podría hacerse cargo de la pareja Russo, los abuelitos que están terminando su comida, a él a veces hay que ayudarlo a levantarse y le da pena que tenga que ser yo, *una mujer*, porque según él, no tengo fuerza; me preguntó si no había un hombre disponible para no abusar de una pobre damisela como yo.

—Perfecto, me haré cargo.

—Gracias.

—Qué machista el viejito —comentó Ignacio.

—¿Qué esperas? Tiene casi noventa años, bastante bien conservados por lo demás, pero se crio en una época distinta, donde la mujer era frágil y delicada. Al menos es machista de esos, de que a la mujer no se le toca ni con el pétalo de una rosa y no de los otros que creen que son superiores a las mujeres y son su propiedad, mira que de esos abundan hoy con todo el *antimachismo* que hay.

—Eso es cierto.

—Voy a ver a los Russo, al parecer ya terminaron —informó Ulises.

El hombre se acercó a la mesa y ayudó a Walter Russo a levantarse.

—Yo seré su anfitrión de ahora en adelante, mi nombre es Ulises Areleus.

—Gracias, joven, esto de llegar a los cuarenta —bromeó el anciano.

—Sí, ya quisiera llegar yo a los cuarenta como usted —contestó su anfitrión.

—Ojalá y con una mujer a su lado como mi Gianna.

—Eso es muy difícil en estos tiempos. Encontrar una buena mujer que lo aguante a uno, es complicado.

—Es de a dos, joven, el trabajo del hombre es enamorarla día a día. Ya encontrará a una mujer que lo ame y a quien usted ame hasta el fin de sus días.

—Espero que sus buenos deseos se cumplan, ya voy teniendo mi edad y todavía no aparece una mujer que me quite el sueño.

—No busque una que se lo quite, busque una que se los dé y que sueñe a su lado.

—Este viaje fue nuestro sueño de siempre —intervino la mujer, unos diez o quince años menor que él—, pero nunca se nos pudo dar, llegaron los hijos, pasó el tiempo... y ahora estamos aquí, con nuestro último sueño cumplido. Ahora nos podemos ir en paz con mi viejo. Soñar juntos es muy importante, jovencito, luchar por ellos también y, como dice mi esposo, no olvidar de enamorar y enamorarse cada día. Hasta el fin, que en nuestro caso ya está cerca.

—Les queda mucha vida todavía, no diga que se pueden ir en paz o que se viene el fin de sus días.

—Ya no tanto. Lo único seguro de la vida es la muerte y nuestro reloj se está parando. —La anciana tomó las manos de Ulises—. Joven, a veces el amor se encuentra donde menos lo espera, nunca trate mal a una mujer porque puede ser allí donde su corazón quiere alojarse.

—Jamás he hecho eso y espero no hacerlo nunca, mis padres me enseñaron a respetar a todos.

—A veces, las mujeres hacemos cosas que no queremos para no parecer obvias, en especial las mujeres que no son felices; aprenda a mirar más allá de las palabras.

—No entiendo a qué se refiere.

—Ya lo entenderá, joven. Gracias por la atención.

Los ancianos salieron del restaurant del crucero a paso lento y Ulises quedó confundido con las últimas palabras de la mujer.

Recogió los cubiertos y desocupó la mesa. Iba llegando a la cocina, cuando por el pasillo contiguo, el que daba a los servicios higiénicos, salió una mujer y lo chocó, casi le hace botar todo.

—¿Usted? —espeta la mujer—. ¿Por qué no se fija por dónde va?

—¿Yo? Usted me golpeó a mí.

—¿Me va a culpar a mí? Por favor, usted no se fijó. Agradezca que no llamo a su jefe para acusarlo de acoso.

El hombre iba a sonreír hasta que escuchó la última palabra.

—¿Acoso? ¿Usted cree que la acoso? Por favor, señora, no me gustan las mujeres prepotentes con aires de grandeza y que no son más que... —"baratijas, Condesa", terminó en su mente y no de muy buena forma.

—¿¡Qué?!

—Permiso, no voy a seguir discutiendo con usted aquí.

—Imbécil —dijo muy enojada y él pudo notar en sus ojos un brillo tal, que sintió que su odio era más grande que el mismo océano.

—Agradezca que es una mujer. Permiso.

Él entró a la cocina y, luego de dejar la bandeja sobre la mesa, sacó un vaso de agua y se lo tomó al seco.

—Esa mujer sí que lo odia —comentó Johan.

—Esa mujer siente cualquier cosa por el jefe, menos odio —aclaró Xiomara con un toque de ironía.

—Esa mujer lo buscó para poder gritonearlo, ¿cómo puedes decir que no lo odia?

—No sé, a lo mejor estoy loca, pero estoy segura de que esa mujer no lo odia, a lo mejor su marido es un psicópata y quiere que ella le demuestre que no siente nada por usted y por eso se siente obligada a maltratarlo.

Ulises sonrió divertido.

—Me parece que estás viendo demasiadas teleseries turcas —bromeó Johan.

—Sus novelas rosa son las culpables, siempre que tiene tiempo libre, anda leyendo esas novelitas de amor —se burló Ignacio—, esas son las que le dan esas ideas y anda viendo romance en todas partes.

—¡Pesado!

—No se burlen de su compañera —ordenó Ulises con calma—. Mi querida Xiomara, eres demasiado joven para ver la realidad de la vida, esa mujer es un asco de persona, ella me odia simplemente porque soy hombre y mesero, soy de una clase social inferior... Como ella es *condesa* —terminó burlón.

—Pero eso no es verdad, usted...

—Pero ella no lo sabe, para ella soy un arribista que quiere conseguir dinero a toda costa. Vi la verdad en su mirada ahora mismo, cuando me llamó imbécil. Ella tenía la sinceridad marcada en sus ojos. Esa mujer no siente nada más que rencor contra mí. No puedo hacer nada aparte de hacerme a un lado y rogar porque no me siga buscando, porque me va a encontrar.

—Llámenme loca, romántica, inocente, todo lo que quieran, pero de que hay algo raro en ella, hay algo raro, espero que no me den la razón cuando ella esté tres metros bajo tierra, como un número más de feminicidio.

—Por favor, míralo, él no le despega la vista de encima, vienen a celebrar su décimo aniversario de matrimonio... Mira, mira, ahora mismo él le está besando la mano como todo un *lord*.

—Y el moratón en su mejilla fue un golpe con la puerta del baño. No. Él es el loco y ella no es más que su víctima —manifestó molesta y salió de la cocina para llevar el postre.

Capítulo 4

El salón estaba repleto de gente. Aquel viernes era la fiesta de cumpleaños de dos pasajeros y todos estaban invitados. A decir verdad, el crucero no era tan grande como los que solían aparecer en las revistas de viaje, pero era bastante cómodo y, como era para pocos pasajeros, la fraternidad era fácil de llevar.

Maritza y Ricardo llegaron algo tarde, él había querido *disfrutar* de su mujer antes de bajar, ya que no había podido hacerlo desde que subieron al barco, pero cayó dormido en cuanto tocó la cama y, al final, no pudo hacer nada. Al despertar, Bruno y Nelson se encontraban allí esperando a que se recobrara. Maritza estaba lista, sentada en una silla ante el tocador, rogando que no hiciera salir a los empleados para abusar de ella, pues, lo que hacía él en la intimidad con su mujer, no tenía otro nombre.

A mitad de la fiesta, Ricardo ya había tomado más de la cuenta. Maritza intentaba apartarse de él, pues la quería manosear delante de todos y demostrar que el amor no se había apagado.

—Yo sé que tú ya no me amas —le reprochó a su mujer, cansado de luchar—, sé que quizá nunca me amaste, querías solo mi dinero, ya lo tienes, ahora, ¿qué más da tu marido? Nada importa, ¿cierto? Solo estás conmigo por mi dinero, ¿qué harías si te dijera que ya no tengo nada, que lo perdí todo?

—Ricardo, por favor, vamos al camarote, no hagas un escándalo aquí.

—¿Quieres demostrarme con sexo cuánto me amas? ¿Acaso crees que no me doy cuenta de que finges todo el tiempo? ¿De que eres una perra frígida? Ni para la cama sirves, eres peor que un hielo en la nieve... Yo te lo doy todo ¿y tú qué me das? Nada. Ni siquiera una buena cogida.

—Ricardo, ¿qué te pasa? Vamos al camarote, por favor.

—Pasa que lo perdí todo, princesa, todo.

—Bueno, nos arreglaremos de alguna forma, ¿para qué tomaste este crucero si no tenías dinero?

—Porque quería que me recordaras bien, como antes, como siempre.

Extendió sus manos para tocar sus pechos, pero ella lo evitó, estaban dando un espectáculo que daba pena.

—Vamos al camarote, por favor, no estás bien.

—¡Claro que no estoy bien! ¿No me estás oyendo? Lo perdí todo, princesa, se acabó tu vida de reina, ya no hay tarjetas, no habrá más zapatos, ni ropa, ni lujos. Volverás a la mierda, como antes de ofrecerte como puta a cambio de mi dinero. Ahora de seguro me vas a dejar, ¿cierto? Como siempre has querido, pero tú sabes que no me puedes abandonar, lo sabes, lo sabes, ¿cierto que lo sabes? —Arrastraba las palabras a causa del alcohol.

—Escúchame, Ricardo, saldremos de esta, hagámoslo juntos, como siempre debió ser, yo te puedo ayudar, estaremos juntos en esto, no te dejaré, pero permíteme ayudarte. Vamos al camarote y hablaremos con calma de las opciones que tenemos, sé que podemos hacer algo.

Maritza intentaba calmarlo mientras que, con su mirada, buscaba desesperada a Nelson o a Bruno.

—¿Hacer algo? ¿Hacer algo tú y yo? Tú eres una inútil, ¿de qué sirves? Solo para exhibirte,

para nada más, para que los demás vean la clase de perra que eres; dentro de tu cabecita no hay nada, nada. —Le golpeó con sus dedos la sien—. Hueco, ¿viste? No tienes nada en tu cabeza, ¿me oíste? Ni siquiera terminaste la escuela, ¿qué vas a hacer para ayudarme? ¿Te vas a prostituir? Podría funcionar. Tengo amigos que pagarían muy bien por tu culo.

—Tienes razón, no puedo hacer nada. Me voy al camarote, no quiero seguir aquí siendo el hazmerreír de todos.

La mujer caminó para apartarse de su esposo y salir de cubierta, donde habían ido a tomar aire, por suerte para ellos, no había mucha gente alrededor, muchos se habían alejado al empezar él con sus reproches y les dejaron tranquilos, aunque, otros tantos, estaban expectantes para acudir en caso necesario.

Ricardo la iba a seguir, pero Bruno apareció y lo detuvo.

—Tranquilo, no es momento de hacer un escándalo —le dijo y le inyectó una pequeña aguja que lo hizo dormir de inmediato.

En tanto, Nelson fue detrás de su protegida.

—Camine más despacio, se puede caer con el movimiento del barco —le aconsejó, ella, con el susto de escucharlo de repente, se tropezó y él la sujetó sin problemas, colocó su brazo enlazado al de él para así afirmarla camino a la habitación—. ¿Está bien?

Ella asintió y siguió caminando, quería salir pronto de allí, se sentía objeto de todas las miradas.

—¿Es cierto que mi esposo está en la bancarrota?

—Todavía no, pero para allá va si no toma medidas.

—¿Qué medidas?

—Cosas de negocios, seguros...

Ella se detuvo en seco y miró a su guardaespaldas.

—¿Seguros?

—De sus empresas...

—No, es mentira, su seguro soy yo, ¿verdad? Si me muero, él recibirá una buena cantidad.

—Usted es mi protegida, ¿cómo cree que lo dejaré que la lastime?

—Porque usted trabaja para él, no para mí.

—Yo protejo a por quien me paguen.

—Pero él es el del dinero, así que yo no cuento en la ecuación. Yo le dije hace unos días que, si él quisiera matarme, sería usted el del gatillo, ¿será usted quien me lance por la cubierta?

—No piense eso, no será así.

—Y culparán al mesero, como yo lo he tratado mal...

—Creo que usted tiene una mente más retorcida que la de mi propio jefe.

—Será porque llevo demasiado tiempo conviviendo con él.

—Definitivamente, no hay ni una pizca de amor de usted hacia él.

—Él mató todo lo que yo sentía por él.

El hombre tomó del codo a la mujer y la condujo hasta el camarote.

—Duerma y descanse, no piense en tonterías, él no la arrojará al mar, tampoco lo haré yo, simplemente sus negocios están pasando por un mal momento y no sabe cómo enfrentar esta crisis, pero ya lo arreglaré, no es la primera vez que se encuentra en esta situación.

—Y yo seré su saco de descarga de frustración.

—No lo será, no se preocupe. Acuéstese y no piense en tonterías.

—Dudo que pueda dormir; como estaba, seguro llegará haciendo un escándalo peor que el que

hizo en cubierta.

—No vendrá a dormir hoy tampoco, no se preocupe.

—¿Anda con su amante de turno aquí?

Nelson sonrió.

—¿Celosa?

—Por supuesto que no, es solo que me causa extrañeza, ninguna de estas dos noches ha venido a dormir y jamás había hecho eso, él se jactaba de dormir solo conmigo, “aunque se revolcara con otras”, según sus propias palabras.

—Sí, solo duerme con usted, estos días ha dormido solo, eso se lo puedo jurar.

—Me parece muy raro, qué quiere que le diga, él quería este crucero para *estar conmigo* con el vaivén del barco.

—Si lo prefiere, puedo hacer que duerma aquí con usted.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Usted lo mantiene alejado?

—Al menos unos días, sí, para que descanse y se relaje, no podré hacerlo por siempre.

—Gracias.

—Buenas noches, descanse, mañana la vendré a buscar a las diez, hay una actividad a la que no podrá faltar.

—Buenas noches, Nelson, y gracias otra vez.

—Buenas noches, señora.

El hombre se echó hacia atrás para poder cerrar la puerta del dormitorio, pero ella lo detuvo, tomándolo del brazo. Él se sorprendió.

—¿Por qué hace esto?

—¿No lo sabe?

—No lo preguntaría.

—Porque me pagan por protegerla.

—Mi marido es quien le paga.

—Me paga para protegerla, incluso de él.

—No creo que esa sea la razón, sé que me miente, pero, en fin, gracias.

—De nada.

El hombre miró la mano de su jefa en su brazo y ella se apartó.

—Buenas noches, descanse.

—Buenas noches.

Ella entró y él cerró la puerta.

Maritza no sabía qué pensar, ¿sería verdad lo de la bancarrota de su esposo? Si así era, ¿cuáles eran sus planes? ¿Por qué gastar tanto dinero en un crucero si estaba al borde de la quiebra?

Se sentó en la cama y se dio cuenta de que había dejado su cartera en cubierta. Sabía que no había ladrones en ese lugar, pero tenía sus cosas allí. Salió de la habitación y se encontró a Nelson en el pasillo.

—¿Pasa algo? —le preguntó el hombre preocupado.

—Es que se me quedó mi cartera en la cubierta.

—Yo voy por ella, no se preocupe. Vuelva al camarote, por favor, no es conveniente que salga en este momento, además, usted no sabe mantenerse en pie —se burló.

Ella entrecerró los ojos ante ese comentario y sonrió avergonzada.

—Tiene razón. Esperaré aquí.

—Vuelvo enseguida.

La mujer se devolvió y, antes de entrar, miró a su guardaespaldas que iba a paso veloz a buscar sus pertenencias, no entendía cómo no se bamboleaba con el movimiento. Nelson era un hombre de unos treinta y cinco años, quizás un poco más, apuesto, muy musculoso, muy alto también, un hombre soñado para muchas mujeres. No para ella, que no lo veía más que como el gorila de su marido, aun así, algo extraño provocaba en sí misma, como si con él de verdad estuviera a salvo, como si una luz de reconocimiento pasara por sus ojos cada vez que lo miraba hacia arriba, pues ella le llegaba más abajo del hombro; tampoco es que ella fuera muy alta, al contrario, era bastante menuda.

Se dio la vuelta para entrar cuando se topó con Ulises cara a cara. O cara a pecho, mejor dicho.

—¿Quién es la que no mira cuando camina? —interrogó él, con un irónico mal humor.

—Lo siento —atinó a decir ella y se hizo a un lado para que él pasara.

—Vaya, no es tan valiente sin su marido, al parecer.

—Por favor, no estoy de humor.

—Ah, claro, perdón, es que hoy al almuerzo la vi de muy buen humor.

—Creo que, si sigue molestándome, tendré que llamar a su jefatura, señor...

—No le diré mi nombre, ¿cree que soy estúpido?

—Bastante, le diré, pero no al punto de pensar que no sabe siquiera su nombre.

—¿Usted se cree muy inteligente?

—Más que usted.

—Lo dudo.

—Permiso, no tengo ganas de discutir.

—¿Espera que le crea eso? Usted es la reina de la discusión.

—Usted es muy fastidioso y demasiado engreído, ¿no se lo habían dicho? Demasiado para un simple mesero.

—Claro, como usted se cree la condesa del Godess Carité...

—¿Qué dijo?

—Lo que oyó, anda por ahí con aires de condesa, como si le hiciera un favor al mundo tan solo por existir.

—No voy a permitir que me trate así.

—¿Ah, no? Llame a la jefatura, a ver qué dicen. Usted me cansa, *señora condesa*, y si sigue en esa pose, créame que, en cuanto toquemos tierra, el dueño de este crucero la expulsará sin miramientos.

—Inténtelo, mi esposo no le permitirá...

—¿Se refiere al alcohólico de su marido? Créame que, de haber sabido la clase de gente que son, jamás se les hubiera permitido la entrada a este barco.

—¡Usted no tiene derecho!

—Es usted la que no tiene derecho, no porque alguien es de un estrato social o económico menor puede ser denigrado como usted lo ha hecho conmigo, y agradezca que fui yo, de otro modo, señora, esta es la hora que el dueño del crucero hubiera dado la orden de desviar el rumbo con tal de dejarlos en tierra. No abuse de su poder, aquí no es su país donde usted puede hacer lo que se le venga en gana porque tiene dinero, este es el Godess Carité y su esposo no manda aquí, mucho menos usted.

—Escúcheme, deje de acosarme, deje de molestarme, ni siquiera me mire, y todo estará bien,

¿entendió? —pidió bajando la voz.

—¿De verdad usted cree que tengo ganas de estar a menos de un kilómetro cerca de usted? ¿Acosarla? Por favor, muy condesa se creerá, pero a mí me gustan mujeres de verdad, no muñecas plásticas que para lo único que sirven es para lucirlas ante los demás.

Eso dolió, pero él no lo notó, o si lo hizo, no dio muestras de darse por enterado.

—Es usted un energúmeno. Agradezca que no lo acusaré por esta falta de respeto.

—Para ser respetado hay que respetar primero. Además, usted es quien me está acusando de acosarla, como si fuese capaz de fijarme en una mujer como usted.

—Como si yo necesitara que se fijaran en mí, con mi esposo me basta y me sobra, además, usted de dios griego solo tiene el nombre.

El hombre sonrió con suficiencia.

—Debería aprender algo de historia, mitología y literatura, *condesa*, Ulises no es un dios griego, fue un héroe, protagonista de la Odisea. Debería leerla, aunque no espere que me convierta en un héroe con usted, porque no lo haré bajo ninguna circunstancia.

Maritza lo miró con rabia y tristeza en los ojos y se entró a su habitación, no tenía ganas de discutir, mucho menos con él, pero si lo trataba bien y luego él mencionaba el hecho de que cuando estaba sola era de una forma distinta a la que era cuando se encontraba con su esposo, lo pagaría caro, sobre todo con la actitud tan errática que estaba teniendo su esposo esos últimos días.

Capítulo 5

A las diez en punto de la mañana, Maritza salió al pasillo, Nelson ya la esperaba.

—Buenos días, ¿cómo durmió?

—Bien, gracias, ¿y usted?

—Como un bebé —respondió el hombre con aire jovial—. ¿Lista?

La mujer comenzó a caminar por el largo pasillo de los camarotes agarrada del brazo de su escolta hasta salir a cubierta, cerró los ojos y se cubrió la cara con la mano a causa del brillante sol que le golpeó el rostro.

—Debí haber subido con short —comentó.

—No, con buzo está bien, hay sol, pero corre viento.

—Ah, bueno, el viento me da frío.

—Lo sé.

Llegaron al área de la piscina, donde muchos pasajeros se habían reunido para participar de los juegos y concursos preparados para ese día.

Ella se detuvo y miró a su guardaespaldas.

—No sé si quiero ir.

—Vaya, será divertido.

—Pero no, no conozco a nadie.

—Será un buen momento para conocer gente.

—No sé, además si llega mi esposo y me ve...

—Su esposo no está en condiciones de venir.

—Pero están todos en pareja o con amigos. Mejor me voy a tomar el desayuno al restaurant.

—No diga tonterías, venga. Hay comida allí.

La tomó de la mano y la guio hasta la multitud.

—Bien, se nos ha unido una pareja más. ¿Esposos? —preguntó el locutor.

—No —respondió Nelson por los dos—, somos amigos, su esposo se encuentra indispuerto, no pudo acompañarla.

—Ah, qué mal, pero bueno, no todos se sienten a gusto en los barcos. ¿Nombres?

—Maritza Zegers y Nelson Santini.

—¿Anotado, señor secretario? —inquirió al productor, quien subió sus pulgares a modo de asentimiento, con una sonrisa divertida en su rostro.

Comenzaron los juegos, concursos de destreza, carreras y estrategias. Maritza se sintió tranquila y relajada, como si hubiera vuelto a ser una niña pequeña. Así se sentía con Nelson, quien a ratos se quedaba absorto admirando a su protegida.

Ulises la observó durante un buen rato, sin perder detalle de sus movimientos, hasta que Xiomara pasó cerca de él con una bandeja.

—¿No puede ver que es otra sin el imbécil de su marido? —le dijo al pasar sin darle tiempo a contestar.

Ulises medio sonrió, ella no la había visto la noche anterior, se comportó como la misma mujer con aires de condesa que quiso humillarlo en el restaurant. ¿Él, un dios griego? Rio por lo bajo,

ella se creía una condesa y no sabía siquiera quién era Ulises, ni el del libro, ni el de la vida real.

Al terminar los juegos, Maritza se veía feliz con los dos premios que ganaron, entonces el *mesero* se retiró a cumplir sus deberes.

—¿Ve que no era tan difícil? —le dijo Nelson a Maritza extendiéndole un jugo de naranjas.

—Sola no hubiera podido.

—Le doy la razón, ¿lo pasó bien?

—Muy bien, gracias, hace mucho que no me divertía tanto.

—Me alegro, al parecer, necesitaba este relax.

—Sí, creo que sí.

—Supongo que ahora querrá darse una ducha antes de almorzar.

—Sí, usted también, lo dejé todo mojado en el juego de los globos —le dijo con una risa culpable.

El hombre sonrió.

—Sí, necesito cambiarme. Vamos.

La tomó del brazo y se dirigieron a sus camarotes, el de Nelson se encontraba frente a la habitación del matrimonio.

—La espero en ¿dos horas? —inquirió burlesco.

—Sabe que no me demoro tanto, quince minutos está bien.

—Perfecto.

Le regaló una sonrisa muy dulce, la empujó con suavidad al interior del dormitorio y cerró la puerta.

—¿Te sorprendió verla tan relajada? —le preguntó el capitán del crucero a Ulises.

—Sí, pero más me sorprendió verla con ese tipo, ¿sabes quién es?

—Me parece que es su guardaespaldas.

—Ah, con guardaespaldas es la cosa, así de importante es. Sí, es toda una *condesa*.

—No sé si importante sea la palabra, pero tengo entendido que su esposo la cuida mucho.

—Aquí no se ha hecho mucho cargo de ella, ha pasado más borracho que con su mujer.

—Eso es cierto, no se les ha visto casi juntos.

—Bueno, me llevo a mis pasajeros, es la hora del almuerzo de los señores Russo.

—Te viera tu abuelo volviendo a tu antiguo trabajo, sentiría un gran orgullo por ti, él nunca le temió al trabajo, mucho menos para salvar sus empresas.

—Es algo que debía hacerse, nadie puede culpar a los chicos por haberse accidentado a última hora, hay que agradecer que siguen vivos, ese accidente pudo ser fatal, por suerte ellos iban a velocidad moderada, hubiesen ido como ese borracho que los embistió, podrían haberse muerto.

—Es cierto, tuvieron mucha suerte.

—Y ya no tenía tiempo a tomar a más meseros, obligado a tomar yo su lugar, de lo que no me arrepiento, por cierto.

—Te encontraste con tu adorada condesa —se burló.

—Loca, eso es lo que es, una loca de patio que debería estar encerrada.

—Igual te gusta.

—Por favor, ¿de dónde sacas eso?

—He visto como la miras, sobre todo hace un rato, en el que tan relajada se veía. Sonreías cuando ella reía, te brillaban los ojos cuando se sonrojaba, entonaste con ella su canción y hasta

pude notar que algo más pasó por tu cuerpo cuando ella quedó mojada con los globos.

—Creo que la locura se pega, mejor me voy. Antes muerto que sentir algo más que aversión por esa mujer.

El viejo capitán sonrió, ese chico era como su hijo y no podía mentirle, esa mujer lo sacaba de quicio, pero también le gustaba con la misma furia que le hacía sentir.

Capítulo 6

—Ayer no sé qué pasó, estuve todo el día durmiendo, Bruno me tuvo que llevar a su camarote porque no fui capaz de nada, dice que no me quisieron llevar a nuestra habitación, se suponía que estabas durmiendo o esperándome y ninguna de las dos opciones daba para que entraran al cuarto —le contó Ricardo a su esposa al almuerzo el día siguiente—. ¿Tú qué hiciste?

—Me dijo Nelson que no estabas disponible, así que anduve por aquí, por allá, almorcé en la piscina —omitió lo de los juegos a propósito—. Ya no nos atiende el mesero del principio, ahora nos atiende solo la chica. Después, leí toda la tarde en la cubierta mientras tomaba el sol. ¿Por qué quedaste tan mal? ¿Hasta qué hora bebiste?

—No lo recuerdo. Recuerdo que estábamos discutiendo y me dejaste solo... hasta ahí recuerdo.

—Estabas bastante ebrio cuando te dejé.

—¿Qué te dije?

—Me dijiste que tus negocios no andaban bien, que lo habías perdido todo, ¿es verdad?

—¿Me vas a dejar por eso?

—No, sabes que no, pero quiero saber la verdad, ahora que estás sobrio quiero saber por qué dijiste que querías que te recordara como antes.

—Porque cuando me conociste yo era otro, ¿lo recuerdas? Sí, siempre he sido arrogante, con mi estampa y mi dinero bien podía darme ese lujo, pero no era así, no tenía que emborracharme, tampoco era violento.

—Eso cambió cuando nos casamos.

—No, princesa, eso cambió cuando mis negocios comenzaron a irse a pique.

—No mientas, al volver de nuestra Luna de Miel...

—Al volver de nuestra Luna de Miel... —La interrumpió y le tomó las manos—. Al volver de nuestra Luna de Miel, una de mis empresas se fue a la quiebra, tuve que hacer muchos malabares para evitar perder otras más, todo este tiempo he luchado contra el fantasma de la bancarrota y ya no puedo más, todo está perdido.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué seguiste gastando como si fueras dueño del mundo?

—Porque no podía aparecer ante ti como un fracasado, ¿qué hubieras pensado de mí?

—Por favor, Ricardo, ¿me vas a decir que por eso me golpeabas? Hubiera preferido mil veces haberme ido a vivir abajo del puente contigo, con el hombre que me enamoró, antes de sufrir lo que he tenido que sufrir a causa de tu inseguridad, ¿qué creías?

—Baja la voz, por favor.

—Ayer no bajaste la voz cuando me trataste de inútil, de estúpida, de ignorante, hasta de perra y puta...

—Basta, no voy a permitir que me dejes en ridículo en público.

—Pues entonces golpéame, golpéame delante de todos si eres tan hombre —lo incitó envalentonada, se sentía cansada de tolerar sus arranques sin importarle, ni su dignidad, ni su integridad.

Él apretó la mandíbula y los puños, Maritza se levantó y salió apresurada de allí, no quería ser

golpeada delante de todos, aunque se lo hubiera ofrecido. Al salir chocó con Ulises.

—Apártese de mi camino, siempre aparece en los peores momentos —espetó ella y, sin esperar respuesta, siguió camino a su camarote, seguida por Nelson que tuvo que correr para darle alcance.

Ulises miró hacia la mesa donde se encontraba Zegers y lo vio negar con la cabeza, parecía frustrado, y cómo no, pensó, si con esa mujer cualquiera se frustraba.

—Jefe, ¿se va a quedar parado ahí toda la tarde? —le preguntó Xiomara que pasaba por su lado en ese momento.

—No, no, ¿vas con el tipo ese?

—Sí, pero la esposa se fue, estaban discutiendo muy feo, claro que no tanto como antenoche.

—Te espero en la cocina —le dijo, curioso por saber lo que había ocurrido la noche que la había encontrado en el pasillo de las cabinas, cuando habían discutido.

—Igual le interesa —se mofó y fue a atender al hombre.

Ulises se encaminó a la cocina, los Russo se habían ido a dormir la siesta y él venía de vuelta de dejarlos en sus dormitorios. La espera se le hizo eterna. Parecía que Xiomara tardaba a propósito.

Cuando entró la joven, él le recibió la bandeja y la dejó sobre el mesón. Otro de los chicos se hizo cargo.

—Ya, ¿qué quiere saber? —preguntó Xiomara al volver.

—Quiero que me digas todo lo que sepas de ese matrimonio de locos.

—No mucho, casi nunca andan juntos, ella es más relajada cuando él no está, él es un alcohólico sin remedio, es un tipo agresivo, no sé si quiere guardar las apariencias o quiere controlarse, pero le es muy difícil mantenerse sereno, sobre todo con su esposa; estoy segura de que la violenta.

—Ella no parece muy a disgusto con él.

—Lo está, aunque no lo parezca. Él no la hace feliz, eso se le nota a leguas, incluso creo que le teme, pero no quiere demostrarlo, como que le da vergüenza.

—Ahora parecía que habían discutido, él quedó muy enojado.

—Sí, pero justo antes de eso, ella le dijo que si quería pegarle enfrente de todos. Eso no lo escuchó usted.

—¿Lo dijo en voz alta?

—Algo así, Ignacio estaba cerca y también los escuchó.

—Tal vez lo saca de quicio. A mí me saca de quicio.

—¿Lo está justificando? —interrogó ella con indignación.

—No, por supuesto que no, solo era una broma.

—Bueno, pues si a él no le gusta cómo es ella, que se separe, no tiene por qué amenazarla y mucho menos golpearla. Aparte que como la trató la otra noche... No me diga que tiene justificación.

—No te enojas conmigo, yo no golpeo mujeres.

—Perdón, es que me superan los tipos que se creen superiores, que abusan de las mujeres porque son más fuertes, o más ricos, o más poderosos. Los odio.

—¿Y qué pasó la otra noche?

—Él, para variar, se puso a tomar sin control, salieron a cubierta y allá él se puso a gritarla, la trató de todo, jefe, le dijo cosas horribles que no me atrevo a repetir, yo iba a intervenir, pero pensé que podía empeorar todo, igual me quedé, porque si le ponía una mano encima...

—¿Y el perro guardián que tiene?

—Se dio cuenta, pero tampoco quiso meterse, mandó al otro a buscar algo y, cuando volvió, ella se estaba yendo, él tuvo que perseguirla, el otro algo le inyectó al estúpido y se quedó dormido, ahí se lo llevó con Ignacio al camarote ese extra que pidieron.

—Ah, para sus borracheras contrataron una cabina extra.

—Puede ser. La cosa es que la señora no volvió, el que volvió fue el perro guardián, en el escándalo, dejó su cartera, su abrigo y su celular allá arriba.

Ulises se quedó pensativo, en ese momento fue cuando la encontró, ella miraba alejarse al escolta cuando chocó con él. Por eso, quizás, estaba tan a la defensiva.

—Por eso me da rabia que la trate de loca, ella no está loca, está sobreviviendo a un sicópata y usted diciendo que ella saca de quicio a cualquiera y que está bien que la trate así —terminó con los ojos llenos de lágrimas.

Ulises sonrió comprensivo y acercó a su joven empleada hacia sí.

—Ya, relájate, solo fue una broma, sabes que yo jamás golpearía a una mujer y creo ser bastante controlado. Con la *condesa* estoy haciendo un máster de paciencia.

—Yo sé que usted no lo haría, pero ese tipo sí.

—¿Te preocupa ella?

—Me preocupa, porque él a veces la mira como si quisiera asesinarla.

—Eso sí es grave, Xiomara, espero que no estés viendo cosas donde no las hay.

—Eso espero yo también. Ya les dije que no me sorprendería si ella aparece como un número más en los diarios, total, para muchos, una mujer más, una mujer menos, es nada.

—¿Y qué hay del tipo que la sigue a todas partes?

—Es su escolta personal, él también tiene uno, pero más parece niño, él es que lo lleva al camarote para que duerma la mona lejos de su mujer. El que anda con ella no la deja sola nunca, la acompaña a todas partes y, al parecer, tienen una buena relación.

—Sí, lo pude notar ayer en los juegos —replicó con molestia.

—Sí, pero son solo jefa y empleado, no piense mal.

—No serían la primera pareja jefa-empleado que tienen un amorío secreto.

—No lo creo, parece como si él quisiera protegerla de su marido.

—Si es su guardaespaldas, es lo que debería hacer, es su trabajo.

—Sí, pero me parece que lo hace más que como su guardaespaldas, parece que quisiera protegerla... No sé, no sé cómo explicarlo. La mira extraño, no como si le gustara, no sé, no sé... Es raro. Espero no equivocarme en eso.

—¿Y si está enamorado de ella?

—Yo diría que no, pero no meto las manos al fuego por eso, a lo mejor soy yo la que no lo quiere ver.

Ulises la miró sorprendido, ¿acaso le estaba confesando que le gustaba ese mastodonte de casi dos metros de alto y dos Xiomaras de ancho? No alcanzó a decir nada, Johan entró con una bandeja y se paró frente a su compañera.

—Tu pasajero se fue indignado porque tardaste mucho con el postre.

—Pero si acabo de llevarle la comida —refutó la chica.

—No comió, quería su postre de inmediato. Estaba furioso.

—Imbécil.

—Hey, no trates así a los clientes —le dijo Ulises con diversión.

—Perdón, jefe.

—Solo a él —terminó divertido.
Los tres rieron en voz baja.

Capítulo 7

Dos días más tarde, se llevó a cabo la fiesta para elegir a las candidatas a reina del crucero, un concurso que partió por iniciativa de un grupo de pasajeros de hacía unos años y que se replicaba en cada viaje. Las mujeres podrían postularse a sí mismas o alguien más podía inscribirla, siempre y cuando ella estuviera de acuerdo. No se trataba de un concurso de belleza, más bien, se trataba de un concurso de simpatía y generosidad. Podía participar cualquier mujer, pasajera, empleada del crucero o empleada de los propios pasajeros.

Así fue como Xiomara fue designada por sus compañeros de la cocina como su representante; la señora Gianna Russo, por su esposo; también Maritza Zegers fue propuesta por Ricardo, además de otras cinco mujeres que fueron elegidas por diversas personas.

—Muy bien —dijo el locutor del evento—, aquí tenemos a ocho mujeres que lucharán por ganar el primer lugar como reinas de este crucero, claro que todos sabemos que cada una de ellas ya es ganadora. Si leyeron su folleto con las actividades, sabrán que este no es un concurso de belleza ni mucho menos, esta es una obra benéfica que irá en favor de alguna fundación sin fines de lucro. Para ello, cada candidata deberá sacar un sobre al azar y dentro estará la institución a la que le tocará ayudar. Vamos a comenzar con la más aplaudida de todos, la señora Russo.

La anciana caminó a paso lento hasta el locutor, quien tenía a su lado una caja con los sobres cerrados. Lo sacó y su fundación ayudaba a un asilo de ancianos de Argentina. A Xiomara un hogar para personas sin casa en Perú, a Maritza, una fundación de niños huérfanos de Turquía. Así, una a una las candidatas fueron eligiendo sus sobres para saber a quién ayudarían en caso de ser las ganadoras.

—Perfecto. Ahora que ya saben a qué fundación ayudarán, vamos a comentarles las actividades que deberán realizar para ganar puntos y llegar a ser las flamantes reinas del Goddess Carité.

El locutor anunció una serie de actividades a realizar por las candidatas: idear una fiesta para los pasajeros, con alguna de las temáticas que tenían previamente preparadas; alistar una canción, baile o algún talento para mostrar en su fiesta; asistir a la misa de la Asunción de la Virgen que se llevaría a cabo en tres días, el quince de agosto, y recolectar dineros a la salida para la fundación asignada; inventar alguna forma para recaudar fondos que irían directamente a su institución, mientras más dinero recolectado, más puntos obtendrían.

—Además, no se olviden de que su voto es muy importante, mientras más votos tenga una candidata, más posibilidades tiene de ganar, se puede votar a diario, por lo que un día pueden votar por una y otro por otra, así, si no están del todo decididos, tendrán chance a apoyar a más de una. Y recuerden, sus aportaciones son muy importantes, tanto para las fundaciones como para sus candidatas. ¡Suerte y que gane la mejor!

El animador dejó el micrófono y saludó a cada una de las candidatas con un afectuoso abrazo, menos a Maritza, a quien abrazó, pero de un modo más frío, no quería tener problemas con su perro guardián que no perdía detalle de cada movimiento de la mujer.

Las postulantes también se saludaron entre ellas, deseándose suerte.

—Espero que de ahora en adelante mi comida no venga helada o me tires el café en la ropa —bromeó Maritza con Xiomara.

—Y yo espero que no me tire el plato por la cabeza alegando que no le gusta —respondió en el mismo tono de broma.

—Y yo que no me envenenes para sacarme del paso, como soy la favorita...

—Y yo, que no me haga una zancadilla al pasar.

—Espero que ganes —le dijo con sinceridad Maritza—, llevas la delantera en simpatía con los pasajeros, aunque aquí entre nos, la abuelita Russo lleva todas las de ganar.

—Sí, creo que ella nos va a derrotar a todas juntas.

—El otro día estuve conversando con ella, es muy linda, ¿sabías que van a cumplir sesenta y cuatro años de matrimonio? Y felices, según me dijo, él ha sido siempre un caballero con ella, la ama sobre todas las cosas. En realidad, es cosa de ver cómo la mira, parece que la viera como si estuviera contemplando a la misma diosa Afrodita.

—Es imposible no darse cuenta de la admiración con que él la mira —expresó Xiomara con emoción—. Ya quisiera yo a un hombre como él.

—Tú todavía tienes oportunidad de encontrar a uno.

—Uno siempre puede encontrar a alguien así.

—Pero tú eres joven y soltera, seguro que te encuentras a uno tan bueno como el señor Russo, solo preocúpate de que sea atento y caballero, que no te nuble su aire carismático o su engreimiento, las novelas rosa, en la vida real, rara vez terminan bien.

—Lo sé y espero no equivocarme. En todo caso, lo del aniversario sí lo sabía, el sábado lo celebrarán en grande, ellos le pidieron al jefe realizar su fiesta aquí, por supuesto que el señor Areleus aceptó, estaba feliz de que ellos celebraran en el Godess Carité una fecha tan importante.

—Sesenta y cuatro años de matrimonio no es menor, yo creo que ya ni nombre tiene el aniversario, sería algo así como Aniversario de Vibranio. —Maritza se rio y llamó la atención de Ulises.

—Claro... —Rio Xiomara con ganas.

Xiomara se puso seria y quedó mirando a su jefe que no dejaba de observar a su interlocutora, ella no se daba cuenta de la mirada de Ulises, pero sí quien se dio cuenta fue su esposo, por lo que Xiomara, sin pensarlo, se interpuso entre ella y su jefe y movió a la pasajera para saludar al resto de las candidatas que esperaban para abrazarlas.

Ulises volvió en sí y sintió una penetrante mirada, giró su cara y vio a Ricardo Zegers que lo miraba con recelo, le sonrió de modo despectivo y se giró para ir en busca de Gianna, que se paseaba feliz entre las demás candidatas. Estaba seguro de que la anciana sería la ganadora, pero, si no, todo su apoyo iría a Xiomara, ella merecía ganar, era mucho más agradable que todo el resto de las señoras estiradas que estaban de candidatas, y mucho más que la condesa Maritza Zegers.

—Lo que no me pasó de joven, me pasa ahora, míreme, candidata a reina, ¿cuándo?, jamás en la vida —le comentó la anciana a su anfitrión.

—Se lo merece, usted es la segura ganadora.

—Las hay mucho más jóvenes y lindas que yo.

—Pero no más simpáticas, eso se lo puedo asegurar.

—¿Y Xiomarita? Ella es un amor de persona. La señora Zegers es una buena mujer también, es muy agradable cuando no está con el ogro de su marido.

—Él parece un hombre agradable, ella me parece un poco más... efusiva.

—Él la pone así, él se hace el inocente y buen hombre y es un tipo de los peores, créame, la vida me ha dado la suficiente experiencia para no dejarme engañar por un hipócrita de primera

como ese tipo,

—Ella sigue con él, así que algo bueno debe tener.

—Lo que tiene de bueno es su puño... Bueno para golpear, estoy segura de que ella está con él por miedo. ¡Pobre niña!, así será muy difícil que encuentre el amor verdadero, ese hombre no la dejará en paz jamás. —terminó con un enojo que no pudo ni quiso disimular.

Ulises dejó a la mujer sentada al lado de su esposo y se fue a atender a otros pasajeros, mientras pensaba en si sería cierto aquello. Xiomara se lo había dicho y la señora Russo también, ¿sería que ellas como mujeres podían ver más allá, a cosas que él, como hombre, no podía ver?

—¿Todavía me vas a negar que esa mujer te mueve el piso? —le preguntó el capitán del crucero a Ulises que permanecía taciturno, observando a Maritza que se movía entre la gente con una sonrisa en los labios.

—No sé de qué hablas.

—No te hagas el tonto conmigo, Ulises, te conozco desde niño y jamás te había visto así por una mujer, ni siquiera te importa que su marido te esté mirando con cara de pocos amigos. Suerte para ti que a los pasajeros no se les permita portar armas.

—Estás desvariando, Altaír, no veas cosas donde no las hay.

—Bueno, si tú lo dices, puedes querer mentirte, solo recuerda que, por la noche, solo estás tú y tu almohada, y ahí no puedes engañarte.

El capitán se fue y Ulises se quedó de piedra. Miró a Ricardo Zegers que, tal como le había dicho su viejo amigo, lo miraba con ganas de asesinarlo. No hizo caso. Buscó a Nelson, él miraba a su jefe con ganas de asesinarlo, a él sí le temía, por lo menos su rabia no iba dirigida hacia su persona.

Volvió a mirar a Maritza que, por un segundo, se encontró con su mirada. Fue un segundo, casi nada, pero a él se le volvió una eternidad.

Capítulo 8

Aquel día era especial para los católicos que se encontraban a bordo del hermoso crucero. Era feriado en la mayor parte del mundo, pues se celebraba la Asunción de la Virgen, claro que en el barco todos los días eran iguales.

A las once, se celebró una misa a la que acudieron casi todos los pasajeros y, por supuesto, las candidatas a reina. El padre a cargo ofició una misa muy bella, respetuosa con las creencias de los demás y enfocada más a la solidaridad, a compartir tiempo y dinero con los más desprotegidos y también al amor, diciendo que, por más dinero que una familia tuviera, eso no compensaba el amor que se debían profesar unos a otros, incluso pidió que en ese mismo barco se debía compartir con los demás, aprender de los otros, pues estar en un lugar “encerrados”, por más lindo que fuera, no reemplazaba la libertad de correr por los campos o salir a las calles de la ciudad.

Al finalizar, las candidatas tenían ya un lugar específico para colocarse y recibir las donaciones de los pasajeros, dinero que, como ya se había dicho, iría en directa ayuda de las fundaciones que representaban cada una de ellas. Cada mujer se colocó ante una mesa con su nombre, la caja de recaudaciones, pequeños regalitos para los donantes y dulces para los niños.

Maritza, Xiomara y la señora Russo lideraban los puntajes, las tres tenían carisma y ya eran apreciadas por los demás pasajeros. Era un secreto a voces que la señora Zegers era mucho mejor persona sin su esposo, el que cada vez perdía más el control y se volvía más violento. Ya muchos habían sacado la conclusión de que ella era una mujer violentada y algunos buscaban la forma de ayudarla, pues ninguno quería cargar en sus conciencias la muerte de una mujer a manos de su marido.

Maritza y Xiomara se sonrieron al ver que muchos pasajeros pasaban por sus puestos para hacer sus donaciones triples, dividían los dineros para cada una, incluyendo a la señora Russo; pero la sonrisa de Maritza se disolvió al ver a Ulises caminar hasta ellas y detenerse en el puesto de Xiomara con una enorme y bella sonrisa.

—Parece que te ha ido bien —le dijo con satisfacción al ver el monto recaudado por la chica.

—Sí, han sido muy generosos, espero que no las estén sacando de mis propinas —bromeó.

—Lo dudo. —Tuvo que hacerse a un lado cuando apareció un montón de niños corriendo para sacar más dulces de la bombonera y lo empujaron; el hombre los miró con ternura, sin una gota de molestia o enojo. Luego se volvió hacia su candidata—. En media hora comenzará el cóctel, no faltes.

—Y con la fila que tengo, creo que debo apurarme, hay mucho que preparar todavía.

—No te preocupes, los chicos y yo ya lo hicimos, también nos ayudó Altaír, nuestra reina no tiene por qué preocuparse, para eso estamos nosotros.

—Pero con un puesto flojo ya, no podemos darnos el lujo... No debí aceptar que me nominaran.

—Relájate, niña, disfruta la vida, esto no se va a repetir dos veces, o quizá sí, pero eso da igual, tienes que dejar bien puesta a nuestra área. Tú no te preocupes por nada.

—¿Nuestra?

—Obvio, representas a toda la tripulación. —Le hizo un gesto que Maritza no entendió, pero Xiomara sí y bajó la cabeza —. Voy a ver a la señora Russo, también tiene muchos adeptos.

—Sí, ella está lista con su premio, lo de nosotras es puro trámite.

—No digas eso, siempre hay oportunidad de ganar.

Ulises pasó de largo por el puesto de Maritza, el que se encontraba entre el de Xiomara y Gianna, sin siquiera mirarla

—¿Cómo está la dama más bella de este barco? —le preguntó con tono adulator.

—Ya ve, joven, aquí con mucho dinerito para los abuelitos, espero que este esfuerzo les sirva.

—Claro que sí, ¿quiere descansar? Puedo pedirle a una de las chicas que la sustituya.

—¡No! ¿Cómo se te ocurre? Esto es mío y solo mío, además, estoy sentadita, así que ¿de qué me voy a cansar? Ni de joven me nombraron candidata a reina, es primera vez ¿y me lo voy a perder? ¡Ni loca!

—Ah, bueno, lo siento, yo solo decía.

—¿Puedo pedirte un favor si no fuera mucha molestia?

—Lo que usted ordene.

—¿Me podrías traer uno de esos ponches de melón tan ricos?

—En un segundo se lo traigo. No se mueva de aquí.

Ulises caminó a paso rápido hacia el bar para ir en busca de la bebida de la mujer.

—Yo creo que estamos haciendo el ridículo —comentó Maritza a Xiomara—, Gianna ya es la ganadora, y bien merecido se lo tiene.

—Sí, pero ¿qué le vamos a hacer? Ya estamos en esto. Además, también merece que luchemos hasta el final por ganarle.

—Eso sí. ¿Viste las votaciones de ayer? Ella ganó con creces los votos de los pasajeros.

—Sí vi, al menos no obtuvimos un solo voto. O ninguno, como cierta persona.

—Eso sí habría sido humillante.

Las dos se rieron y miraron hacia el puesto de la señora Tanner, quien se llevó el voto de su marido nada más. Esa mujer se creía la diva y, desde que salió candidata, creía que el mundo era suyo y miraba a todos en menos; el problema era que los puntajes dependían de los pasajeros y ella difícilmente conseguiría caer bien así.

Cuarenta minutos después, todo el mundo se encontraba en cubierta, disfrutando de un cóctel.

—Si hubiera sabido que este crucero era para adolescentes, no hubiera venido —le reclamó Ricardo a su esposa.

—¿No leíste el folleto? Este crucero se trata de esto, de fiestas, de reinas, de disfrutar en grupo, si querías estar solo, debiste arrendar un yate. O comprar pasajes en un crucero más grande. Este es un crucero *tipo familiar*, así decía el folleto, que no he leído bien, pero en la tapa estaba con letras muy grandes.

—Sí, debí haber tomado otro tipo de crucero, pero no habría resultado.

—¿Qué es lo que no habría resultado?

—Nada. Voy por un trago.

—Por favor, no te emborraches.

—¿Qué quieres decir?

—Estos días has pasado, o en tomateras, o en resaca, por favor, ahora no.

—¿Te molesta porque no he estado contigo? Esta noche estaremos juntos sí o sí.

—Pero no contigo borracho.

El hombre la miró de arriba abajo.

—Como quieras, princesa.

Maritza lo vio caminar hacia el bar y pedir un trago algo extraño, esperaba que no tuviera alcohol, había muchas bebidas que parecían tragos y no lo eran. Buscó con la mirada a Nelson, pero no lo vio, de repente, apareció a su lado, lo cual la sobresaltó.

—¿Pasa algo? —le preguntó el hombre.

—Por favor, dígame a su compañero que no lo deje beber tanto.

—Es difícil, pero le diré.

—Aunque no sé...

—¿Qué es lo que no sabe?

—Él me dijo que esta noche sí o sí...

—Entonces no sabe si es mejor que esté borracho o no.

Ella bajó la cabeza.

—Veré que no vaya esta noche al camarote y que no haga otro escándalo enfrente de todos, eso es lo que le preocupa, ¿verdad?

—Sí.

—Le diré a Bruno.

—Gracias.

—Es mi trabajo, señora.

Nelson se retiró y contactó a su compañero para darle las instrucciones del caso; pese a que Bruno era el escolta de Ricardo, era Nelson quien estaba a cargo de casi todo, pues su compañero no siempre tomaba las mejores decisiones, él hacía lo que le decían. Punto.

Al rato, Zegers ya se había tomado cuatro Martini secos e iba por el quinto.

—Jefe, ¿va a seguir bebiendo?

—Déjame, haz tu trabajo y prepara todo lo necesario —respondió con lengua traposa.

—No puedo realizar su encargo si no puedo despegarme de usted por miedo a que haga una estupidez que puede tirar por la borda, literalmente, nuestros planes.

—Ya, ya, me voy a ir a mi camarote con mi esposita.

—No puede llevarla, ella debe permanecer aquí, como candidata a reina.

—Maldita la hora en que dejé que se inscribiera.

—Usted lo hizo, ella no quería.

—¿Yo? Jamás, ¿por qué habría de hacer algo así?

—Porque usted creyó que así demostraría su enorme admiración por ella.

—Ah, sí, sí, cierto. Ya, pero ahora quiero tenerla conmigo —respondió antes de beberse el último trago de su sexto Martini.

—¿Y para qué? Ya ni siquiera se podrá tener en pie.

—¿Me estás diciendo poco hombre?

—Por supuesto que no, solo digo que ahora no está en condiciones de nada.

El hombre, furioso, apartó a su escolta de un manotazo y se levantó de su silla, se tambaleó, pero se logró sostener a duras penas, caminó en zigzag hasta donde se encontraba su mujer, de espaldas a él, conversando con la señora Russo, por lo que no se dio cuenta de lo que se avecinaba.

—Tú eres mi perra y te vienes conmigo —dijo con fiereza.

Maritza se giró y vio a su esposo que estiraba su brazo para agarrarla, ella quiso hacerle el quite, pero él alcanzó a sujetarla de la blusa y a caminar con ella un par de pasos tironeándola, sin

embargo, perdió el equilibrio y se le soltó con fuerza, él se cayó a la piscina y ella se fue de espaldas, Nelson corrió hasta su protegida y evitó que se golpeará la cabeza contra un pequeño muro, pero no pudo evitar que su espalda chocara contra una tumbona.

—¿Te sientes bien? —le preguntó preocupado, al verla con los ojos cerrados, como desmayada.

—Me duele la espalda —se quejó, había perdido el aire de sus pulmones con el golpe.

Él respiró más tranquilo.

—Tranquila, no se mueva, no haga fuerza usted, yo la dejaré en el suelo.

Ulises quiso ir a socorrerla, pero la mano de Xiomara lo detuvo. Bruno y los salvavidas estaban sacando del agua al conflictivo pasajero, quien no dejaba de mirar al que creía su rival con ganas de asesinarlo.

—Soy el dueño del crucero, debo ver que esté bien —se justificó Ulises con su empleada.

—No es el momento, jefe, solo empeorará las cosas.

—Debo saber que está bien —repuso el hombre.

—Yo iré a verla y le iré avisando cualquier cosa que sepa.

—Xiomara, si necesita algo, si necesita atención médica urgente, me lo dices para llamar un helicóptero que la saque de aquí y la lleve a un lugar más seguro.

La joven sonrió.

—Está bastante preocupado, demasiado diría yo, para tratarse de la *condesa* que lo saca de quicio y con la que jamás volvería a cruzar una palabra.

El hombre bajó sus ojos para dedicarle a su empleada una mirada reprobatoria.

—Estaría así por cualquier pasajero.

—El tipo ese se cayó a la piscina, salió con la frente sangrando y no lo veo tan preocupado por él.

—Ese tipo se merece todo lo que le pase y más.

—Bueno, no se enoje, no me tiene que dar explicaciones, si total, a millas se notan las lenguas de fuego que flotan entre ustedes.

—Creo que te estás pasando, Xiomara Philips —la reconvino él.

—Yo digo lo que veo y sé que está preocupado por ella más allá de lo profesional y ético, usted está preocupado por ella como mujer, eso no es malo.

—Ella está casada con el peor tipo de la Tierra.

—Pues así será, pero eso no quita que le guste, es más, que se esté enamorando de ella.

El hombre suspiró

—Tienes mucha imaginación con tus novelas rosa, Xiomara, parece que tienen razón tus compañeros. Mantenme al tanto de su evolución —le ordenó y salió de allí rumbo a la cabina del capitán.

Xiomara se acercó a Nelson para preguntarle acerca de su rival.

—La llevaré a su camarote, ¿puedes avisarle al médico? Me gustaría que la viera, el golpe en su espalda parece que fue muy duro.

—Ya está avisado, irá a su cuarto a verla.

—Gracias —le dijo sin quitar su vista de los ojos de la mesera.

—No hay de qué. ¿Puedo ayudar en algo más?

Nelson entonces miró hacia el barullo que había, su jefe se había soltado de su escolta, pasó a llevar a unos niños que jugaban alrededor de la piscina y los había botado, unos hombres querían detenerlo para pedirle explicaciones, pero él parecía no escuchar; iba directo hacia Ulises.

—Yo voy a llevarla en brazos, ¿puedes ir abriéndome paso?

—Claro, claro. Vamos.

.

Capítulo 9

Al día siguiente del incidente, Xiomara fue al camarote de su contrincante y pasajera, con el desayuno. Afuera se encontró a Nelson.

—Buenos días, le traje el desayuno a la señora Zegers, traje también algo para que coma usted.

—Gracias, señorita Phillips.

El hombre abrió la puerta y asomó la cabeza, su protegida seguía dormida. Entró y se acercó a la cama.

—Señora —le habló suave al tiempo que la remecía un poco.

Ella abrió los ojos con dificultad.

—Nelson... ¿Qué hora es?

—Hora de su desayuno, debe tomarse el analgésico, ¿cómo se siente?

—Bien, ya no me duele, solo tengo sueño.

—Podrá seguir durmiendo después.

La mujer se sentó en la cama y Nelson, con gentileza, subió la sábana para tapar su cuerpo, no estaba desnuda, pero el diminuto babydoll le cubría muy poco. Le hizo una seña a la empleada para que entrara y recibió él la bandeja para dejarla en el regazo de la mujer.

—Buenos días, señora Maritza, ¿cómo amaneció hoy?

—Mejor, mucho mejor, gracias.

—Me alegra.

—No te alegres tanto, mira que sigo en competencia.

—Bueno, le informo que, pese a nuestros esfuerzos, la señora Russo sigue liderando la candidatura.

—Pero ahora es seguro que me gané adeptos.

—¿Por lástima? No es justo, creo que me torceré un pie —bromeó.

—Ah, no, en ese caso, me quebraré un brazo.

—Me haré la ciega.

—Me haré la inválida.

Las dos mujeres rieron y Nelson meneó la cabeza, divertido con sus ocurrencias.

—Bueno, tiene que mejorarse, mire que hoy el matrimonio Russo celebrará su aniversario, hoy ella iniciará las fiestas, pidió que su aniversario fuera su reto del evento, el jefe lo aceptó, así es que hoy veremos qué tan bien le va, para hacer algo similar.

—Claro que primero necesitaríamos un marido de noventa años y una millonada de años de casadas.

—Estoy perdida, entonces.

—Somos dos.

—Bueno, me alegro de que esté mejor, cuídese y descanse para esta noche. Permiso.

Le hizo un gesto al escolta y salió de la habitación.

—¿Y mi esposo?

—Está en el calabozo.

—¿Qué?

—Sí, no solamente la botó a usted, quiso ir detrás del mesero, en su camino, golpeó a Bruno, a uno de los guardias y botó a un par de niños que jugaban por ahí. Así que lo echaron al calabozo.

—¿Hay calabozos en esta época?

Nelson sonrió.

—No es un calabozo como los de la edad media, en realidad es un camarote de donde no puede salir. No sé cuánto tiempo lo tendrán, aquí no es la ciudad para pagar una fianza, quizá lo dejen por hoy o quizá no lo suelten hasta llegar a tierra firme, eso es en dos días.

—Pero todavía no se cumple el tiempo del viaje.

—No, vamos a hacer una parada en Creta para visitar la ciudad y después seguiremos rumbo al destino establecido.

—Ah. Y si lo echan a él, tendremos que irnos todos juntos.

—Yo creo, pero dudo que sea así, quizá tendrá que hacer la promesa de no beber más alcohol, eso lo hace perder el sentido.

—Quién lo diría, las perfectas vacaciones se han convertido en un infierno.

—¿Han sido un infierno para usted?

—La verdad es que no, si no fuera por estos impasses, sería el viaje perfecto. No sé qué le pasa a ese hombre, en realidad, no sé.

—Su esposo está celoso del mesero.

—No tiene por qué.

—¿Está segura?

—Ni siquiera nos hablamos.

—Eso no significa nada. ¿Le gusta él?

—Por favor, Nelson, ¿usted también? Me ha visto, no se despega de mi lado, sabe que, entre ese hombre y yo, ni las miradas.

—Él la mira bastante, demasiado diría yo.

—Pues yo no a él —mintió.

—Le gusta.

—No.

—Bueno, a veces hay que reinventarse en la vida, a veces, lo que parece el final del túnel, no es más que el comienzo a una nueva y mejor vida.

—¿Qué quiere decir?

—Solo eso. A veces, el comienzo de una nueva vida puede ser muy doloroso.

Maritza frunció el ceño, no entendió las palabras del hombre.

—Tome su remedio, estamos a la hora.

Ella hizo caso, sin preguntar más, pese a que tenía muchas interrogantes.

Golpearon a la puerta y Nelson abrió.

—Bruno, ¿pasa algo?

—Necesito hablar contigo.

Miró a la mujer y le indicó que saldría un rato, ella asintió con la cabeza y siguió tomando su desayuno.

—¿Qué pasa? —le preguntó a su compañero.

—Hay que hacerlo rápido.

—¿Qué?

—En Creta nos bajarán.

—¿Ya?

—Eso, no podemos esperar, tenemos que hacerlo ya, de otro modo, no podremos salvarlo.

—No creo que sea prudente proceder ahora, es demasiado arriesgado, además, no está todo listo, debíamos esperar, falta más de una semana todavía.

—Yo digo que hay que hacerlo ya, esta misma noche.

—¿Esta noche? Es el aniversario de los Russo.

—Por favor, Nelson, si no es hoy, no será nunca. Es el momento perfecto.

—Podemos encontrar otra forma.

—Ya sé lo que te pasa, te está gustando la mujer.

—No digas idioteces.

—Lo que digo no son idioteces, es la verdad, te gusta la mujer y ya no quieres hacer lo planeado. No quieres matarla. He visto como la miras, no me lo puedes negar.

—No, no es así, lo que digo es que actuar de improviso no saldrá bien y si algo falla, solo nosotros perderemos, ¿o tú crees que Zegers nos ayudará? ¡No! Dejará que nos pudramos en la cárcel.

—Eso no es verdad.

—Él mismo nos dijo que, si algo salía mal, él no debía ser involucrado. Tú estás ciego, Bruno, las cosas deben salir bien o estaremos perdidos, tú y yo, nadie más.

—¿Entonces? Dime tú qué propones, sabes que no podemos bajarnos de este barco, si nos bajan en Creta y nos deportan, estamos perdidos.

—¿Perdidos? Podemos encontrar otra forma.

—No hay otra forma, o lo hacemos ahora o el jefe se va a pudrir en la cárcel, si es que no lo matan antes.

—Pero no hay nada listo.

—El curita me dijo que no había problema en acelerar los planes, por él mejor, el mismo dinero por menos tiempo, no halla las horas de irse de este barco, dice que lo tienen aburrido con el famoso concurso. Por eso te digo, Nelson, hay que hacerlo, si no, todo estará mal, este viaje estará mal, todo.

Nelson resopló.

—Está bien, prepara todo para esta noche, pero no hagan nada sin mi consentimiento, veré si hay otra forma de arreglar esto, porque si lo hacemos hoy, créeme que habrá muchas desgracias y vidas que lamentar.

Bruno se retiró casi corriendo y Nelson se quedó un rato en la puerta de la habitación. Debía pensar en algo rápido, el tiempo se agotaba y sus planes ya no servían, no podría proteger a Maritza como quería, pero algo se le ocurriría, no dejaría que nada le pasara.

Pensó en Xiomara también, en ese barco todos corrían peligro y esa chica era demasiado joven como para morir. Debía buscar la forma de protegerlas a ambas en caso de que su plan fallara y se saliera de sus manos.

El sonido de una quebrazón de vidrios y un golpe, lo sacaron de sus pensamientos y entró a la habitación apresurado. Allí vio la bandeja del desayuno en el suelo y a Maritza con los ojos llorosos.

—¿Qué pasó? —le preguntó y levantó lo que podía rescatar del desastre.

—Iba a dejar la bandeja en la mesita de noche, pero me mareé y dejé caer todo, lo siento.

—No se preocupe, no es su culpa. ¿Se hizo daño?

—No, no.

Presionó el botón de llamada y acomodó a su protegida en la cama.

—Tranquila, ya vendrán a limpiar. ¿Va a seguir durmiendo?

—Yo creo que sí, me siento algo cansada.

Golpearon a la puerta y Nelson la abrió. Xiomara lo miró un segundo antes de animarse a preguntar qué necesitaban.

—Se le cayó la bandeja —respondió el hombre algo acongojado—, ¿puede enviar a alguien a que limpie, por favor?

—Claro, claro, pediré al servicio de cabinas que venga. ¿Están bien?

—Sí, yo tuve que salir un momento a hablar con mi compañero y pasó esto, lo siento.

—No, está bien, nos pasa todo el tiempo. Permiso. —La mujer caminó un par de pasos por el estrecho pasillo.

—Gracias, Xiomara —le dijo él y ella se volvió a mirarlo sorprendida, nunca la había llamado por su nombre.

—De nada, señor Santini —contestó con sus mejillas enrojecidas, lo que a él le pareció encantador.

Ella se fue y él no la perdió de vista hasta que dobló para subir las escaleras. El hombre sacudió la cabeza, no podía pensar en Xiomara como mujer, si se involucraba emocionalmente, podría echarlo a perder todo. “Aunque”, pensó, “¿acaso podría estar menos involucrado?”

Capítulo 10

A eso de las seis de la tarde, Nelson regresó al cuarto de Maritza para darle su medicamento y avisarle que se preparara para la fiesta de la noche, la cual comenzaría a eso de las ocho.

—No sé si ir —protestó ella de mala gana.

—¿No se siente bien? —inquirió él con preocupación.

—No es eso, es que después de lo que pasó ayer...

—Después de lo que pasó ayer, todos preguntan por usted, están al pendiente de su recuperación y muchos quieren ver a su candidata favorita.

Maritza sonrió con tristeza.

—Jamás debí inscribirme.

—Usted no se inscribió —le recordó él.

—Pero igual...

—¿Podía evitarlo? No piense en ello, además, hay mucha gente que de verdad está preocupada por usted, el que quedó mal ayer fue su esposo, él es quien ha hecho el ridículo todos estos días, para ellos usted es una víctima, así que no se torture, arréglese con calma, la espero arriba.

—¡No!

—¿No?

—¿Puede venir a buscarme? Es decir, no quiero llegar sola.

—Si así lo prefiere, yo solo quería darle un poco de libertad ahora que su marido no está.

—Lo agradecería en cualquier otro momento, pero no ahora, no me siento bien de ánimo para estar sola.

—Está bien, la esperaré afuera.

Maritza dejó caer una pequeña lágrima. Nelson lo notó y se sentó en la orilla de la cama.

—¿Qué pasa? ¿Se siente mal? Sabe que, si es así, me lo tiene que decir.

—No me siento mal físicamente, es decir, me duele un poco el cuerpo, pero se me pasa con las pastillas, el problema es que me siento sola, siento que a nadie le importo, que soy solo un estorbo para todos a mi alrededor.

—¿Cómo puede decir eso? Le acabo de informar que hay mucha gente preocupada por usted.

—Gente que no me conoce y que de aquí a un año ni siquiera se va a acordar de mí.

—¿Y yo?

—Usted está aquí porque le pagan para eso.

—Me pagan para protegerla, sí, pero no para ocuparme de usted, tampoco para mantener a raya a su marido, que es quien paga mi sueldo.

—¿Por qué lo hace?

—Porque le he tomado aprecio en este tiempo.

—Mentira. Hasta hace unos días, usted no me soportaba.

—Eso no quiere decir que no la apreciaba.

—No me apreciaba en nada, de otro modo, no hubiera hecho lo que hizo en la tienda de ropa interior.

Él bajó la cabeza un segundo y volvió a levantarla para mirarla a los ojos.

—Es algo que debía hacer. Necesitaba hacerlo y no lo disfruté como usted piensa.

—¿Y eso por qué?

—Porque su esposo puede ser muy retorcido y degenerado la mayor parte del tiempo, él sabía que podía reaccionar así, fue una “misión” que me encomendó.

—No pareció muy disconforme con ese *trabajo* —le reprochó.

—Ya le dije que no fue algo que disfrutara, en realidad, hacerlo me contrarió.

—¿Y es verdad que mi esposo le mostró un video de...?

—Sí, él tiene cámaras en su habitación, pero le aseguro que esas no salieron de su ordenador y en este momento están todas eliminadas, nadie podrá llegar a ellas, bajo ninguna circunstancia.

Ella se acostó en la cama y le dio la espalda al hombre, quien le acarició el cabello.

—Escúcheme, no se sienta mal.

—¿Cómo quiere que no me sienta mal? Ese hombre me expuso... me...

Él la levantó un poco en sus brazos y la giró, pese a que ella se resistió, él, sin esfuerzo, ganó y la acunó en sus brazos.

—Si es por lo que yo vi, no tiene que preocuparse, nadie más lo hizo y yo ya lo olvidé.

—No creo que sea así.

—Lo es, créalo, no me gusta tomar mujeres en contra de su voluntad y tampoco me agrada el porno, así que olvídelo, el video que me enseñó su esposo solo fue para fines laborales, quería que conociera sus medidas.

—Podría haberme preguntado.

—A él le pareció más divertido así.

—Es un psicópata.

—No se lo voy a negar, pero todo llega a su fin, todo.

—Dudo que el fin de él esté cerca. Hombres poderosos como él, nunca pagan.

—Recuerde que está al borde de la quiebra, sus amigos y conocidos ya no lo quieren en sus círculos, no se olvide que “con plata baila el mono” y su esposo ya no lo tiene, sus títeres se han ido apartando de él poco a poco.

—¿Y qué saco? Seguramente, me tendré que quedar con él después de que todos se vayan. Y será peor, porque descargará toda su furia contra mí.

Nelson la miró fijo, como si quisiera decirle algo, pero no se atreviera. Colocó a la mujer de vuelta en la cama y se levantó.

—¿Qué pasó? —preguntó ella—. ¿Nelson? —insistió ante su silencio.

Él volvió a sentarse.

—Debe vestirse para ir a la fiesta.

—¿No escogerá usted mi ropa? —ironizó algo enojada.

—Créame que, en este momento, es lo que más quiero.

—Elíjala, yo no tengo ganas de ir, solo asistiré por compromiso.

Nelson la contempló por largos segundos, ella no apartó la vista, hasta que una rebelde gota bajó por sus mejillas.

—Todo va a mejorar, podrá hacer su vida como quiere, espero que desde ahora tome mejores decisiones.

—¿A qué se refiere?

Él secó las lágrimas que comenzaron a caer casi sin control.

—Será libre, se lo prometo, solo que tendrá que seguir por las suyas, tendrá ayuda, pero no la que espera.

—No entiendo lo que me dice, Nelson.

—No le puedo explicar más, sería ponerla en riesgo, solo le digo que, de ahora en adelante, me obedezca sin replicar, sin preguntar y sin cuestionar, todo lo que haga de ahora en adelante será porque me pagaron para eso o para protegerla, ¿me entendió?

—No, pero le haré caso a todo lo que me diga.

—Bien, ahora se va a salir de esta cama. —Él se puso en pie y, tal como a una muñeca, la sacó de su cama y la paró frente a él—. Se va a poner guapa, será la más bella esta noche y disfrutará de cada segundo de esa fiesta, va a ser la reina del Goddess Carité, va a actuar como una ganadora, como si su vida solo dependiera de usted, de nadie más, olvídense de su marido, olvídense de lo que pasó ayer, olvídense del pasado, olvídense que es una mujer casada, a su marido no lo va a volver a ver jamás en la vida.

—¿Está seguro?

—Muy seguro, tan seguro como que le digo que esta noche será el inicio de una nueva vida para usted y que debe aprovechar cada minuto de esta nueva oportunidad que se le dará.

—Gracias —respondió ella emocionada.

Él la besó en la mejilla.

—Báñese y vístase.

—¿No va a elegir mi ropa?

—Estoy seguro de que usted sabrá hacerlo bien. Voy arriba a arreglar unos asuntos, vuelvo en una hora y media a buscarla.

—Está bien. Gracias.

—Con gusto.

El hombre salió y Maritza se quedó pensando en las palabras tan enigmáticas de su guardaespaldas. Se encogió de hombros y sonrió.

—Con saber que ya no volveré a verte, Ricardo Zegers, soy la mujer más feliz de la tierra... O del mar —terminó, alegre.

Capítulo 11

En cuanto llegó Maritza al salón, varios de los pasajeros se acercaron a ella para saber de su estado de salud. La señora Russo fue la última en saludarla.

—¿Cómo está, niña?

—Bien, señora Russo, gracias, ¿y usted?

—Yo bien. ¿Cómo está su espalda?

—Bien, ya casi no duele. Muchas felicidades —cambió de tema—, espero que le queden muchos años junto a su esposo.

—Y yo espero lo contrario para ti con tu esposo.

Maritza bajó la cabeza.

—Ese hombre no le conviene, niña, no se gana nada con estar tantos años con un hombre que no vale la pena. Si mi esposo me hubiera hecho una sola de las cosas que le ha hecho el suyo, créame que no estaría celebrando mi aniversario en este momento.

—Sí, bueno, ya no seguiré con él, así que puede quedarse tranquila.

—Me alegro, ese hombre no es para ti, yo creo que tu verdadero amor va por otro lado.

La joven no entendió.

—Las miradas dicen más que mil palabras y, aunque hoy los jóvenes no quieren comprometerse y no creen que el amor pueda surgir en un instante, en realidad así es, el amor simplemente nace de la noche a la mañana, ya después crece, madura y se vuelve un amor inquebrantable, pero el amor, como amor, brota sin pedir permiso.

—No le entiendo.

—Sé que no quieres asumir que aquí en este barco hay un hombre que tocó tu corazón con la primera mirada. No dejes pasar la oportunidad.

—No creo que me encuentre en condiciones de estar con un hombre ahora, yo no...

—No estás viuda, por Dios, ningún hombre como el tuyo merece que le guardes luto, si aparece tu verdadero amor, no debes dejarlo pasar.

Maritza iba a replicar, sin embargo, en ese momento, el locutor llamó la atención de todos para comenzar la celebración y la conversación quedó en nada.

Nelson se acercó a su protegida.

—¿Cómo se siente?

Ella lo miró directo a los ojos.

—¿Escuchó lo que dijo la señora Russo?

—Sí.

—¿Qué piensa? Yo no sé qué quiso decir.

El escolta sonrió.

—Lo que todo el mundo ha visto, menos usted.

Maritza siguió el rumbo de la mirada de su escolta y vio a Ulises.

—No sé qué tienen con él.

—La pregunta es qué tiene usted con él.

—Yo no tengo nada con él, usted lo sabe bien, ni siquiera hemos hablado, no hemos hecho más

que pelear todo el tiempo.

—Ya le dije que eso no tiene nada que ver con lo que usted pueda sentir. O él.

Ella hizo un gesto de desagrado, Ulises era atractivo, sí, la miraba demasiado, también, podía sentir su vista sobre ella en incontables momentos, pero sus ojos nunca se encontraban, o muy pocas veces lo hacían. ¿Le gustaba? No podría decirlo con claridad, ya porque no lo sabía, o porque no quería aceptarlo.

—La cena ya será servida, vaya a la mesa.

—No quiero ir.

—No diga tonterías, vaya y disfrute, su esposo no llegará a aguarle la fiesta.

—Quisiera estar en mi casa.

—No sea niña, está aquí en un crucero de ensueño, es una de las candidatas favoritas, se encontró con un aniversario de matrimonio que pocas veces se puede festejar, incluso podría tener una aventura amorosa que podría llegar a ser algo más.

—No diga eso, yo no quiero nada con nadie.

—Aunque no lo quiera reconocer, sus ojos se escapan para verlo.

Maritza se dio cuenta de que estaba mirando a Ulises sin percatarse.

—No se sienta culpable, dudo que alguien la critique. Vaya y disfrute de esta noche.

La empujó con suavidad, ella dio un par de pasos y se volvió.

—¿Y usted?

—No se preocupe, yo estoy aquí por trabajo.

—Habrá un puesto vacío a mi lado.

—¿Quiere que sea su pareja esta noche?

—Usted me ha acompañado en este viaje más que mi propio esposo.

—Yo soy solo un empleado que cumple con su labor, no hago nada especial.

—Usted sabe que no es así.

—¿Qué espera, Maritza? ¿Quiere sacarle celos o quiere que la proteja de él?

—¿Qué quiere decir?

—Si quiere sacarle celos al mesero, no me busque, no soy sustituto de nadie, y si quiere que la proteja de él, solo debe pedirlo, pero, en ese caso, tiene que estar segura de que lo quiere fuera de su camino, porque no hay marcha atrás.

—A ratos siento que me empuja a sus brazos.

—¿Quiere que la empuje a los de su esposo?

—No —aceptó con un hilo de voz.

—Vaya, disfrute esta noche, mañana las cosas pueden ser muy distintas, a veces hay que tomar lo que la vida nos da, cuando nos da la oportunidad de hacerlo, luego, puede ser demasiado tarde.

—A veces me da la impresión de que estoy sentenciada a muerte.

Nelson tragó saliva, pero ni un músculo de su cara se movió.

—Por supuesto que no, solo digo que la vida hay que aprovecharla, si no, uno se puede arrepentir. Eso. No hay más misterios. Vaya, que la esperan.

Maritza miró a la mesa, donde ya todos estaban sentados. Se volvió hacia su escolta, pero ya no estaba, miró hacia todos lados, pero no lo encontró, no sabía dónde se había metido. Se encaminó a la mesa y se sentó en su lugar. Xiomara no se encontraba allí, pues esa noche tenía turno, estaba atendiendo las mesas junto a Ulises, Ignacio y Johan, había demasiado trabajo, todos daban el máximo para que luego Xiomara pudiera disfrutar de la velada y de los concursos.

Ulises servía los puestos que se encontraban al frente de Maritza y, cada vez que pasaba por

allí, la miraba, ella también lo hacía, pero no descubría en sus ojos ni un atisbo de simpatía, muy por el contrario, parecía que la quería asesinar con la mirada. Ella dio gracias que no le tocó que le sirviera él, estaba segura de que, o se lo echaría encima, o le daría veneno y decidió que la señora Russo y Nelson estaban muy equivocados. Incluso su esposo estaba celoso por nada.

Terminada la cena, los invitaron al salón de bailes, donde Maritza se sentó sola en un rincón, no quería hablar con nadie, no estaba de ánimo, por ella, se hubiese ido a su camarote.

—¿Un trago? —le ofreció una masculina voz que la estremeció, alzó los ojos y Ulises, en persona, le extendía una bandeja con diversos tragos.

—Preferiría una bebida, estoy con medicamentos y...

—Son bebidas sin alcohol, esta es la bandeja de los niños y las personas... especiales —dijo en tono burlón—. Sabemos que no puede beber, es nuestro trabajo conocer las necesidades de cada pasajero.

—Gracias —respondió sin hacer caso a su ironía y sacó una bebida que imitaba al Margarita.

—Si desea algo más, solo pídale, me tocaron las “atenciones específicas”, donde, por supuesto, está incluida usted, la *condesa* del Godess Carité.

Ella solo lo miró con los ojos muy abiertos, si ese hombre sentía algo por ella, se llamaba aversión, no amor, ni gusto, ni siquiera simpatía.

El hombre hizo una inclinación con su cabeza y se retiró, unos niños llegaron corriendo a pedir “más tragos”, a lo cual el hombre accedió y se agachó delante de ellos para que sacaran sus bebidas. Uno de los pequeños se puso a llorar, Maritza no entendió por qué, pues hablaba otro idioma, el hombre le tomó la mano y caminó con él, supuso que a alguna mesa, pues se le perdió de vista.

La mujer bebió un sorbo de su exquisita copa, volvió a mirar en la dirección donde se había perdido Ulises. Si ella no hubiese actuado con él así aquel primer día, ¿las cosas hubieran sido diferentes entre ellos? ¿Serían casi amigos como lo era con Xiomara o con Johan o con Ignacio? Recordó la mirada de su esposo, esa mirada acusatoria que alertó su sentido de supervivencia y decidió espantar a ese hombre, no le gustaba ser así, pero, si no lo hacía, ella pagaría las consecuencias en la intimidad de su habitación; claro que, de haber sabido que su escolta cerraría el paso de Ricardo a su camarote, jamás lo hubiese humillado.

De pronto, sintió frío, el vestido que llevaba puesto no le ayudaba mucho, buscó con la mirada a su escolta, pero no lo encontró. Se levantó y se dirigió a su cuarto para cambiarse de ropa, varias ya lo habían hecho, quizá, incluso, podría aprovechar y quedarse allí, pero ya habían anunciado que las candidatas debían cantar en karaoke, quien más votos tuviera por su canto, más puntaje ganaban; no tenía otra opción que volver.

—¿Pasa algo? —preguntó Nelson apareciendo de la nada a su lado.

—Me dio frío, me voy a cambiar de ropa.

—Bien.

Sin decir nada más, llegaron juntos a la puerta y el guardaespaldas la esperó allí. Antes de cinco minutos, la mujer salió enfundada en unos pantalones de lino, botas y un jersey cuello alto.

—Sí que tenía frío —comentó el hombre.

—Sí, está helado allá arriba.

—Pediré un café para usted.

—Se lo agradecería mucho.

Llegaron al salón poco antes de comenzar la competencia. Nelson llegó con el café en pocos minutos.

—Espero que gane, usted canta muy bien.

—No me ha oído.

El hombre frunció los labios como si hubiese revelado una infidencia.

—Sí me ha oído.

—Un par de veces. Lo hace bien. Suerte.

Desapareció otra vez y Maritza comenzó a beber su café mientras esperaba su turno.

Gianna Russo cantó *Quiéreme siempre* de Estela Raval y los cinco latinos, la canción que, según confesó antes de entonar la melodía, ella se la dedicó a su esposo al cumplir dos años de matrimonio, pues él, el año anterior, le había dedicado *Love me forever* de The four Esquires. Pese a la edad y al temblor de su voz, el amor que puso en ella los emocionó a todos, en especial a su esposo, que terminó con lágrimas en los ojos de puro amor.

La señora Russo había escogido las canciones que se podían cantar aquella noche y cada candidata debía elegir una de ellas, por ende, eran canciones muy antiguas, pero que la banda del crucero tocaba excepcionalmente bien, tanto, que cuando tocó el turno de la señora Tanner con *El día que me quieras*, de Carlos Gardel, solo el talento de los músicos salvó al hermoso tango de convertirse en una calamidad.

Xiomara escogió *Medallita de la suerte*, de Alfredo de Angelis, canción que, según dijo antes de interpretarla, era la canción de sus abuelos, cuando su abuela murió, él no la volvió a bailar con nadie más, pues esa era su canción especial, por lo que a ellos iba dedicada. Su interpretación fue fabulosa y ganó muchos aplausos, sobre todo de Maritza, quien no sentía ningún tipo de envidia por esa chica, al contrario, la sentía casi como a una hermana, por ridículo que pareciera.

Melissa Blades, otra de las candidatas, cantó *Only you* de The Platters, Maritza se percató de que no dejó de mirar a Bruno en todo momento. Su voz era muy hermosa, tanto, que dejó a todos sin aliento. Ella viajaba sola, pero no era problema, pues era muy extrovertida y risueña, aunque, en cierto modo, atemorizaba a los hombres por su carácter abierto. Bruno también la admiraba y no le quitaba los ojos de encima. En cuanto terminó de cantar la mujer, el escolta se fue de la fiesta, al parecer, solo había subido a verla. Maritza quedó sorprendida por esa actitud, Bruno no parecía un hombre que tuviera sentimientos o corazón. Si Nelson no lo parecía, el otro mucho menos.

—Ahora toca el turno de la otra favorita: ¡Maritza Zegers!

Escuchar su nombre y hacérsele un nudo en el estómago fue una sola cosa. Subió respirando muy profundo. El locutor la calmó con palabras animadoras y le entregó el micrófono.

—Bueno, después de escuchar cómo cantó Melissa, del alma que le puso la señora Russo y de Xiomara, mis principales contrincantes, no me queda mucho que aportar, espero que no haya tomates podridos en este barco —bromeó, causando risas en el público—. Bueno, mi canción será *Put your head on my shoulder*, de Paul Anka, con mucho cariño, porque con voz...

Sonrió con timidez y comenzó a cantar, sin mirar a nadie, hasta que, al fondo, vio a Ulises que la miraba sorprendido. Ella no pudo apartar sus ojos de él mientras cantaba.

Won't you kiss me once, baby (¿no me besarías una vez, querido?)

Just a kiss goodnight, Maybe (solo un beso de Buenas noches, tal vez)

You and I will fall in love (Tú y yo nos enamoraremos)

People say that love's a game (Las personas dicen que el amor es un juego)

A game you just can't win (un juego que no puedes ganar)

If there's a way (y si hay una manera)

I'll find it someday (la encontraré algún día)

And then this fool with rush in (y entonces esta tonta se dejará llevar)

Al terminar la canción, sus piernas temblaban, su cuerpo parecía no responder. Nelson se apresuró a recibirla en la pequeña escalera.

—¿Se siente bien?

—Creo que el golpe me está pasando la factura. Debería ir a descansar.

—¿Después de dedicar con tanta pasión esa canción?

—¿Qué quiere decir?

—Nada, nada, vamos para que se siente.

Ulises no podía despegar la mirada de Maritza, ya quisiera él sentir su cabeza en su hombro y besarla y amarla, pero, como decía la canción, el amor es un juego que es imposible de ganar, en especial, con una mujer como esa. Se dio la media vuelta y fue a la cabina del capitán, necesitaba despejarse, esperaba que Altaír no saliera con sus cosas, lo que menos quería era que lo siguieran molestando con que él estaba enamorándose de la odiosa *condesa*.

Capítulo 12

Los presentes felicitaron a Maritza por su hermosa voz, lo cual avergonzó a la mujer, no estaba acostumbrada a las adulaciones.

Buscó a Nelson para que la salvara de tantas muestras de admiración. Él llegó en pocos segundos hasta ella y la sacó de allí, la gente le temía a su metro noventa y ocho y a su apariencia ruda.

—Le dije que sería un éxito —comentó él, orgulloso de su protegida.

—Gracias.

—¿Por decirle la verdad?

—Por sacarme de ahí, no estoy acostumbrada a estas cosas.

—Quizás en unos días tenga alguna propuesta para cantar ante un público más grande.

—Lo dudo, pero, aunque así fuera, no podría aceptar, no sirvo para esto.

—Uno se acostumbra a todo.

—Si usted lo dice...

Nelson no contestó, miró su reloj, faltaban quince minutos para las doce de la noche, hora en la que serían lanzados fuegos artificiales, pues el aniversario de los Russo era el día siguiente en realidad, por lo que se le darían las felicitaciones a esa hora con los juegos pirotécnicos.

Unos bocinazos se oyeron por un costado del barco. Todos salieron a cubierta a mirar, un yate se acercaba a ellos, con las luces encendidas y un enorme letrero con la leyenda: “FELIZ ANIVERSARIO”.

—¿Y eso? —le preguntó Maritza a su guardaespaldas.

—No tengo idea —contestó algo nervioso y confundido.

—Será algo ideado por el dueño del crucero.

—Lo dudo.

—¿Los hijos y nietos?

—Eso me parece más probable. ¿Puedo dejarla un momento? Necesito corroborar algo.

—¿Pasa algo malo?

—No, no, es solo que... Esto es una verdadera sorpresa. Permiso.

Maritza vio alejarse al hombre y conversar algo con *el mesero*, quien miró hacia donde se encontraba ella y asintió con la cabeza. Ella se desconcertó, ¿qué pasaría? Esperaba que no fueran piratas.

El frío la hizo estremecer y se metió al salón en busca de su abrigo, se demoró a propósito, sabía que, muy pronto, debía salir a ver los fuegos artificiales, pero quería un poco de tranquilidad. ¿Y si eran maleantes que iban por su esposo para rescatarlo, o peor, para secuestrarlo? No, eso era imposible. ¿O no? Quizá, pensó Maritza, por eso Nelson se puso tan nervioso y por eso sus palabras tan extrañas de los últimos días: lo iban a desaparecer, tal vez, aprovecharían la algarabía de la fiesta, el barullo y se lo llevarían en ese mismo yate, así, nadie notaría su ausencia sino hasta la mañana.

—¿No le gustan los fuegos artificiales? —le preguntó Xiomara, quien entró a buscarla—. Ya van a empezar.

—Ah, sí, sí, me quedé pensando. ¿Es la familia de los Russo? —le consultó por los del yate.

—Sí, vinieron todos, querían darles una sorpresa a los abuelitos, bueno, sesenta y cuatro años de matrimonio no se cumplen todos los días, muy pocos llegan a esa edad y tan bien como ellos, si el caballero ni parece que tuviera los ochenta y ocho años que tiene. —Sonrió pícaro—. Hasta que por fin logré sacarle la edad. Y ella va a cumplir ochenta y tampoco los demuestra, anda más parada que nosotras dos juntas.

Ambas se echaron a reír.

—Eso es cierto, ya quisiera yo llegar a su edad así.

—Y con un hombre como él, aparte que la mira con una devoción... Como si ella fuera la única en el mundo. Y debe haber sido bien atractivo cuando joven, porque igual se ve bastante bien.

—Sí, tiene que haber arrasado en su tiempo.

Un retumbar las hizo saltar.

—Vamos, nos vamos a perder los fuegos —la apuró Xiomara y salieron casi corriendo del salón.

A la salida, Xiomara se le perdió de vista a Maritza, se giró para buscarla y chocó con Ulises que venía de espaldas con una bandeja con tragos.

—Perdón —se disculpó ella. Él se volteó y la miró con asombro.

—Vaya, sí conocía la palabra —espetó.

Ella se encogió y se dio la vuelta para alejarse de él.

—Lo siento, me sorprendió —se justificó para evitar que se le escapara.

—No, no, está bien. Permiso.

Él la tomó de un brazo, sin violencia.

—No se vaya, desde aquí podrá ver mejor los fuegos, venga.

El hombre la condujo hasta un salón privado.

—¿Lo ve? Y aquí no hace frío.

—¿Gracias?

Ulises frunció el ceño, con curiosidad, por decir lo menos, por esa nueva actitud de la mujer que tenía enfrente.

—Voy a llevar estos tragos que me pidieron, puede quedarse todo el tiempo que quiera, he visto que no le gusta la multitud.

—No me gusta *estar sola* entre la multitud.

—Aquí estará sola, y sola. Ya vuelvo.

Maritza contempló las luces que estallaban en el cielo, los colores y las formas iluminaban la oscura noche y parecían abrirse paso entre las espesas nubes, cosa rara para esa época del año en las costas griegas.

Cuando cesaron, se quedó admirando la cabina, no sabía en qué lugar del crucero estaba, no lo había visto antes, aunque tampoco es que se hubiera paseado por el barco, al contrario, sus recorridos eran siempre los mismos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Nelson apareciendo ante ella.

—Sí, sí.

—¿Necesita algo?

—Nelson, ¿por qué no va y se divierte con los demás? Esta noche está tranquila, en un rato más me voy a ir a acostar, usted disfrute, ya no está mi marido de quien me tenga que defender.

Ulises entró a la cabina y se quedó quieto mirando a Nelson, quien le hizo una seña con la cabeza y salió del lugar.

—¿Le gustaron? —le preguntó Ulises a la pasajera.

—Sí, sí, estuvieron hermosos, ¿pudo verlos?

—Claro que sí, aunque debo confesar que no me quitan el sueño. No soy un fanático de los fuegos de artificio.

—Oh.

—¿Oh? ¿Qué significa eso? ¿Está mal?

—No, solo que es raro, la mayoría de la gente los disfruta o los odia, no había visto un término medio.

—Yo soy la excepción a la regla. ¿Quiere volver? Ahora comienza la fiesta, claro que, como la anfitriona es doña Gianna, la música escogida es toda de los cincuenta y sesenta —dijo en tono divertido.

—Me gusta esa música.

—Entonces la disfrutará.

—No sé si ir, quizá deba ir a acostarme, debo tomar mi medicamento y descansar.

—¿No se va a quedar a disfrutar de la fiesta un poco más?

—No, debería estar durmiendo ya.

—Como quiera. ¿Y su guardaespaldas? Al parecer se fue, ¿no sabe que cualquiera podría querer hacerle daño y, con la bulla, nadie la escucharía?

—No lo sé, debe haberse quedado por ahí, vigilándome —respondió atemorizada, tomando esas palabras como amenaza y arrepintiéndose de haberle dicho que se fuera a divertir y la dejara sola—. Él parece no estar la mayoría de las veces, pero sí lo está.

—Cualquiera diría que me tiene miedo. No la estoy amenazando, líbreme Dios de hacer tal cosa.

—Ah, no, no, yo solo digo que Nelson tiene la cualidad de hacerse invisible, a veces aparece a mi lado como por arte de magia. —Se sintió tonta al pensar que él podría hacerle daño—. Bueno, me voy a mi camarote, necesito descansar.

—¿La acompaño? Solo por si no aparece su escolta, condesa.

—No hace falta. ¿O sí?

—Uno nunca sabe.

—Si mi esposo está preso, no debería temer.

—Él está muy preso, créame, la única forma de sacarlo de allí es...

No pudo continuar la frase, una explosión que los tiró al suelo, el silencio y una enorme llamarada, impidieron que siguiera hablando. Los vidrios rotos se esparcieron por todo el suelo. Los gritos de la gente no se hicieron esperar. Ulises la tenía abrazada y, cuando el primer impacto pasó, él soltó un poco su amarre. Ella estaba conmocionada, temblaba en sus brazos.

—Tranquila, tranquila. ¿Está herida?

—Creo que no.

—Perfecto, ¿puede caminar?

—Ella se puso en pie y se dio cuenta de que él tenía sangre en la cara por un corte en la cabeza.

—Oh, por Dios, está sangrando.

—No se preocupe, no es nada. Vamos. ¿Está bien? ¿Segura?

—Sí, sí, los Russo, Xiomara...

—Creo que la explosión fue en esa parte del barco —informó con pesar el hombre.

—¿Qué pasó?

—No lo sé, debo ir a ver, ¿quiere quedarse aquí?

—¿Sola? No, gracias.

—Vamos.

La tomó de la mano y salieron hasta donde se encontraban los demás. El escenario era escalofriante: cuerpos tirados en el suelo, heridos, amputados, quemados... y mucha gente en shock.

Todo parecía avanzar en cámara lenta. Maritza se sentía a punto de desmayar, pero se dio fuerzas, ella estaba bien, sin heridas y debía ayudar a los demás.

Unos hombres gritaron que, los que se encontraran bien, fueran a los botes salvavidas, así podrían hacerse cargo de los heridos sin tener que lamentar más desgracias.

Ulises se encontró con Altaír.

—¿Qué pasó? —le consultó.

—Al parecer una bomba, dudo mucho que hayan sido los fuegos artificiales, ya habían terminado y no quedaba pólvora. Ahora llevaremos a los heridos a los botes, espero que la gente coopere, en casos así, cuesta mucho que obedezcan las órdenes.

—Vamos, te ayudaré.

—Tomen, colóquense esto.

Les entregó unos chalecos inflables y se fue a buscar heridos. Ulises le colocó uno de los chalecos a Maritza.

—¿Nos vamos a morir? —le preguntó ella con lágrimas en los ojos.

—No dejaré que te pase nada, condesa, soy un héroe, ¿lo olvidas?

—Pero no para mí.

—Vamos, condesa, debes subir a un bote salvavidas.

Maritza no hizo caso, pues vio en el suelo a los Russo y corrió hasta ellos, estaban heridos y abrazados.

—Señores Russo, ¿cómo están?

—Esto es una pesadilla, niña —contestó Gianna, conmocionada, el anciano fue incapaz de emitir palabra alguna, lucía realmente mal.

—Hay que salir de aquí, esto estallará en cualquier momento —indicó Ulises.

—No podemos ir, ya no podemos caminar —lloró Gianna—, nuestros hijos, nuestros nietos, sáquenlos a ellos, por favor.

—Ellos estarán bien, los encontraremos —aseguró Ulises.

—Vayan, vayan por los jóvenes, déjenlos aquí —urgió Walter Russo.

—No podemos hacer eso —protestó Maritza.

Xiomara llegó en ese momento, también quería sacar a la pareja.

—Solo seríamos un estorbo, además, sabíamos que este sería el final, a mí me quedaban pocos meses de vida, el cáncer me está consumiendo por dentro, ¿para qué alargar la agonía? —Miró a su esposo—. Él no sobrevivirá sin mí. Déjenos aquí y sálvense ustedes.

El matrimonio volvió a abrazarse y cerraron los ojos, dispuestos a su fin.

Xiomara se abrazó a ellos y lloró. Ulises quiso sacarla de allí, pero fue inútil, tampoco podía quedarse, debía encontrar a quienes más pudiera para llevarlos a los botes y salvarlos.

Se levantó y tomó a Maritza de la mano. Recorrieron el sector, pero la mayoría de las personas estaban muertas.

—¿Qué haremos? —preguntó la mujer.

—Seguir buscando sobrevivientes, hay que sacarlos rápido, esto se va a hundir en cualquier

momento o puede haber otra explosión.

Maritza miró alrededor y vio a Nelson, él la observó por breves segundos con gesto indescifrable y siguió con su labor de rescate, llevaba en brazos a una mujer y a su pequeño hijo aferrado a su seno. Esa escena le recordó a los soldados de las películas que salvan gente cargándolas para sacarlas del peligro, bueno, eso estaba haciendo, ¿no? Sacudió la cabeza para dejar de pensar y siguió mirando el desastre, aunque parecía que era incapaz de ver nada. De pronto, una nueva explosión, algo más pequeña que la anterior. Maritza corrió hasta el sector, pues allí habían dejado a Xiomara con los Russo. El fuego quemaba los dos cuerpos inertes y la joven no se veía por ninguna parte.

—¿Y Xiomara? —preguntó la mujer en voz alta.

—No la veo, no debe haber estado aquí —contestó Ulises que también llegó corriendo.

El hombre apartó unas tablas para sacar a un pasajero que se encontraba atrapado, Maritza se agachó para ayudar a levantar una viga.

—¿Estará en alguno de los botes salvavidas?

—Lo dudo, conociéndola como la conozco, no se hubiera subido antes que otras personas.

—Debemos buscarla.

La viga por fin cedió y el hombre pudo salir, por suerte, sin ningún hueso roto.

—Voy a hablar con los otros, usted tiene que subir a un bote.

—¡No! No voy a subir, yo estoy bien, puedo ayudar.

Él la miró extrañado, pero no dijo nada, prácticamente la tiró hacia el sector donde estaban los botes salvavidas.

—¿Vieron a Xiomara? —interrogó el hombre.

—No, jefe —respondió Ignacio.

—Está en uno de los botes —contestó Nelson—. Estaba herida, se apartó de los Russo cuando murieron, vino la segunda explosión y su pie se hundió en suelo falso, no es de gravedad, pero se rompió la pierna. Yo mismo la subí al bote, ya está a salvo.

—¿Alguien sabe qué pasó?

—No se sabe nada, todavía es muy pronto para saberlo.

—Voy a ver si hay alguien más a quien ayudar.

Sin esperar respuesta, Ulises apuró sus pasos hacia el sector de los camarotes. Nelson miró a su protegida.

—Lo siento —se disculpó el escolta—, estaba distraído, como la vi con él, sabía que estaba segura y quise darles privacidad, me alejé de usted, no esperaba que esto ocurriera.

—¿Qué pasó? Usted lo sabe, ¿verdad?

—¿Por qué habría de saberlo?

—Por todas las cosas que me dijo estos días, sobre todo hoy, actuaba muy extraño, no me lo niegue.

—No se lo voy a negar, tenía un mal presentimiento, todavía, creo que esto no fue un accidente, creo que fue un atentado, ¿contra quién? No lo sé, llegando a tierra puedo verificar con la lista de pasajeros para saber a quién querían matar.

—¿Y Ricardo?

—La verdad, no sé, Bruno debe estar haciéndose cargo de él, ese sector todavía está intacto, aunque no sé por cuánto tiempo. Ahora debe subir al bote salvavidas.

—Yo no voy a subir, voy a ver si puedo ayudar a alguien, hay muchos heridos.

—Vamos, yo subiré con usted, solo quería asegurarme de que Xiomara subiera a un bote, se

resistió, también quería ayudar.

Maritza lo miró con suspicacia.

—¿Le gusta?

Nelson no contestó, un leve color subió a sus mejillas.

—No sabía que tenía sentimientos.

—Soy un hombre como cualquier otro, señora, aunque no lo crea.

—Ya lo veo, pero igual, yo no me voy a subir a un bote mientras pueda ayudar en algo.

El guardaespaldas la tomó del codo y caminó con ella hasta el sector donde la gente seguía saliendo de entre los escombros.

Un niño lloraba, quería a su mamá. Maritza se acercó a él.

—Tranquilo, ¿vamos?, ya encontraremos a tu mamá, pero tienes que ir al bote salvavidas, allá te encontrará ella, ¿cómo te llamas?

—Nico.

—Ya, Nico, ¿vamos? —Le extendió la mano.

El niño se agarró fuerte y ella lo guio hasta los botes, allí se lo encargó a Johan y volvió para buscar a más personas.

Rescató a cuatro de entre los escombros, a dos tuvo que arrastrarlos hasta la barandilla. Cuando estaba dejando al último, una nueva explosión partió el barco a la mitad, era cuestión de tiempo que se hundiera. Los botes salvavidas se alejaron antes de que los succionara la presión de la embarcación.

—Ya no hay tiempo, hay que saltar —le dijo Ulises a Maritza tomándola de la mano.

—¡No! —gritó aterrada.

—No nos podemos quedar aquí.

La lanzó por la borda y él se lanzó justo después, una vez en el agua, la buscó hasta que la encontró pateando y peleando para no hundirse, el hombre la agarró y tiró del cordón del chaleco para que se inflara, en cosa de segundos ella se quedó quieta al verse flotando.

—Cálmate, tranquila, ya, ya, estoy aquí, no pasa nada.

Ella se agarró del cuello de él y él empezó a nadar hacia los barcos. Encontró una tabla y apoyó a la mujer en ella.

—Aquí no se hundirá, puede subir en ella si quiere.

—No, no, ¿y si empujamos los dos? Va a ser más rápido así, ¿o no? Yo, yo no quiero morir ahogada.

—Te juro que no morirás ahogada, mucho menos hoy, soy un héroe de libro, ¿lo olvidas?

Los dos se apoyaron en el madero y patearon, pero no fueron lo suficientemente rápidos, el barco se hundió y un remolino los arrastró. El hombre la subió al madero y él lo hizo detrás, Maritza se agarró de Ulises con todas sus fuerzas y él hizo lo mismo con ella, la mujer sabía que no saldrían vivos de eso y no quería morir sola. Él no quería dejarla morir.

Capítulo 13

Maritza tosió y expulsó el agua que había tragado. Ulises estaba sobre ella haciéndole reanimación y, cuando la vio vomitar, se dejó caer a su lado, más aliviado, resoplando, cansado.

—¿Qué pasó? —consultó ella un poco más repuesta.

—Logramos sobrevivir, pero no tengo idea de a dónde vinimos a dar.

Ella se sentó y tocó la frente del hombre que tenía una fea herida.

—No es nada, solo es un rasguño.

—Yo creo que es más que un rasguño.

—No sabía que, además de condesa, era doctora.

—No lo soy.

—Entonces, es solo un rasguño —sentenció restándole importancia.

Maritza miró alrededor, parecía una isla paradisíaca, pero no se veía a nadie alrededor.

—¿No hay gente aquí?

—No lo sé, tendremos que explorar un poco para saberlo, o esperar a que la gente venga a la playa, aunque no se ven negocios o construcciones que indiquen que este es un lugar turístico.

—Estamos perdidos.

—Así parece.

—¿Y cómo llegamos aquí?

—Para ser franco, no lo sé, creo que la marea nos trajo.

Ella se tiró hacia atrás en la arena y cerró los ojos.

—¿Se siente mal?

—Siento el estómago revuelto y estoy mareada. Usted parece como si nada.

—No soy una débil mujercita.

Ella se sentó en la arena, indignada. Él sonreía.

—Es una broma, tampoco me siento del todo bien, pero creo que debemos ponernos en campaña de, o buscar gente, o buscar refugio, por la posición del sol, debe ser casi el mediodía.

—Tiene razón. —Se levantó y giró en redondo para ver todo el lugar. Parecía un lugar desierto—. ¿Y si hay animales peligrosos?

—Tendremos que luchar contra ellos —respondió burlón.

—No se burle.

—Y usted no se comporte como una niña histérica, acompáñeme a ver qué hay detrás de esos montes, quizá sí haya civilización y nosotros creyendo que estamos en una isla desierta con la peor persona del mundo.

—¿Cree que soy la peor persona del mundo?

—No digamos que nos hemos llevado muy bien. Además, usted comenzó con los insultos, “imbécil” creo que fue uno de ellos, ¿o me equivoco?

—Lo siento.

—¿Lo siente? ¿Lo siente de verdad o es solo para que yo la proteja?

—No... Yo... Lo siento, de verdad.

—Bien, tendré que creerle, aunque, claro, no me queda más opción, mientras estemos aquí

solos, no puedo desentenderme de usted.

—¿Soy la peor persona para usted?

—No la peor. Su marido se gana el primer lugar con creces. Usted le sigue.

Ella bajó la cabeza y comenzó a caminar rumbo a las dunas que tapaban la vista al resto de la isla.

Ulises la siguió, Maritza todavía tenía mojada la ropa y poco dejaban a la imaginación esas prendas ceñidas a su cuerpo y casi transparentes.

Al llegar arriba, vieron el desolador panorama, aquella no era una isla, era una islita en medio del mar, quizá ni siquiera saliera en los mapas. Tenía unos pocos metros de diámetro y no se veía rastro de civilización alguna.

—¿Qué haremos? —preguntó la mujer.

—Intentar sobrevivir hasta que nos rescaten.

—¿Cree que vengan?

—Deberían. Lo que se hace en estos casos es barrer el lugar, espero que las olas traigan algo más que a personas desagradables hasta aquí.

—Si tan mal le caigo, ¿por qué me salvó?

—Porque mi ética me impide dejar morir a alguien si está en mis manos ayudarlo. No se sienta especial.

—Créame que es lo que menos siento en este momento, de hecho, preferiría estar a millones de kilómetros bajo el agua.

—¿Millones de kilómetros? —repitió en tono burlón—. Bueno, de haberlo sabido...

Ella no dijo nada, bajó por donde mismo había subido, aunque en realidad no tenía caso, al fin y al cabo, toda la isla era igual, no había mucha diferencia entre un lugar y otro, a excepción de una pequeña arboleda en lo alto de la isla, Ulises se dirigió allí, quería ver si alguno de esos árboles tenía algún fruto que pudieran comer. Para su suerte, había dátiles comestibles y algunos higos que les proporcionarían líquido, azúcar y comida, claro que, a juzgar por el sitio al que habían llegado, podrían tardar bastante en ir por ellos... si es que iban.

Maritza, por su parte, se acercó a una pequeña cueva en unos roqueríos. No se decidía a entrar, pues temía que hubiera algún animal o bicho extraño en ella.

—Yo que usted no entraría allí, no sabe lo que se pueda esconder, tal vez se encuentre con un oso gigante —le advirtió Ulises.

Ella se volvió con el terror pintado en la cara.

—Es broma, quizá se encuentre algún insecto, animales grandes dudo que puedan vivir en este lugar, no hay suficiente comida ni espacio.

—Hay que ver dónde dormir.

—Es cierto, por suerte estamos en verano y no creo que las noches sean muy frías aquí, de todos modos, traeré ramas para hacer una fogata.

—¿Tiene fósforos?

—No —respondió con sorna—, ¿usted?

—No.

—Entonces, lo haremos al modo de los hombres de las cavernas.

Maritza comenzó a caminar hacia los árboles.

—¿Dónde va?

—A buscar ramas, ¿no dijo que había que traerlas?

—Dije que yo iría.

—Yo puedo ayudar, ¿o no? ¿O porque soy mujer no puedo?

—No lo pensé por ser mujer, era por ser condesa, pero sí, creo que sí puede ayudar.

La mujer siguió avanzando para llegar a ese lugar, no hacía frío, de hecho, el sol estaba bastante fuerte, su ropa ya se había secado y se había tenido que quitar el chaleco que llevaba puesto.

Volvieron con suficiente leña para hacer una fogata. El estómago de Maritza crujió por el hambre, pero ninguno dijo nada.

Al terminar de acomodar las ramas, Ulises regresó a la arboleda y, al volver, le entregó un puñado de dátiles.

—Gracias —le dijo ella con sinceridad y empezó a comerlas muy lentamente, lo contrario a lo que pensó el hombre que haría.

—¿No tiene hambre?

—Sí, claro, ¿Por qué?

—Pensé que se las devoraría.

—Ganas no me faltan, pero si me las trago, será como haber comido nada.

—Hay más.

—Y tenemos que hacerlas durar, no sabemos cuánto tiempo estaremos aquí y somos dos.

Ulises se sorprendió de la respuesta de la mujer, no esperaba esa reacción, aunque claro, él se había quedado con la primera imagen que tuvo de ella y, por más que le habían dicho que ella no era así, él seguía dudando.

La noche llegó, Maritza temblaba, y no de frío, precisamente. Nadie apareció, no se vieron barcos que los pudieran rescatar, la marea tampoco les llevo nada; no hubo luz de esperanza de salir de allí. Y tendría que pasar la noche con Ulises, que, si bien no la trataba mal, tampoco bien; la detestaba, eso se lo había dejado muy en claro. ¡Qué equivocados estuvieron los que le aseguraron que él estaba interesado en ella, como ella en él! Nada más lejos de la realidad, como lo había podido comprobar ese día.

—Acérquese más a la fogata —le dijo.

—No hay luna.

—No, pero están las estrellas, no será una noche tan oscura, agradezca que está despejado.

—Créame que lo agradezco.

—¿Está asustada? —inquirió algo irónico.

—Sí.

Él se puso serio.

—No tiene por qué, aquí no hay peligro, seguramente, mañana retomarán la búsqueda, no descansarán hasta encontrar todos los cuerpos, solo si al cabo de unas semanas no hay resultados, dejarán de buscar, mientras tanto, recorrerán cada rincón en busca de sobrevivientes.

—¿Y si no nos encuentran?

—No podemos estar tan perdidos.

—¿No vio El Náufrago?

Él se echó a reír.

—Es una película —exclamó—, no creerá que eso fue verdad.

Ella se encogió de hombros.

—Además, usted debe ser muy importante para tener un escolta personal.

—No, Nelson me vigilaba, más que me cuidaba.

—Ah, era el chismoso de su esposo.

—Algo así, aunque debo admitir que, en los últimos días, parecía querer que me deshiciera de él.

—Tal vez se dio cuenta de la clase de hombre que es.

—Puede ser.

—¿Hace cuánto conoce a su esposo?

—Diez. Nos casamos poco tiempo después de conocernos. Este viaje era un regalo de aniversario.

—Vaya regalo, se la pasó todo el viaje borracho.

—Sí, no sé qué le pasó, él no era bebedor.

—Pues a mí me pareció un alcohólico sin remedio.

—Puede ser...

—¿Le preocupa él?

—La verdad es que no, es decir, no me interesa si está muerto, lo que me da miedo es regresar y que siga vivo y sepa que estuvimos solos en esta isla.

—¿Por qué?

—Él estaba celoso de usted.

—¿De mí? ¿Qué hice yo para ganarme sus celos?

—Nada, no hacía falta más que ser hombre. Y guapo, por lo demás.

—Gracias por el cumplido, pero creo que quedó muy claro desde el primer día que yo a usted no le provoqué nada, aunque hubiese querido. Excepto odio, obvio.

—No me provocó odio, pero sé conocer las miradas de mi esposo y estaba muy celoso, si lo insulté fue para que él no pensara que me interesaba.

Ulises frunció el ceño y la instó a que se explicara.

—Si él se ponía celoso de alguien, no era ese alguien quien pagaba las consecuencias o a quien le pidiera explicaciones, era yo su saco de boxeo para descargar la frustración de que le quitaran lo que más amaba, según decía mientras me golpeaba. Aprendí que, si yo insultaba a los hombres de quien él estaba celoso, no me golpeaba tan fuerte, incluso, a veces no me golpeaba.

Ulises no se contuvo más, se acercó a ella y tomó su cara entre sus manos.

—¿Ese hijo de puta se atrevía a pegarte?

Los ojos de Maritza se llenaron de lágrimas y asintió levemente con la cabeza, sin ser capaz de responder.

—Maldito, ojalá él sí esté a *millones* de kilómetros bajo el agua.

—Lo dudo.

—¿Qué quieres decir?

—Esto no fue un accidente, esto fue un atentado, los hombres de mi marido lo hicieron para que creyeran que estaba muerto; según me dijo Nelson, mi esposo estaba al borde de la quiebra y se iba a ir preso. Los últimos días me dijo que un nuevo comienzo estaba a punto de llegar para mí, que tomara las oportunidades que me daba la vida, que la muerte es solo un nuevo comienzo... Cosas raras que no entendí en el momento, pero que hoy día las he entendido perfectamente. Ellos liberarían a mi esposo y yo podría comenzar una nueva vida, quizás, hasta con una nueva identidad, lejos de él.

—¿Eso es lo que harás?

—No tengo cómo empezar de nuevo.

Ulises la contempló por largos segundos que a Maritza se le hicieron interminables, hasta que se acercó y la besó, primero con dulzura, suave, solo roces con sus labios; luego, su lengua buscó

entrar, ella le concedió su deseo y, poco rato después, las caricias fueron aumentando su candor.

Ella dio el primer paso, se apartó y se quitó la blusa sin desabrochar, por encima de la cabeza. Él contempló el hermoso brassier que cubría sus pechos y quiso sacarlo, pero no lo hizo, quería disfrutar al máximo aquel momento y pese a que su miembro se quería arrancar de sus pantalones, adoraba la tortura de la expectativa y la espera.

Él se quitó la camisa muy lento, mientras contemplaba el bello cuerpo de su pareja. Ella lo miraba extasiada. Cuando quedó desnudo cintura para arriba, ella acercó su mano para tocarlo y sentir que era real aquel cuerpo perfectamente esculpido.

—¿Te gusta lo que ves?

—Me encanta —respondió y comenzó a besar los marcados pectorales, lamiendo y mordisqueando.

—A mí también me gusta lo que veo, aunque llegó la hora de ver más.

Le desabrochó el sostén y dejó sus pechos al aire, la admiró un rato antes de acercar su boca y morder sus pezones con suavidad. Ella gimió y se agarró al cabello de él, la lengua y dientes del hombre la hacían sentir como nunca lo había hecho su esposo. Sentía que iba a tener un orgasmo y ni siquiera la tocaba todavía en su intimidad.

—¿Te gusta? —le preguntó al tiempo que la echaba hacia atrás y bajaba con su boca hacia su vientre.

Ella dio un grito y él se alzó para mirarla, notó que la había hecho acabar y sonrió. La besó en la boca con más ganas, esa mujer era un volcán y, al parecer, no se había dado cuenta.

Mientras la besaba, sus manos jugaban con sus pezones, bajaban a su cintura, tiraban de su cabello, presionaba los dedos contra su nuca. Ella parecía perder la razón con tantas caricias.

Él quiso hablar, preguntarle por lo que sentía, quería escucharla, saber lo que le gustaba, pero no dijo nada, ella estaba disfrutando y para él era suficiente.

De pronto, sintió la mano de ella en el bulto de su pantalón y sintió que este iba a explotar.

—Estoy caliente —gruñó ella.

—Ni te imaginas cómo estoy yo.

Dobló una rodilla y la metió entre las piernas de ella, quien se movió para brindarse placer.

Sin aguantar más, él se levantó y se quitó el pantalón, luego hizo lo mismo con el de ella, la dejó desnuda, miró su pubis, quiso meter su boca entre sus piernas, pero su amigo quería otra cosa y terminó por introducirse en ella sin contemplación, de una sola estocada. Maritza se aferró a la espalda del hombre y bailó la danza del amor junto con él, hasta que sus cuerpos se rindieron a la fuerza de la entrega y, cansados, llegaron al clímax uno después del otro.

—Ese hijo de puta jamás te volverá a poner una mano encima —le prometió en el oído—. Ni para bien ni para mal. Antes tendrá que pasarme por encima.

Capítulo 14

La pareja recibió la mañana abrazados. Maritza abrió los ojos y miró al hombre que seguía dormido a su lado. Se preguntó qué había hecho, sin embargo, no se arrepintió, Ulises no solo había sido un gran amante, la trató con más respeto y cariño que su esposo, quien siempre la trataba como a una cualquiera.

—Buenos días, *condesa* —la saludó él antes de despertar del todo.

—Buenos días.

—¿Cómo estás?

—Un poco adolorida.

—Es normal... todas quedan así —replicó burlón.

—¡Oye!

—Es broma, ¿cómo está tu espalda?

—Me duele, pero creo que es porque estoy tiesa, necesito estirar.

—Yo te puedo ayudar a estirar —le dijo con tono libidinoso, se colocó arriba de ella y le alzó los brazos por sobre la cabeza. —Ahora las piernas. —Se metió entre ellas y se las abrió con sus propias piernas.

Ella se excitó por la forma en la que hablaba y movía. Con su mano libre, Ulises le tomó la cara y la besó hasta que se quedó sin respiración. Bajó con sus labios hasta su cuello y jugueteó con el lóbulo de su oreja.

—Suéltame —le pidió ella, él se levantó y la miró sorprendido y asustado—. Yo también quiero tocarte.

Ulises sonrió y se relajó.

—Creí que no querías.

—¿Y si no quisiera?

—¿Qué voy a hacer? Obligado a dejarte, ¿quieres que me detenga?

—No.

Fue ella quien buscó su boca entonces, él la besó y le soltó los brazos. La mujer lo abrazó y acarició su espalda con la punta de las uñas y se entregó a él una vez más.

Antes de mediodía, llegaron *regalos* a la isla. Dos maletas y un bolso de mujer.

—Esto significa que el mar está tirando cosas para acá, por lo que seguramente los rescatistas vendrán a buscar cuerpos —explicó él.

—Esta no es una ruta conocida, ¿verdad?

—No, pero eso no significa nada, precisamente por eso vendrán, tienen que buscar en los lugares más alejados.

—¿Y si no vienen?

—Vendrán, mi condesa, vendrán —le aseguró abrazándola a su pecho, aunque él tampoco estaba seguro.

Las maletas eran, al parecer, una de la señora Tanner y la otra de un hombre, quizá de su

esposo, pues el bolso de mano también le pertenecía a ella, aunque no tenía nada dentro, solo unos papeles. Mientras ella revisaba los contenidos y buscaba algo que pudiera servirles, Ulises se metió a sacar unos peces del mar; ese fue su almuerzo.

—Mañana te toca pescar a ti —le dijo él en broma.

—¡Yo no sé nadar!

—¿Cómo que no? ¿La condesa del Godess Carité no sabe nadar?

—No —respondió avergonzada.

—Habrá que hacer algo al respecto: ¡vives en una isla!

—Hasta hace unos días, vivía bastante lejos del mar.

Ulises la tomó del brazo y la tironeó hacia él, la besó y acunó su rostro entre sus manos.

—Cuando volvamos, viviremos al lado del mar, así es que debes aprender a nadar.

—Estás muy seguro de que viviremos juntos y ni siquiera me has preguntado.

—Ya estamos viviendo juntos —protestó él.

—Sí, pero por obligación.

—No, por obligación estamos aquí, pero por elección somos pareja, ¿o no soy más que un capricho para ti?

Ella no contestó.

—Dime, condesa, ¿acaso has hecho el amor conmigo para quitarte las ganas?

—¡No!

—¿Segura? Porque esto para mí no es un juego, no me gusta jugar al amor, no me gusta tener sexo con quien no siento algo, aunque mis relaciones no han perdurado en el tiempo, han sido bastante largas, el sexo casual no me atrae y si eso es para ti, entonces tendrás que aguantarte mientras estemos aquí, porque no soy juguete de nadie.

—¿Por qué te enojas? ¿Me vas a decir que estás enamorado de mí?

—¿Por qué no? El señor Russo se enamoró de su esposa en cuanto la vio y ya ves, cumplieron más de sesenta años juntos con un amor inquebrantable. Quien diga que necesita años para conocer y aprender a amar a alguien, no ama, porque el amor no se aprende, se vive.

—Muy profundos tus pensamientos.

—¿Te estás burlando?

—No, solo digo que no es fácil encontrar a hombres que piensen como tú.

—Bueno, yo no sé qué clase de hombres conoces, claro que, si todos son como tu esposo, comprendo que dudes de mis palabras.

—No te enojas.

—No me enojo, mi condesa, solo quiero saber a qué debo atenerme.

—Yo... Yo... Para mí esto no es un juego, tú me gustas, mucho, pero...

—Pero no estás segura.

—No. Tú sabes que estoy casada y no creo que mi esposo me deje libre, mucho menos para irme con otro hombre, sobre todo con el hombre que lo volvió loco.

—Condesa, quiera o no, si tú quieres dejarlo, tendrá que aceptarlo, así te quieras ir sola o conmigo.

—Él siempre me amenazaba con que, si yo me iba, me mataba.

—No podrá hacerlo, no dejaré que se acerque a ti.

—Ojalá esté muerto —farfulló entre dientes.

—En este caso, coincidido contigo.

Ella alzó los ojos y miró los verde agua de él,

—¿Estás seguro de que quieres vivir conmigo?

—Sí, quiero tenerte en mi cama cada noche y cada mañana, quiero reír contigo, celebrar las fiestas con la familia, tener hijos, nietos, perros, gatos y llegar a viejitos juntos y morir a tu lado.

—Eso sí que es proyectarte conmigo.

—¿No lo quieres? Podemos obviar los gatos... O los perros —bromeó.

Ella se colgó de su cuello y lo besó.

—Siempre he querido tener gatos.

Él la besó con más ganas. No le importaba si se conocían unos días o toda la vida. Su primera novia fue su vecina, compañera de jardín y luego de colegio, aun así, llegado el momento, lo engañó con su primo y, no solo lo engañó a él, también a su primo, pues él no sabía que ella era su novia, con la excusa de que su papá no la dejaba tener novio, su romance no era público; más tarde se enteró de que no solo su primo estuvo involucrado con ella. Y la conocía de toda la vida, lo cual fue garantía de nada.

Capítulo 15

Nelson caminaba por el medio del mercado como un turista más, aunque muchos lo observaban con curiosidad, estaba seguro de que era más por su metro noventa y ocho y su contextura, que por saber quién era él en realidad.

Al poco rato, entró a una tienda de souvenirs, la mujer que atendía lo miró de pies a cabeza.

—Quiero un Disco de Festo con la cruz templaria.

—Venga por aquí, yo le enseñaré.

El hombre fue conducido por un estrecho pasillo sin salida aparente. Ella presionó la pared y una puerta se abrió ante ellos.

—Ahí están, pase, cuando terminen, presione aquí, la puerta se abrirá y yo vendré por usted —indicó la regordeta mujer.

—Gracias.

Nelson entró al cuarto y se encontró con su compañero y su jefe, este último se hallaba en cama, inconsciente.

—¿Cómo está?

—Mejor, dice el doctor que está casi fuera de peligro...

—¿Pero?

—Pero cree que no volverá a caminar.

Nelson tomó aire.

—¿Lo sabe?

Bruno negó con la cabeza.

—El curita debió sacarlo antes, sabía que tras los fuegos vendría la explosión, nos lo habían recomendado como el mejor —meditó el escolta del hombre.

—Debió sacarlo sin explosión, ese era el trato.

—Él consideró que así era mejor —refutó.

—¿Despertó? —preguntó Nelson para cambiar el tema.

—Sí, esta mañana abrió los ojos, pero no recordaba lo que había pasado; preguntó por su esposa.

—¿Qué le dijiste?

—Nada, le dije que no sabíamos, que todavía estaban rescatando gente. ¿La encontraron?

—No, todavía no hay rastro de ella.

—Espero que esté muerta, de otro modo, todo este sacrificio no habrá servido de nada.

El escolta de la mujer no dijo nada, se dio la media vuelta para irse.

—Sabías que ella tenía que morir, ese fue el plan desde un principio.

—Lo sé y no he dicho nada, hemos llegado demasiado lejos como para que algo salga mal. Al menos supongo que pusiste el cuerpo suplente del jefe. De otro modo, sí que no habrá servido de nada.

—Por supuesto, yo hice mi parte como correspondía.

—Perfecto. Ahora a esperar a que despierte, no creo que le guste saber que va a quedar parálítico.

—No le gustará nada, espero que no se vaya en contra de nosotros, hicimos lo que pudimos, de todas formas, ya está hecho, él está muerto para la justicia y quedará libre de deudas para empezar de nuevo. Mañana vendrá el tipo que le dará una nueva identidad.

—Yo no volveré por aquí, nos comunicaremos por teléfono. Yo llamaré, tú no me busques, sabes que pueden estar espiándome, yo fui el único que quedó vivo de los cuatro, por lo tanto, estoy en la mira para las investigaciones.

—Lo entiendo.

—Nos vemos en Berlín el próximo mes, cuando ya todo esto haya decantado.

—¿Y el tipo?

—¿Quién?

—El mesero.

—El mesero no era un mesero, era el dueño del crucero, había tenido que fungir como empleado por un accidente de dos de los anfitriones, como fue a última hora, de hecho, camino a abordar, no pudo conseguir a nadie más.

—Estás bien informado.

—Ha salido en todos los noticiarios del mundo. Está perdido y sus padres y familia están muy interesados en encontrarlo. Un magnate no puede desaparecer como si nada, además, dicen que él es capaz de sobrevivir a un naufragio y mucho más.

—Espero que se lo hayan comido los tiburones.

—¿Por qué tanto odio? ¿No será que el enamorado de Maritza eras tú y no yo?

—No digas sandeces, ese tipo le hizo la vida imposible al jefe con su flirteo con la señora Zegers.

—¿Flirteo? Por favor, Bruno, ni siquiera se miraban, él la evitaba a toda costa.

—¿Por qué crees que se emborrachaba? —le preguntó indicando a Ricardo—. Por ella, por celos, porque ese tipo lo volvía loco.

—Bruno, si él se emborrachaba era porque le gustaba tomar, ¿me vas a decir que en los últimos meses no has tenido que drogarlo para mantenerlo despierto? Él no está bien de la cabeza, además, ¿de qué celos hablas si trajo a su mujer a este viaje para matarla! Él no la amaba. Se metía con cuanta puta se le cruzaba, hacía la noche día de bar en bar. A no ser que me hubieras mentido, eras tú el que andaba con él y me decías lo que hacía, yo me quedaba a cuidar la casa y a su esposa. No le echas la culpa al tipo ese. Él solo fue la excusa arriba del barco.

—No pensé que tenías esa opinión de mí, de haberlo sabido, no te hubiera contratado —habló con dificultad su jefe.

—Lo que yo opine sobre usted, no interfiere en mi trabajo; no estoy aquí para criticar o ayudar, solo estaba aclarando un par de puntos con Bruno. ¿Recuerda lo que pasó? —contestó de mal modo.

—Sí, recuerdo todo con claridad.

—Bien, entonces sabe que no puede moverse de aquí pase lo que pase.

—Escuché toda la conversación, sé que me voy a quedar paralítico, dudo que pueda moverme.

—No es seguro, jefe, el médico lo vendrá a ver más tarde, le hará otras pruebas, de todas formas, tiene una herida muy fea en la pierna, lo están tratando, pero se ve muy mal —intervino Bruno.

—¿Algo más? ¿Y mi mujer?

—No aparece, la búsqueda no cesará sino hasta dos semanas, ese fue el tiempo que se dieron para encontrar los cuerpos o a pasajeros vivos, debemos esperar.

—¿Te aseguraste de que estuviera en el lugar de la explosión?

—Estaba con los demás viendo los fuegos artificiales.

—O sea, está muerta.

—Eso se supone.

—Bien. No puedo decir que guardaré luto, porque no sería verdad, esa mujer me interesó mucho, pero no fue más que un amor pasajero que confundí con amor verdadero.

Nelson apretó los dientes, en esos casos, el divorcio era la forma, no el asesinato.

—Sé que no comulgas con mis métodos, Nelson, pero créeme que es lo mejor, todos saldremos ganando.

—Yo hago el trabajo por el que me pagan, señor.

—Aunque no estés de acuerdo.

—Ya le dije que parte de mi trabajo es no cuestionar nada.

—Y dime algo, ¿la viste ese día que te ordené que le escogieras tú la ropa interior y que se la vieras puesta?

—Sabe que sí.

—¿Te gustó?

—¿La ropa? Sí, de otro modo, no la hubiera traído.

—Ella, imbécil, ella, ¿te gustó?

—La señora Maritza es una mujer muy bonita, no lo niego, pero no es de mi gusto.

—Igual te calentaste con ella.

—Creo que no es tema. Permiso, ya me tengo que ir, no puedo desaparecer mucho rato en una tienda de souvenirs.

—Claro, claro, ponte en contacto apenas sepas algo.

—Por supuesto.

Nelson dio la vuelta y presionó el botón. La mujer se tardó unos pocos segundos en abrir y sacarlo de allí.

—¿Encontró lo que buscaba? —le consultó la mujer.

—Sí, gracias.

—Debe salir con algo —le dijo al llegar a la vitrina, el local estaba vacío—. Tome. —Le entregó un paquete—. No puede irse con las manos vacías. Nadie lo hace.

—¿Cuánto...?

—No se preocupe, cortesía de la casa.

—Gracias.

—Que le vaya bien.

El hombre salió de allí con el paquete en las manos. Otra vez, su estampa llamaba la atención de todos, solo que, en esa ocasión, se encontró con unos ojos diferentes que lo miraban curiosos. Él sonrió y se acercó.

—Xiomara, qué gusto verla, ¿se encuentra bien?

—No estoy bien —respondió y se desmayó, Nelson alcanzó a tomarla en sus brazos antes de que se golpeará con el suelo.

Capítulo 16

Maritza echó un par de ramas a la fogata mientras Ulises pescaba algo para la cena. El fuego se avivó y ella, satisfecha, se echó hacia atrás y buscó el cuenco en el que recolectaban el agua nocturna que les servía para beber. Se dirigió al lugar donde lo colocaban para recibir el rocío de la noche. Cuando Ulises volvió, ya estaba todo listo para comer.

—Te has vuelto toda una experta.

—Después de tantos días, tenía que aprender, ¿o no?

—Has aprendido rápido, sobrevivir en este medio no es fácil.

—No ha sido fácil.

—Lo sé, pero tampoco te lo has tomado muy mal, ¿me equivoco?

—Estoy contigo, no sé qué hubiera hecho sola; ya estaría muerta.

—No pienses en eso.

Ella se acurrucó en él.

—De verdad, no habría encontrado la forma de hacer todo lo que tú haces. Tenemos agua y comida, espero que nos encuentren antes del invierno, no sé qué vamos a hacer cuando empiece el frío.

—Nos encontrarán, si no, buscaremos la manera de seguir vivos.

—Tú estás muy seguro de que nos siguen buscando. Mi esposo me quería muerta, mi familia no me habla y, aunque lo hicieran, no serviría de nada, no tienen ni dinero ni influencias como para que se gasten en mí, ¿y tú? ¿Tienes familia influyente como para que nos busquen?

Él sonrió.

—Tú estás muy convencida de que soy un simple mesero.

—No un simple mesero, de simple no tienes nada, pero ¿tu familia tiene influencias? Porque sabemos cómo son las cosas en el mundo, si alguien es importante se gastan todos los recursos en buscarlo, pero si son gente común y corriente como nosotros, se dan por vencido rapidito.

—¿Y si te dijera que soy un magnate griego con mucho dinero y mucho poder?

—Pensaría que me estás tomando el pelo.

—Pues no te estoy tomando el pelo, yo soy el dueño del crucero en el que viajabas. Era, porque ya no queda nada del barco.

—Mentira. —Ella se apartó de él con el asombro pintado en la cara.

—No lo es, condesa, no soy un *patipelado* como me llamó tu esposo.

—¿Y por qué estabas trabajando de mozo?

—Porque dos de mis chicos se accidentaron camino a abordar, el día antes de zarpar, como estábamos tan encima, no pude contactar a nadie más, tomé yo su lugar, pues de todas formas quería hacer este viaje.

—¿Fue un accidente grave?

—Un chofer ebrio los chocó, por suerte, ellos iban a velocidad moderada, por lo que quedaron con algunas fracturas, podrían haber muerto de haber ido más rápido.

—Menos mal, y se salvaron del naufragio.

—Así es. Por algo pasan las cosas.

—Sí.

—Ven aquí.

Ella volvió con él y la mantuvo abrazada mucho rato, sentados uno al lado del otro, en silencio. Él sabía que su familia no descansaría hasta estar segura de que él ya no aparecería, pero eso, en el inmenso mar...

—¿Tienes miedo? —le preguntó ella de pronto.

—Para serte sincero, sí, tengo miedo de que no nos encuentren, de que nos pasen de largo, de que crean que estamos en el fondo del mar... Que nos dejen de buscar.

—Pero tú dijiste que buscarías la forma de pasar el invierno.

—No tengo miedo por mí, incluso, tampoco lo tengo tanto por ti, pero creo que cometimos un grave error que podemos pagarlo muy caro.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué pasa si quedas embarazada? Un bebé en esta isla no sobreviviría, no tenemos ni lo básico para recibirlo.

—Yo me cuido.

—¿Con pastillas?

—No, uso el implante, me quedan dos años todavía. Supongo que nos encontrarán antes de eso, ¿no?

—Eso espero, porque no me podría aguantar de estar contigo. Ya no.

Le levantó la cara con su dedo índice y la besó con dulzura.

—Quiero tener hijos contigo, pero no aquí, quiero que los tengas como corresponde, en un hospital, con médicos, puericultoras, enfermeros, no quiero que mis hijos nazcan sin las condiciones mínimas que se merecen.

—¿De verdad quieres tener hijos conmigo?

—¿Crees que bromearía con una cosa así?

—No, pero...

—¿No quieres hijos?

—Sí, pero mi esposo decía que eso afeaba el cuerpo de una mujer.

—Ese tipo está loco.

—Pero salen estrías y...

—Son las marcas más bellas de una mujer, hacerlo a uno padre... Ustedes hacen el milagro de traer vida a esta Tierra, orgullosos deberían estar de las marcas de la maternidad.

—¿Cómo es que estás solo si piensas así?

—No había encontrado a la mujer correcta.

—¿Tienes hijos?

—Por desgracia, no, las mujeres con las que he estado no han querido, han priorizado sus carreras antes que la maternidad, las entiendo, no es fácil compatibilizar ambas responsabilidades, pero creo que ha sido lo mejor, ¿te imaginas hubiera tenido hijos con alguna de ellas? No te habría conocido.

—¿Por qué? ¿Habrías seguido con la mamá, aunque ya no la quisieras?

—¡No! Pero no habría dejado a mi hijo solo, no habría abordado el crucero.

—Ah.

—Mi padre y mi abuelo fueron hombres presentes en mi vida, quiero ser igual con mis hijos, quiero que ellos sepan que pueden contar conmigo las veinticuatro horas del día y todos los días del año, no quiero que me vean como a un extraño.

—Te entiendo.

—¿Cómo es tu familia? Yo ya te he hablado suficiente de la mía.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—Yo los humillé y los eché de mi vida poco después de casarme con Ricardo, él no quería compartirme con ellos, así que, o los sacaba yo del camino, o los sacaba él. Por supuesto, preferí hacerlo yo, Nelson todavía no había llegado a trabajar con mi esposo, tenía a otro escolta, que, si bien no era tan grande como Nelson, era un perro, si Nelson da miedo, ese tipo era peor, así que te imaginarás que no quería que él se *hiciera cargo* de mi familia.

—Sí, lo comprendo. Ellos se alejaron ¿y nunca más volviste a verlos?

—No. No. Nunca.

—En cuanto volvamos, los buscaremos, les explicarás todo, les dirás que lo hiciste por su bien, para protegerlos, ellos entenderán.

—No lo creo, los lastimé mucho.

—Lo entenderán, créeme, ellos deben saber que con tipos como tu esposo no es fácil lidiar.

—Mis hermanos me dijeron que no me casara, pero yo estaba embelesada; él, un hombre de mundo, millonario, se había fijado en mí, una pobre chica sin estudios, sin clase; todo un romance de cuento.

—Un cuento que se volvió película de terror. ¿Cuánto duró la Luna de miel, antes de que se tornara mal?

—La Luna de miel. Siete días.

—¿Siete? Perdóname, pero con el dinero que se supone que tiene, siete días es una mezquindad. Supongo que no te hizo viajar con los puntos de novios —se burló.

—Sí —aceptó ella y se encogió de hombros.

—No puede ser, pero ese tipo nunca te amó, ¿cómo es posible que ni siquiera quisiera gastar en tener una hermosa Luna de Miel con su esposa amada? Yo creo que eso está bien cuando el dinero no abunda, yo mismo he ayudado a mis colaboradores con gastos para sus bodas o viajes, pero cuando se tiene dinero...

—Él no era egoísta conmigo, me compraba ropa y cosas caras, pero los viajes... Eso era otra cosa, de hecho, casi nunca viajábamos juntos, él viajaba solo por trabajo, muy pocas veces viajamos juntos, por eso me sorprendió este crucero.

—Permíteme decirte que este es uno de los cruceros más baratos que existen, es una flota que creé para gente que no tuviera los recursos para viajar en un *Royal Caribbean*, pero que quisieran disfrutar de las bondades del mar. Ya viste que era un barco pequeño, con poca gente, poca para el resto de los cruceros del mundo; por lo mismo, podíamos hacer esos espectáculos, elección de reinas... Es lo que le gusta a la gente común; los más exquisitos viajan en otro tipo de crucero.

—Yo nunca había subido a un crucero, tampoco nunca me importó saber, la verdad es que no quería, me daba miedo, ya sabes, no sé nadar.

—Sí, es cierto, tendremos que darle solución a eso muy pronto.

—No quiero —protestó.

—No seas niña, ya verás que te gusta.

—¿Tú crees? Prométeme una cosa.

—Lo que quieras.

—Que no me lanzarás al agua y que no me tirarás agua a la cara.

—Prometido —aseguró muy serio.

—Si es así, sí.

—Perfecto, lo que menos quiero es que le sigas temiendo al agua, al contrario, quiero que te hagas amiga del mar —explicó al tiempo que le entregaba una vara con el pescado ensartado, el que ya estaba asado.

Capítulo 17

Xiomara miraba hacia afuera. Estaba sentada en una cafetería, sola.

—Hola, Xiomara, ¿cómo estás?

—Nelson, hola —respondió la joven, alzando su vista, casi sin expresión.

—¿Cómo te fue?

—No muy bien, creo que ir al siquiatra no me está ayudando, quedo peor cada vez que voy.

—¿Por qué? ¿Te dice algo?

—No, ese es el problema, la que habla todo el tiempo soy yo. Mira la hora cada cinco minutos, como si estuviera harto de escuchar problemas.

—¿Te dio algún medicamento, algún tratamiento?

—Nada.

—¿Te mandó a sicólogo, con un terapeuta?

—No.

—¿Te envió con algún otro especialista?

—Tampoco.

—O sea, está haciendo las veces de sicólogo a precio de siquiatra. No corresponde. Algo tiene que darte, hacer, si él no está capacitado, tiene que enviarte con un especialista, para eso están, además, tú tienes estrés postraumático, deben ayudarte.

—Hoy le dije lo de los Russo... Me preguntó cuánto me afectaba, yo le dije que mucho, que nos habíamos hecho muy amigos, sobre todo con ella, que era un amor de mujer y ¿sabes lo que me dijo? Textual: “¿Por qué te afecta tanto si ya estaban viejos? Ellos sabían que era su último viaje, ya era hora de que se murieran”.

Una lágrima corrió por la mejilla de Xiomara. Nelson la secó con su dedo.

—Ese tipo no está capacitado, te ayudaré a buscar a otro médico.

—No lo sé, ya no sé si quiero un médico, lo que quiero es olvidarme de lo que pasó.

El hombre le tomó las manos con cariño.

—Escúchame, no lo olvidarás y, cuanto más lo intentes, menos podrás, lo que debes hacer es vivir tu duelo y luego aprender a convivir con ello, día tras día, hasta que ya no pese, hasta que ya no duela.

—¿Llegará ese día en que ya no me duela?

—Sí, claro que sí.

—¿Me lo juras?

—Por supuesto. El tiempo ayuda a sanar heridas, pero debes vivir tu duelo, debes llorar, desahogarte, renegar. Luego viene la aceptación y la curación.

—Tengo miedo de que no pase este dolor que siento, por las noches, las pesadillas no me dejan dormir, veo el barco explotando, veo los cuerpos, veo a los Russo muriendo abrazados y abrasados... Explotados...

—Es normal que te pase eso.

—¿Pasarán alguna vez?

—No te puedo prometer que pasarán para siempre, quizá, en muchos años más, volverás a

soñar con ese momento, pero ya no será lo mismo. Las pesadillas pueden durar mucho tiempo.

—Ya no quiero. Me quiero ir a mi casa, a mi país.

—¿Con quién estás aquí? ¿No te puedes ir por la investigación?

—Estoy sola, no tengo papás y mis hermanos están demasiado ocupados con sus vidas como para venir a acompañarme.

—No puedes estar sola. Ven a vivir conmigo, como amigos. Yo estoy arrendando un departamento que tiene varias habitaciones.

—No puedo, ¿qué va a pensar la gente?

—¿Qué gente? ¿Tienes amigos, familia aquí de quienes preocuparte?

—No.

—¿Entonces? No puedes estar sola, ¿qué haces cuando te atacan las pesadillas?

—Lloro y me quedo despierta, a veces hasta la mañana. Duermo entre dos a cuatro horas cada noche. Además, mi cuarto no tiene ventanas y debo dormir con la luz encendida. Odio la oscuridad.

—Eso no puede seguir así, Xiomara, tienes que dormir, tienes que descansar, ¿tu médico no te dio un relajante, un ansiolítico, un sedante?

—Nada. No me ha dado nada.

—Bien, vamos por tus cosas, te llevaré a mi departamento y ahí te quedarás, no voy a dejarte sola.

—Gracias —dijo ella y se largó a llorar. Nelson se levantó y abrió la silla de ella para que se levantara, la abrazó a su pecho mientras la consolaba con palabras tranquilizadoras.

—Me siento tan tonta.

—No digas eso, estás pasando por un mal momento, lo que vivimos no es fácil de sobrellevar.

—Pero tú no lo estás pasando tan mal, o no se te nota.

—Yo serví en la guerra, no puedo decir que esto no me afecta, pero aprendí a lidiar con este tipo de situaciones.

—¿Me puedes enseñar?

—Te ayudaré a superarlo, no te preocupes.

Ella se volvió a abrazar a él y caminó hacia la salida del local.

El cuarto que Xiomara rentaba no medía más de tres metros cuadrados, había una pequeña cama, un ropero y una mesita de noche. No tenía ventanas ni ventilación. Nelson sintió un golpe en su pecho al ver las condiciones en las que había estado y él sin saberlo para poder ayudarla.

—Nos vamos a ir de aquí, pequeña, no te preocupes, debiste decirme que estabas en problemas.

—No quiero abusar de ti.

—No es abuso si es un ofrecimiento que yo te hice, te pedí, incluso por favor, que me avisaras si necesitabas cualquier cosa, yo creí que vivías en mejores condiciones.

—Perdón —musitó ella.

Nelson se pasó la mano por la cara, no le gustaba perder el control. Tomó las pequeñas manos entre las suyas.

—Si alguna vez necesitas algo, lo que sea, no dudes en llamarme, siempre, lo que sea, búscame, ¿sí?

—Al menos tenía un techo.

—Un techo, porque más que eso esto no es. Será mejor que nos vamos, no me gusta este lugar.

Él mismo ayudó a guardar las cosas de la joven en un bolso. Revisó cada rincón de ese sitio

para asegurarse de que no se olvidaran de nada, jamás quería regresar allí.

—¿Vamos? —Se colgó el bolso en el hombro derecho y con la mano izquierda tomó una mano de Xiomara.

Ella apretó la enorme mano de él, aunque apenas podía doblar sus dedos. Al salir, se les acercó un oficial de policía, con cara de pocos amigos.

—¿Dónde va usted? —le preguntó a la mujer.

—Voy a vivir con él a su departamento —contestó la joven, atemorizada.

—Sabe que debe estar disponible y ubicable por las investigaciones.

—Tienen mi celular.

—Ella se va conmigo porque no está bien —intervino Nelson al notar que su amiga estaba a punto de llorar—, el siquiatra que le proporcionaron no le ha servido de nada, es un descriteriado que no le ha ayudado a superar el trauma que vivió en el crucero, por eso me la llevo, porque no puede estar sola, en cualquier momento podemos lamentar otra desgracia y dudo que su gobierno quiera sufrir otro revés en este caso, pues, si a ella le pasa algo, ustedes serán responsables.

—Deben estar ubicables —replicó el oficial algo atemorizado.

—Y lo estaremos —aseguró el hombre—, tienen nuestros teléfonos, saben dónde vivo, no creo que sea necesario más, ella es una víctima como todos los del accidente, espero se la trate con la deferencia que se merece, de otro modo, creo que deberé interponer una queja, señor...

—Por supuesto, disculpe, solo quería asegurarme de que entendieron las directrices —dijo el uniformado y se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—Por supuesto. Bien, ahora nos vamos, permiso.

Nelson tomó a Xiomara del brazo y la empujó con suavidad hacia su automóvil. Ella se sentó en el asiento del copiloto sin decir nada. Él se subió y la miró, parecía perdida, sus labios dibujaban unos tristes pucheros. Puso su mano sobre la de ella.

—Tienes que estar tranquila, ya no estarás sola.

—No tenía que ser así.

—¿Qué es lo que no tenía que ser así?

—Esto. Míreme...

Nelson no entendía a qué se refería su acompañante y no dijo nada.

—Esto es tan vergonzoso. —Copiosas lágrimas comenzaron a correr por las pálidas mejillas femeninas.

—No lo es, ven aquí, chiquita.

Él la abrazó y la dejó llorar; sabía que necesitaba desahogarse.

Capítulo 18

Maritza abrió los ojos al sentir un extraño ruido que la asustó. Ulises estaba a la orilla del mar y miraba hacia el horizonte. Ella se sentó en la arena y se dio cuenta de lo que era: un enorme barco se acercaba a ellos.

—¡Nos encontraron! —gritó la mujer.

—Sí. Ya vienen por nosotros —respondió emocionado.

Ella se acercó a él, él extendió su brazo para apegarla a su costado. Vieron avanzar una lancha hacia la orilla.

—Nos vamos a casa, mi condesa.

—¿¡Están bien!?! —preguntó a gritos un hombre antes de bajar, antes de siquiera terminar de llegar a tierra.

—¡Constantino! Estamos bien —contestó Ulises.

Apenas el bote tocó fondo, el llamado Constantino bajó y corrió hasta donde se encontraba la pareja y abrazó al hombre con gran alegría.

—Yo sabía que estabas vivo, hermano, no podía ser de otro modo.

—¿Ya me daban por muerto?

—Las autoridades, de la familia nadie dudaba de tu sobrevivencia. ¡Menudo susto nos diste!

—Ya ves, me gusta llamar la atención.

Los hermanos se separaron y Constantino miró a la acompañante de su hermano en la isla, la que miraba con cara de no entender nada, pues ambos habían hablado en griego, idioma que ella no entendía.

—Ella es Maritza Guerra —la nombró por su apellido de soltera—, vino a dar a esta isla conmigo.

—Vaya suerte. Hola, un gusto, señorita —le dijo siempre en griego y le extendió la mano.

—No habla nuestro idioma, hermano, ella es chilena.

—¿De Chile? ¿El niño maravilla? —dijo en un muy mal español.

—Sí, Alexis Sánchez —contestó ella con una sonrisa tímida, ese hombre era avasallador.

—No conozco su país, espero tener muy pronto el placer de hacerlo —le dijo seductor y besó los nudillos de la mano femenina que todavía sostenía.

—Si vas, será para mi boda con ella, hermano —intervino Ulises algo molesto.

Constantino se apartó asustado.

—¿Están juntos?

—Así es.

—Perdón, perdón, perdón —se disculpó levantando los brazos—. No lo sabía, perdón, si estás con mi hermano, entonces eres mi hermana también. ¿Vamos? Te esperan en casa, hermano, aunque no con esta hermosa sorpresa.

—Vamos.

Maritza iba a ir en busca de la maleta.

—No hace falta, ni siquiera es nuestra —indicó Ulises.

—Pero dentro hay fotografías, documentos, pueden necesitarlos...

—Está bien, yo voy por ellas.

—Te ayudo —se ofreció Constantino.

Maritza esperó allí, el hermano de Ulises tenía una personalidad muy extrovertida, si así era toda la familia, no le sería muy fácil acostumbrarse, ella era más bien tímida.

Los dos hombres regresaron, Ulises le tomó la mano a su mujer y caminó con ella hasta el bote.

—Hola —saludó Ulises al que conducía la lancha—, gracias por venir. —Lo abrazó con mucho afecto.

—No podía no hacerlo, sabíamos que estabas vivo en algún lugar del océano.

—Gracias, de verdad.

—Perdón por la demora, viniste a dar a una isleta que ni siquiera aparece en los mapas. Y da gracias a que te encontramos, unos pescadores nos avisaron que podían estar por aquí, esta isla se hunde casi entera en invierno, por eso nadie vive aquí y los frutos que da son de la temporada. Las intensas lluvias la inundan.

—Entonces estoy más agradecido de que nos hayan seguido buscando. Él es mi *niñero*, por decirlo de algún modo, me cuidaba cuando era niño —le explicó a Maritza.

—Sigo cuidándote, Ulises, sigo cuidándote.

—Y creo que nunca dejarás de hacerlo, ¿verdad?

—Jamás. Siéntense, quiero salir pronto de aquí, quiero llevarte a casa con tu madre que está desesperada.

Se acomodaron e iniciaron viaje hasta el barco, donde los recibieron con gran euforia.

—¿Usted es la señora Zegers? —le preguntó uno de los tripulantes, cuando ya estaban instalados comiendo.

—Eh... sí.

—¿La conoces? —le preguntó Constantino.

—Sí, o sea no, lo que pasa es que salió en los noticiarios, su esposo murió, solo se salvó uno de sus guardaespaldas; el hermano de su esposo, Leonardo creo, pidió que ya no siguieran buscando, no quería seguir removiendo el dolor de perder a su hermano y a su querida cuñada, su historia fue muy conmovedora, por eso me acuerdo bien de usted; estará feliz de saber que está viva y bien.

—¡No! —gritó aterrada.

Ulises la abrazó de modo instintivo.

—¿Qué pasa?

—Ese hombre no es su hermano. Mi esposo no tenía hermanos. Quien se hacía pasar por él era un tipo que trabajaba con Ricardo, no sé por qué le tenía una confianza ciega, una vez los escuché hablando, ese hombre es el heredero legal y universal en caso de que falleciéramos los dos.

—O sea, todo fue un montaje, ahora se quedará con todo —replicó Ulises.

—O una farsa —indicó Constantino—. Quizá tu esposo no esté muerto, ¿tenía algún problema por el que quisiera desaparecer?

—Tenía muchas deudas, solo eso que yo sepa.

—Muchas deudas —repitió algo burlesco—, solo eso. En el mundo empresarial, eso puede costar la vida, querida niña.

—¿Cómo sabes que es empresario? —inquirió Ulises.

—Si estuvieras más al pendiente de los negocios familiares, hermano, no preguntarías eso.

—No entiendo.

—Nivaldo Zegers, el abuelo de Ricardo Zegers, hizo negocios con nuestro abuelo en sus

inicios, luego quedó Ricardo padre a cargo de los negocios, pero solo por poco tiempo, pues un extraño accidente lo mató y tomó el puesto su hijo, el que supongo sigue siendo tu esposo —terminó con un tono de reproche, ella asintió con culpa y vergüenza—. Ese tipo nos quedó debiendo millones en insumos, estábamos iniciando una querrela en su contra; supongo que no somos los únicos.

—¿Tú crees que él se está haciendo pasar por muerto?

—Voy un paso más allá. Creo que él provocó la explosión para hacerse pasar por muerto y asesinar a su esposa, así, su *hermano* cobraba la herencia, sus deudas se anulaban al estar muerto y él quedaba libre para iniciar una nueva vida donde él quisiera y con quien quisiera, al fin y al cabo, mujeres no le faltaban —explicó sin dejar de mirar cada ademán de su nueva cuñada.

—Pero... La explosión... ¿Fue provocada? Yo creí que había sido un accidente, los fuegos artificiales...

—No, no fue un accidente, hermanito, fue una bomba, encontraron los restos, si Zegers no es sospechoso es porque está muerto, del resto, todos son sospechosos, incluso tú.

—¿Yo?

—Sí, y si yo fuera tú, mantendría este romance en secreto, no vaya a ser que piensen que querías deshacerte del marido celoso.

—¡Eso no es verdad! No destruiría mi barco para sacar del camino a un imbécil como ese tipo.

—Yo lo sé y tú lo sabes, creo que todos aquí lo sabemos, pero para la policía eres sospechoso y hay que evitar cualquier motivo de culpa.

—Tu hermano tiene razón, si es verdad y Ricardo está vivo, intentará por todos los medios hundirte y culparte por la explosión, sobre todo si se entera de que estamos juntos —agregó la mujer.

—No me gustan las cosas a escondidas.

—En este mundo hay cosas que deben ser ocultas, sobre todo si está en riesgo la vida o la integridad de uno y de los que ama —expresó su hermano.

—¿Estás de acuerdo? —le preguntó a Maritza.

—Si es lo mejor —respondió con tristeza.

Ulises asintió con la cabeza, con la frustración pintada en su rostro y con un odio todavía más grande por ese hombre, que de hombre no tenía nada.

Capítulo 19

Nelson caminaba con desespero en su habitación. Las noticias daban el anuncio del rescate del magnate griego Ulises Areleus y la esposa del empresario Ricardo Zegers. Los habían encontrado en una isla desierta en medio del océano.

Xiomara tocó a su puerta, el hombre tomó aire y abrió.

—¿Lo viste? ¡Los encontraron! —gritó feliz.

—Sí, lo vi.

—Parece que no te alegrara.

—Claro que me alegra, estoy preocupado, tantos días perdidos, espero que estén bien.

—Dijeron en la televisión que estaban bien, ¿qué pasa?

—Nada, nada, estoy preocupado, eso es todo, quién sabe qué cosas tuvo que pasar, yo debí haber estado ahí para ayudarla, para socorrerla.

—No es tu culpa, el caos que se formó...

—Yo estaba a cargo de su cuidado.

—Aun así, tú ayudaste a mucha gente, ella estaba en otra parte del barco, al menos Ulises estuvo ahí con ella, quizá sola no hubiera sobrevivido.

—Eso es verdad —respondió algo más aliviado, lo que en realidad le preocupaba era el hecho de que Ricardo supiera que ella había estado en una solitaria isla con Ulises por casi dos semanas.

—¿Estás enojado? —le preguntó Xiomara con un tono un poco más bajo—. ¿Estás celoso de que hayan estado juntos?

El guardaespaldas la miró sorprendido.

—¡No! ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque te noto extraño, yo sé que no nos conocemos desde hace tanto, pero algo nos conocemos y estás extraño, algo te molesta.

—Y tú pareces triste.

—No.

—No me mientas, que yo sí sé conocer a las personas, ¿estás celosa?

—¿De Ulises? ¡No! Es un hombre atractivo, pero no es mi tipo.

—Pero sí estás celosa.

—Voy a comer algo.

Nelson la tomó del brazo cuando ella se giró para salir. La apegó a su cuerpo.

—¿Estás celosa?

—Nelson...

—Responde.

—Creo que esa pregunta ya está respondida —musitó con labios temblorosos.

El hombre la pegó más a su cuerpo y subió una mano para acariciar la mejilla femenina, como tantas veces había deseado. Cerró los ojos, sabía que no debía, que no podía, él era un peligro para ella y no podía ponerla en riesgo.

Abrió los ojos, ella lo miraba expectante, esperaba que él diera el primer paso, no quería

chocar con una pared, él lo entendía, estaba consciente de que ella lo veía demasiado lejano para lograr conquistarlo, y no porque ella fuera poca cosa, pues no se sentía así, solo que tenía claro que él no se enamoraba, no se permitía ese *lujo*.

—No puedo... —susurró él.

—Lo sé —respondió ella de igual modo, no había frustración en su mirada, más bien, una profunda comprensión.

—No quiero hacerte daño y no quiero que te lastimen.

—Lo sé.

—Xiomara.

Ella alzó sus manos y las posó sobre las mejillas del hombre.

—Entiendo que no puedes estar conmigo, todo está bien.

—No, nada está bien, nada. Jamás debí traerte aquí, para el resto estamos juntos, aunque no lo estemos, ¿te das cuenta? Todos saben que eres importante para mí.

—Solo estás ayudándome.

—Pero eso lo sabemos solo tú y yo, ¿crees que alguien se traga el cuento de que entre nosotros no ha pasado nada?

—¿Entonces? ¿Cuál es la diferencia entre tener o no tener algo?

Nelson bajó su vista hasta sus labios y ya no quiso resistirse.

—Ninguna y ya no podemos volver atrás.

Dicho esto, se acercó y la besó. Ella se sorprendió, pero lo recibió con alegría. En sus pensamientos, siempre imaginó los besos de él como fuertes y poderosos, tal como era él, sin embargo, fue tan dulce y delicado en ese beso, la tomó tan por sorpresa que no pudo evitar un gemido. Él intensificó el beso a medida que se pegaba más a ella, como si quisiera fusionarse en uno solo. Ella se puso de puntillas, subió los brazos y rodeó su cuello.

Nelson se apartó un poco y apoyó su frente en la frente de ella.

—Si no me detengo ahora... —jadeó con deseo.

—No te detengas.

—¿No te importa?

—Sí, me importa, por eso no quiero que te detengas, ¿qué más da? Somos adultos y estamos solos, no tenemos a quién darle explicaciones, tú mismo me lo dijiste cuando me trajiste aquí.

Volvió a besarla como antes, solo que sus manos recorrieron el contorno del delicado cuerpo mientras lo hacía. Ella también acarició el pecho y la espalda de ese hombre que tantas horas de sueño le había quitado. Soñaba con sus caricias y sus besos. Eran mucho mejor que como los imaginó.

Él se sacó la camiseta y ella admiró los duros y bronceados pectorales antes de acercarse a tocar la desnuda piel. Él se dejó tocar. Ella era mucho más baja que él, no le llegaba ni al hombro. Cerró los ojos para disfrutar de esas caricias, hacía mucho que no sentía las manos de una mujer sobre su cuerpo. Cuando sintió los labios y la lengua de ella en sus tetillas, el calor se le fue directo a cierta zona erógena. Abrazó a la joven y bajó sus manos hasta su trasero, lo apretó y acarició mientras gozaba de la caliente lengua que lamía con ansias su pecho. Quiso hacer lo mismo y desabrochó la blusa que, para su suerte, tenía sus botones atrás, no debía apartarla de sí para quitársela, no interrumpiría a su compañera en la exquisita labor que realizaba.

Una vez fuera el estorbo, sacó su brasier y metió sus manos entre los dos para acariciar sus senos, al sentir aquella piel tan suave y sus pezones erguidos, la apartó para contemplarla, admirarla.

—Eres tan bella, preciosa, no sabes cuánto deseé este momento, cuánto lo soñé, era una tortura tenerte en mi casa y no en mi cama.

Ella no pudo decir nada, pues, de inmediato, él bajó con su boca y chupó uno de los pezones que pedían ser besados.

Ya saciado de sus pechos, la tomó en sus brazos sin esfuerzo, como si pesara menos que una hoja y la condujo hasta el dormitorio, pero, antes de entrar, se detuvo y la miró con ternura.

—Este es el inicio de nuestro camino juntos y espero que sea hasta el final de nuestros días.
—La besó con dulzura y, cual novio recién salido del altar, entró con ella a la habitación. A ella se le humedecieron las pestañas y, cuando él la dejó sobre la cama, se colocó sobre ella apoyado en sus manos y rodillas para no aplastarla.

—¿Qué pasa, mi preciosa?

—Jamás pensé que encontraría a un hombre como tú, cuando te vi... nunca pensé que te fijarías en mí... Y ahora, que sabía que te había encontrado, que sí te habías fijado en mí... No creí que pudiera ser tan perfecto.

—No es perfecto. —Le dio un suave beso—. Pero haremos que sea lo más perfecto que se pueda. Lucharé día a día porque así sea.

Ella lo abrazó del cuello y le dio un corto beso.

—Yo también lucharé porque sea perfecto.

Se volvieron a besar, con más profundidad y deseo. Él se quitó el pantalón y luego quitó el de ella para hacer lo que tantas veces soñó, en sus sueños más lujuriosos y húmedos, más que en todas sus fantasías de adolescente, pues a esa mujer no solo soñaba con hacerla suya físicamente, también en cualquier otro sentido que pudiera existir.

Más tarde, desnudos sobre la cama, ella dibujaba corazones en el pecho del hombre.

—Prométeme algo —le pidió él al rato.

—Dime.

Él sostuvo su mano y la instó a mirarlo.

—Dime, ¿qué pasa?

—Si en algún momento, cuando sea, te digo que hagas algo, te ordeno que salgas, que vayas a algún lugar, prométeme que tú me harás caso sin preguntar ni cuestionar.

—Si en algún momento, tú me dices que tengo que hacer algo así, créeme que lo menos que haré será cuestionarte, no querías estar conmigo por miedo a mi integridad física, si me dices que tengo que correr, correré sin mirar atrás.

Él sonrió.

—Gracias, eso quería oír. Y no te preocupes, no dejaré que te pase nada.

—Estoy segura de eso, tú también tienes que cuidarte, yo no puedo protegerte como tú a mí, pero no quiero que te pase nada.

—Me protegerás si no tengo que estar pendiente de ti, esa es la mejor forma en la que me puedes ayudar.

Ella se subió sobre él y se sentó a horcajadas.

—¿No quieres estar pendiente de mí? —le preguntó con falsa inocencia.

Él extendió sus manos y agarró sus pechos.

—En este momento, no tengo nada más importante que estar pendiente de ti.

Ella se agachó para besarlo y él bajó sus manos para tomar sus caderas y guiarla para volver a hacerla suya.

—Hazlo a tu ritmo, preciosa, soy todo tuyo —le susurró con cariño.

Ella se levantó, lo miró unos segundos, acarició sus labios con sus dedos y se volvió a agachar para besarlo antes de comenzar un frenético movimiento que los llevaría al cielo convertidos en uno solo.

Capítulo 20

Luego de las declaraciones, que duraron horas; del chequeo médico que les indicó que se encontraban en buenas condiciones físicas, y de recibir las informaciones oficiales del accidente, Maritza y Ulises podían regresar a casa.

—Hermano, tu casa está lista, pero mamá insiste en que te quedes en la de ella, quiere estar segura de que te encuentras bien, quiere verte, como no la dejamos venir, siente que le estamos mintiendo y que tú estás con un pie en el inframundo —explicó Constantino con diversión.

—Yo no tengo problema en irme a su casa mientras tenga una cama, pero ¿y Maritza?

—Ella se va conmigo —dispuso Nelson que salía en ese momento de la comisaría.

—¡Nelson! —exclamó Maritza, sorprendida de verlo allí. A punto estuvo de lanzarse a sus brazos en un impulso que no llevó a cabo.

—Lo siento, estaba en un interrogatorio, no pude avisarle antes que estaría aquí. La llevaré a un departamento que estoy arrendando muy cerca, espero que podamos volver pronto a nuestro país.

Maritza miró a Ulises y a Constantino, quien asintió con la cabeza; debía irse con su escolta.

—Muchas gracias por todo. Adiós —se despidió con una gran tristeza.

—Cúidese, Maritza, nos vemos —se despidió Constantino.

—Cúidate, cualquier cosa que necesites, me hablas —se despidió Ulises.

—Sí, gracias.

—Ya está conmigo, gracias por su ofrecimiento —respondió Nelson a Ulises, con cara de pocos amigos.

—Sí, claro, ahora, podría haberlo estado en el barco.

—Lo estuve, ella no quiso irse en los botes salvavidas, quería quedarse allí hasta el final, no se iría sin... ayudar a la mayor cantidad de gente posible.

A Ulises no le gustó la forma en la que habló el hombre.

—Nos vamos, me alegra ver que está bien.

—Estoy seguro de ello —ironizó el magnate.

Nelson tomó del brazo a su protegida con suavidad y la condujo hasta el coche que arrendaba en la ciudad. Maritza no fue capaz de decir nada, no sabía qué decir, no sabía que su escolta estaba tan molesto con Ulises, especialmente después de casi lanzarla a sus brazos.

—¿Cómo han estado las cosas aquí? —le preguntó ella camino a su nueva casa—. Parece que todo sigue como siempre. —Su voz sonó a recriminación.

—Nada es normal, soy sospechoso de asesinato, como todos los demás pasajeros vivos del crucero, inclusive ustedes ahora que aparecieron; estoy viviendo con Xiomara, ella no está bien, anímicamente digo, el trauma de lo vivido todavía la persigue; su esposo, muerto, mi compañero también; mucha gente de luto. Se han hecho velaciones, se han hecho cadenas de oración por los que todavía no aparecen, la salvación de ustedes es una luz de esperanza para mucha gente. ¿Cómo es que fueron a dar allá?

—No tengo idea, yo desperté cuando ya estábamos en esa isla, Ulises trataba de reanimarme, creo que me tragué medio océano.

Nelson sonrió.

—Me imagino, más cuando no sabe nadar.

—Ahora sí.

—¿Aprendió?

—Sí, Ulises me enseñó.

—Me alegra que haya estado con él.

—No pareció eso recién.

—Siento mucho no haber estado a su lado.

—No fue su culpa, y sí, yo agradecí estar con él, sola me hubiese muerto.

—No digas eso —la tuteó por primera vez, se detuvo en un lugar abandonado, lejos de todo, Maritza lo miró espantada, pero no dijo nada, él bajó del auto, dio la vuelta y la sacó a ella. Caminaron unos metros lejos del vehículo.

—Nelson... —Su voz fue un ruego, pero no se resistió, sabía que sería inútil.

—Tranquila, no pasa nada, debo hablar contigo y nadie puede escuchar ni ser testigo.

—¿Qué pasa, Nelson? Nunca me había tuteado.

—Perdón, perdón. Lo que pasa es que su marido sigue vivo, todo esto lo hizo para aparentar su muerte y matarla a usted... Ahora que apareció... Está vuelto loco. No se suponía que debía ser así, su *hermano* se haría cargo de todo y él recibiría todo su dinero, tenía un seguro de vida que dejaba todas sus deudas en cero en caso de fallecer, por lo que la herencia está intacta, pero no para usted.

—Eso qué quiere decir.

—Que debe desaparecer, debe morir. Me imaginé que, si el hermano de Ulises los había encontrado, usted aprovecharía para esconderse de su esposo.

—¿Cómo hacerlo? Él sigue teniendo brazos muy largos, Nelson, y usted es uno de ellos, ¿no es verdad?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Yo se lo dije una vez, si él me quiere muerta, usted será el del gatillo.

Nelson resopló, bajó la cabeza y negó con ella. La mujer se echó hacia atrás y su respiración se agitó. Él alargó su mano para tranquilizarla, pero la mujer se aterró todavía más y se agachó en el suelo con sus manos cubriendo su cabeza. Él la observó un rato y suspiró. Se agachó a su lado y le sacó las manos de la cara, quería mirarla a los ojos.

—Tranquila, Maritza, contrario a lo que piensas, no seré yo el del gatillo, no podría lastimarte. Solo quiero advertirte y buscar la manera de que estés a salvo.

—Ricardo va a llegar a mí como sea.

—Ya no tiene el poder que tenía antes, mucho menos si estás viva, todo el dinero que se suponía sería de él, ahora es tuyo.

—Eso no le gustará nada. Yo no quiero nada de él, ¿no puedo renunciar a esa maldita herencia?

—No. Ese dinero es tuyo por ley.

—Puedo hablar con ese supuesto hermano y le digo que él se haga cargo de todo, que yo no quiero nada.

—Dudo que él quiera hablar. Primero te mata.

—¿Por qué ahora me quieres defender?

—Siempre te he querido defender, desde que llegué a trabajar con tu esposo.

—Por lo mismo, tú trabajas para él, no para mí.

—Yo no quiero que te pase nada. —Alargó su mano y acarició la mejilla secándole la lágrima que caía por ella.

—Nelson...

Con la punta del dedo, le tocó la nariz.

—Te cuidaré, pero debes cooperar, debes hacer caso.

—Haré lo que me diga.

—Perfecto. Ven, vamos.

La tomó de los hombros y se levantó con ella. La abrazó unos segundos y besó su cabello.

—Debes estar tranquila, te juro que no dejaré que te pase nada.

—Todavía no entiendo por qué hace esto, hasta hace un tiempo parecía que me odiaba.

—Había un cierto resentimiento, lo admito, pero odio, jamás.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por estar conmigo.

La llevó abrazada a su costado hasta el auto, ella se sentó y él le abrochó el cinturón, la miró como si le quisiera decir algo, pero se lo calló y caminó hasta su puerta para subir también.

Echó a andar el auto y, al llegar al enorme departamento que había arrendado, los recibió Xiomara, la que le dio un efusivo abrazo al verla.

—Me alegra tanto que esté bien, yo sabía que no podían estar muertos. Ulises no podía estar muerto y él no la dejaría sola.

—¿Sabías que él era el dueño del crucero?

—Sí —aceptó avergonzada—, pero teníamos prohibición de decirlo.

—Hice el ridículo de mi vida.

—Tu esposo hizo el ridículo y no solo ahora —intervino Nelson.

—Es cierto, pero ya, no pensemos en eso. ¿Saben qué quiero? Un vino, algo rico para picar y un poco de televisión e internet, muy lindo y todo en esa islita, pero no cambio la civilización —dijo más alegre, y más se alegró, cuando se enteró de la relación entre su escolta y Xiomara, pese a que su pequeña caricia en el auto le había dado otra impresión.

Capítulo 21

Una semana pasó y Maritza no supo nada de Ulises, más que lo que salía en los noticiarios. El regreso del gran magnate era noticia en el país y muchos querían tener entrevistas con él, cosa que ninguna televisora lograba, él se escabullía sin responder ninguna pregunta. Eso, las veces que lograban verlo, porque por lo general no se le veía en la calle.

—¿Lo extrañas? —le preguntó Nelson una tarde que ella miraba una y otra vez las mismas imágenes en la televisión.

—¿Qué?

—¿Extrañas a Ulises?

—¿Por qué tendría que extrañarlo? Él y yo nunca nos llevamos bien.

—Estuvieron dos semanas en una isla desierta, solos, bajo estrés; supongo que conversaron, aclararon las cosas... Se hicieron más que amigos.

—Está viendo cosas donde no las hay.

—Por favor, Maritza, no intentes mentirme, se te nota en la mirada que estás enamorada de ese hombre.

Maritza se levantó y caminó hacia su dormitorio, Nelson la detuvo antes de llegar, la tomó del brazo y la volteó hacia él.

—¿Quieres verlo?

—¿Qué pasa, Nelson? ¿Me va a pedir explicaciones?

—¿Explicaciones? No te estoy pidiendo explicaciones de nada, te estoy haciendo un ofrecimiento, ¿quieres verlo?

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas.

—Escucha, si quieres verlo, podemos arreglarlo.

—¿Por qué haría una cosa así?

—Porque sé que lo extrañas, él también lo hace, pero esta situación no les permite juntarse, si los asocian a los dos como pareja, podría pensarse que ustedes planearon la explosión para apartar a tu esposo del camino. Y los dos sabemos que no es así.

—Ni siquiera puedo salir de aquí, usted no puede asesinarme porque sería muy notorio, pero sé que hay hombres allá afuera esperando un *algo* que les permita acabar con mi vida, ¿cómo haré para verlo?

—Él puede venir, no sería extraño que él quisiera saber que estás bien, ha pasado el tiempo y quiere saber de su vieja compañera de aventuras, además, Xiomara vive aquí y ellos se conocen desde hace mucho tiempo, no será una cena romántica, pero al menos podrán verse a los ojos y saber que siguen estando el uno para el otro. En estas situaciones, es fácil pensar que solo fue el calor del momento y la tensión por la que estaban pasando.

—No fue así, no en mi caso.

—Pero piensas que quizás él ya te haya olvidado.

Ella se encogió de hombros.

—Él no te ha olvidado y no ha dejado de amarte.

—¿Está seguro?

—Sí. Escucha, él vendrá esta noche a cenar, vendrá con su madre, ella quiere conocerte y agradecerte que hayas estado a su lado.

—Yo no hice nada, él lo hizo todo.

—Solo, le habría sido muy difícil luchar, ¿para qué?, contigo ahí, tuvo que buscar la forma de seguir con vida, para ti y contigo.

—No lo había visto así.

—A veces uno cree que no hace nada por los demás y no es así, en ocasiones, una palabra que para uno es nada, para otros puede ser su salvación, así que no te menosprecies.

—¿Te puedo hacer una pregunta? Ya que tú me tuteas, también puedo hacerlo, ¿no?

—Siempre has podido, eras mi jefa. ¿Esa era la pregunta?

—No. ¿A qué se debe el cambio que tuviste? Cuando llegaste a trabajar con mi esposo eras... No sé cómo decirlo, parecía que me odiabas, que lo único que querías era sacarme los ojos... Y ahora... Bueno, desde hace un tiempo, pareces otra persona.

—Nunca te odié, eso debes saberlo, tenía un cierto resentimiento contigo, te lo dije, hasta que supe cómo eran las cosas en realidad, como fue todo, cómo eras tú en realidad.

—Y ese resentimiento era por...

—Por algo que no puedo decirte en este momento.

—¿Te hice algo, le hice algo a tu familia?

—A mi familia, sí, algo así.

—Lo siento, si los ofendí o....

—No, no lo sientas, no fue tu culpa y, en realidad, fue lo mejor, ahora me doy cuenta.

—Espero que algún día me digas ese secreto.

—Sí, algún día lo sabrás. Ahora me voy a la cocina porque tenemos invitados.

—¿Quieres que te ayude?

El escolta dibujó una gran sonrisa.

—Me encantaría cocinar contigo.

Ella también sonrió y caminaron juntos hasta la amplia cocina del departamento.

—¿Qué vas a preparar?

—Voy a hacer mi especialidad: filetes de pollo relleno al horno con puré de zapallo, de entrada, podríamos hacer unas ensaladas frescas con salsa de yogurt y de postre no se me ocurre.

—Podría hacer mi leche asada con almendras.

—Me parece perfecto.

Los dos buscaron sus respectivos ingredientes y se puso cada uno de un lado de la isla de la cocina a realizar las preparaciones. La ensalada la hicieron juntos.

—Ahora a arreglarse antes de que lleguen los invitados —le dijo Nelson mientras terminaba de ordenar el mesón.

—Gracias.

Él le tomó las manos y le regaló una dulce sonrisa.

—Con gusto lo hago, espero que muy pronto podamos ser libres y dejar esta mentira de lado.

Xiomara abrió la puerta de la cocina y quedó mirando sus manos unidas. Nelson no se apartó, supuso de inmediato que ella estaba enojada y celosa por algo que no era.

—Traje vino, cerveza y un mango colado —dijo seria.

—Perfecto, eres un sol. —El hombre se acercó y le dio un sonoro beso en los labios—. Eres la mejor.

Maritza, que también había notado el semblante de su amiga, salió de la cocina sin decir nada.

—¿De qué mentira hablabas? —lo interrogó.

—De la mentira que vive Maritza.

—Dijiste que podían ser libres, en plural, tú y ella.

—Si ella es libre, yo también, la mentira es de ella.

—¿Cuál mentira?

—¿Por qué crees que invitamos a Ulises esta noche? Ellos se aman, preciosa, pero no pueden estar juntos porque pueden culparlos de querer sacar del camino al esposo de ella y provocar la explosión, mientras eso no se aclare, no pueden mostrar en público su amor.

—¿Es verdad lo que me dices?

—Por supuesto que es verdad, ¿por qué te mentiría? ¿No creerás que yo hablaba de ella y yo?

—Eso mismo pensé —admitió.

—Jamás. Entre ella y yo jamás podría pasar nada, créelo.

—¿Por qué?

—Porque ella no me gusta, nunca me ha gustado y nunca me gustará, porque no la puedo ver como una mujer, aunque quisiera.

Xiomara no quiso preguntar más, la única vez que lo había obligado a decirle uno de sus *secretos* le había confesado que su jefe era el que estaba detrás de la bomba del crucero. Ella no reaccionó bien, solo con el pasar de los días lo asimiló, días en los que cada uno dormía en su cuarto, como al principio. Hasta que ella cedió porque se dio cuenta de que él solo cumplía órdenes y que lo intentó evitar, lo cual fue imposible.

—No puedo explicarte más por el momento, lo siento.

—Está bien, no hay problema, ¿vamos a arreglarnos? No quiero que se me haga tarde.

Nelson tomó a su mujer en sus brazos y salió de la cocina así, llevándola como a una princesa. Entró al cuarto con ella y, antes de dejarla en el suelo, la besó.

—Te amo, Xiomara Philips, no dudes de mi palabra jamás.

—Yo también te amo, perdóname por dudar.

—No tengo nada que perdonarte, igual me gustó que fueras un poquito celosa, con que no se te pase la mano —bromeó.

—Si fuera celosa no podría estar contigo, ¿crees que no me doy cuenta cómo te comen con la mirada en la calle? Y yo ni me veo al lado tuyo.

—Eso te pasa por ser tan *pitufita*.

La dejó en el suelo y la elevó unos centímetros para poder besarla con comodidad.

Ella enrolló sus piernas en las caderas de él, lo que lo terminó por encender, la llevó a la cama y le hizo el amor antes de arreglarse para las visitas.

Capítulo 22

Ulises contempló a Maritza antes de entrar a la casa, como un bobo, no pudo disimular su nerviosismo. Su madre le pegó un pequeño codazo y entraron.

—Buenas noches —saludó Anthea a sus anfitriones.

—Buenas noches —saludaron de vuelta.

—Hola, Xiomara; hola, Maritza —saludó Ulises.

Xiomara le dio un abrazo, ella tampoco lo había visto después de su regreso.

—Me alegro tanto, jefe, que esté bien, nos dio mucho susto.

—Y yo me alegro de que tú estés bien, ¿has sabido de los demás chicos?

—Todos se salvaron, aunque Ignacio está hospitalizado todavía, con una pierna rota, están evitando amputársela.

—No me habían dicho eso, lo visitaré. La verdad, es que pocas noticias me han dejado ver, no puedo trabajar y casi no puedo salir, según dicen estoy con estrés postraumático. —Negó con la cabeza—. Lo que yo necesito es hacer algo, estar de vago nunca ha sido lo mío.

—Pero tiene que recuperarse bien. Aquí Maritza es igual de porfiada, no entiende que viene llegando de una isla desierta donde no tenían ni qué comer.

—¿Pasaste hambre conmigo, Maritza? —le preguntó con sorna.

—No, para nada, aunque comer pescado todos los días igual aburre —respondió ella con una sonrisa.

—En eso te encuentro la razón. ¿Cómo has estado?

—Aburrida, encerrada, también dicen que me tengo que cuidar, que todavía no estoy bien.

—Estábamos más entretenidos en la isla —bromeó.

—A veces también pienso lo mismo —admitió ella con pesar, quería besarlo, amarlo y ni siquiera podían acercarse.

—¿Pasemos a la sala? —intervino Xiomara—. Tenemos mucho de qué hablar.

A propósito, dejaron los asientos del sofá de tres cuerpos desocupado para Maritza y Ulises. Este último, miró a la mujer, estiró la mano y tomó la de ella, ¿para qué fingir allí? Su madre sabía de su amor por Maritza y suponía que Nelson también lo sabía, al menos lo sospechaba, y Xiomara no diría nada. Ese acto tan simple, los relajó a todos.

—Ya, jefe, cuéntenos cómo fue la odisea de la isla. Maritza no se acuerda cómo llegó ahí, solo recuerda desde que usted la estaba reanimando.

—Yo tampoco recuerdo mucho, la segunda explosión había partido el barco en dos y debíamos salir de allí antes de que nos succionara la presión. Lancé a Maritza al agua y encontramos una madera, comenzamos a nadar hacia los botes, pero cada vez se alejaban más, ya no podíamos seguir nadando. La subí a la tabla y luego subí yo. Estaba cansado, estábamos cansados. Maritza se puso a llorar, sentía que ese era nuestro final, ella no quería morir ahogada, lloró hasta dormirse. Yo también me dormí. Me despertaron las olas, nos pegaban muy fuerte, Maritza no despertó. Por suerte, estábamos a unos metros de la orilla y nadé con ella hasta la isla. Ella había tragado mucha agua. No estaba dormida, estaba inconsciente. Le di reanimación, por más esfuerzos que hacía, no despertaba, no quería darme por vencido, me culpé mil veces por haberme

dormido. Hasta que despertó y volvió a respirar.

—Por eso estaban tan lejos, viajaron toda la noche en alta mar —comentó Xiomara.

—Sí.

—Y ella dijo que se tenía que levantar todos los días a las cinco a pescar, que usted la obligaba —mintió divertida.

—¡Yo no dije eso! —protestó la mujer.

—Bueno, si es que a las cinco de la mañana el sol está arriba de la cabeza de uno, sí, a esa hora se despertaba —siguió el juego.

—Yo no dije eso y no me despertaba al mediodía —volvió a protestar.

—Es que allá no había reloj, entonces, nos guiábamos por el sol, si el sol se levantaba, nosotros también.

—Hablando en serio, ¿fue muy difícil? —inquirió Xiomara, curiosa.

Ulises bajó la cabeza y luego miró a Maritza, besó su mano y luego volvió a mirar a su empleada.

—Sí, de no haber estado con ella, no sé qué hubiera pasado, ella me daba esperanzas, me hacía sentir que valía la pena seguir viviendo. Por las noches me quedaba despierto hasta muy tarde mirando las estrellas y rogándole a cada una de ellas que llegaran a rescatarnos antes del invierno, le pedía a mi padre que nos ayudara a salir de allí, sabía que estaba conmigo, muchas noches pude sentirlo, eso me llenaba de paz y de tranquilidad, estaba seguro de que llegarían, de que ese tiempo era para enseñarme algo, no tenía idea de qué, todavía no lo sé, pero lo descubriré, no me cabe la menor duda.

Maritza apretó la mano de Ulises.

—Esa noche que estalló el barco —comenzó a decir la madre de él—, me desperté a eso de la medianoche, como nunca, me había acostado muy temprano, a las diez ya estaba durmiendo. Me desperté y vi a tu padre a los pies de la cama, yo me asusté, no por él, no porque fuera un fantasma, me asusté porque si había venido a este mundo de los vivos, no era para verme. Me dijo que por la mañana fuera a la oficina de Constantino, a primera hora, ojalá que estuviera allá antes de que él llegara, le pregunté por qué, si le había pasado algo, me dijo que no, que debía estar tranquila, que todo saldría bien, aunque pareciera lo contrario. Él se desapareció y yo pensé que no podría volver a dormir, sin embargo, me dormí de inmediato, como si no hubiera pasado nada. A las siete, me desperté sobresaltada, recordé el mensaje de tu padre, pero no estaba segura de si era cierto o sueño, aun así, me levanté, no tomé desayuno en casa, pensé que podría tomar con tu hermano, y me fui. Llegué junto con él, de hecho, su auto entró justo detrás del mío. Me preguntó que qué hacía allí, le conté lo sucedido, nos fuimos a su oficina, él estaba tan desconcertado como yo. No quisimos salir a tomar desayuno, así que pidió algo para comer allí. Estábamos a medio comer cuando su secretaria entró a la oficina, blanca como un papel, no pidió permiso ni nada y encendió el televisor... Todos los canales mostraban la catástrofe. El crucero *Goddess Carité* había explotado en medio del mar, muertos y heridos todavía no eran contabilizados, pero suponían que eran decenas. Con tu hermano comprendimos entonces lo que tu padre quería decirnos... Tú estabas vivo, él lo había dicho, al final saldría bien. Desde ese momento, tu hermano se dedicó a buscarte, no le importó lo que decían los medios oficiales, él sabía que estabas bien y eso era lo único que le importaba.

—No me habías dicho eso.

—Yo sé que no te gustan mucho estas cosas, hijo, pero ahora que tú dijiste que tu padre había estado contigo...

—Sí, estoy seguro de que él estuvo con nosotros todo ese tiempo, nos ayudó a encontrar comida, agua, sí, estoy seguro de que fue mi papá.

La madre miró las manos unidas de su hijo y Maritza. La mujer quiso apartar la suya, pero él no la dejó.

—Y él hizo que Maritza estuviera conmigo, como dije, ella era la fuerza que necesitaba para seguir adelante, de otro modo, no habría sido capaz.

—Supongo que mi hijo fue lo mismo para ti —inquirió la mujer al ver que su nuera no hablaba.

—Yo ni siquiera habría logrado llegar a la isla de no ser por Ulises y, si hubiera llegado, no habría sabido qué hacer, ni siquiera sabía nadar.

—Me alegro de que hayan estado juntos, entonces.

—Yo también, aunque hasta ahora pensaba que no había sido más que un estorbo para su hijo.

—¡Jamás fuiste un estorbo! —replicó el con premura y la abrazó a su costado—. Fuiste lo que necesitaba en ese momento.

Ella alzó la cara y se dieron un corto y casto beso.

—No vuelvas a decir que me estorbas, porque no hay cosa que desee más en este momento que llevarte a mi casa y estar contigo sin tener que escondernos.

—Y yo quisiera que no tuvieras problemas por mi culpa.

—La culpa no es tuya, *condesa*.

—¿Condesa? —inquirió la madre, sorprendida.

—Sí, le decía así porque cuando nos conocimos, ella andaba con aires de diva, me parecía que se creía la condesa del Godess Carité, así que se quedó con el título.

—Era altanera... —comentó la mamá, preocupada por la clase de mujer de la que su hijo se había enamorado y no quería que la historia se repitiera, no era que él hubiese sabido escoger muy bien a sus exnovias.

—No. Su esposo la obligaba a comportarse así, sobre todo con el sexo opuesto, la más mínima muestra de cordialidad con cualquier hombre, la pagaba con golpes.

—¡Dios santo! ¿Tu esposo te golpeaba?

Maritza asintió avergonzada.

—Me alegra que te hayas encontrado a mi hijo, estoy segura de que él jamás te faltará de esa manera y, si lo llegara a hacer alguna vez, conmigo se las va a tener que ver.

—Nunca golpearía a una mujer, por principios y por miedo a mi mamá —bromeó.

—Mi esposo al parecer no tuvo esa educación.

—Menos mal que ya estás libre de él, si apareciera, cosa que no puede hacer, no podrá obligarte a seguir con él.

—Ni yo lo haría, ya no, por nada. Ahora es su hijo con quien quiero estar y no me importa esperar el tiempo que sea necesario para estar juntos, si es que tú quieres —se dirigió a Ulises.

—Yo estoy dispuesto a esperar toda la vida.

Se dieron otro corto beso.

—¿Vamos a preparar la mesa? —invitó Xiomara a Nelson y a Anthea para darles un poco de privacidad a la pareja.

Nelson se cercioró de que todas las ventanas y cortinas estuviesen bien cerradas para que ningún intruso pudiera husmear en el lugar.

La pareja quedó sola y se dio un prolongado beso.

—No sabes cuánto te he extrañado, mi condesa, estos días han sido los más largos de mi vida, más largos, incluso, que los días que estuvimos en la isla esperando que nos rescataran.

—A mí también se me hecho eterno este tiempo, te he echado mucho de menos, no sé si pueda estar mucho más así, ocultándome como si fuera un delincuente.

—Ya va a pasar, mi hermano dice que falta poco para poder estar juntos sin problemas, el caso se cerrará y todos se olvidarán, ya sabes cómo es esto, una vez que se acabe el morbo, se acaba el interés.

—¿Crees que podremos ser libres alguna vez?

—Claro que sí, esto no puede durar por siempre.

—Esto parece una pesadilla que no termina.

—Ya va a terminar, muy pronto seremos libres para demostrar nuestro amor y nos iremos a vivir juntos, ya adopté un gato.

—Mentiroso.

—No es mentira, es mi compañero, ambos sufrimos juntos por tu ausencia.

—¿Cómo se llama?

—Conde.

—¿Conde?

—Sí, no sabía que nombre querías para él, pero los primeros dos días no sabía cómo llamarlo, así que no me hacía caso. Le puse Conde, porque me recordaba a ti.

—¿Y te hace caso?

—No —respondió con una feliz carcajada, que ella siguió.

—Es muy mimoso, le gusta dormir conmigo, a mis pies.

—¿Te gustan los gatos?

—Nunca me había planteado tener mascotas, hasta ahora, y sí, me gusta tener un gato, no viene cuando lo llamo, no juega con sus juguetes y duerme en cualquier parte menos en su cama, pero es muy simpático y eso vale más que todo. Es como tú.

—¡Pesado!

Él la abrazó y la volvió a besar con ganas.

—Agradece que estamos aquí y que está mi madre, si no, te tomaba aquí mismo. Tengo muchas ganas de ti.

—Y yo de ti.

Un nuevo beso que se alargó hasta que él la soltó de golpe y se levantó.

—Lo siento, si sigo...

Ella se levantó y le tomó una mano.

—Yo también quiero estar contigo.

—Pero a ti no se te nota —respondió algo divertido mirando su pantalón.

—Es cierto —admitió ella con una sonrisa.

—Vamos al comedor, la mesa ya estaba puesta, así que poco es lo que tenían que hacer.

Ulises se acercó a Maritza y acunó su rostro entre sus manos.

—Te amo, mi condesa, te amo y estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario para estar contigo. Así sea un día o mil —le dijo antes de darle un dulce beso.

Capítulo 23

Ricardo resopló molesto, furioso en realidad. Hacía un par de días se había despertado de un coma en el que cayó tras sufrir una septicemia por la herida de la pierna, la cual tuvieron que amputar a la altura del muslo. La lesión en su columna no había sido tan grave al final, como la pierna y, por prestarle atención a la primera, dejaron de lado la segunda, lo cual podría haberle provocado la muerte.

Pero no era eso lo que lo perturbaba, tampoco lo que lo estaba enfureciendo, se había enterado de que su mujer seguía con vida y ante los ojos de todo el mundo.

—¡Ella debía morir! —volvió a gritar desaforado—. De todos los pasajeros del crucero ella era la única que debía morir, ¿y está viva? ¿Cuándo me lo iban a decir? —interrogó a Bruno y a Nelson que se encontraban allí.

—Cuando fuera oportuno, usted venía despertando de un coma, no se encontraba en condiciones de saber nada todavía —contestó Nelson por su compañero que se veía compungido por haberle ocultado la verdad a su jefe—, las cosas no salieron como pensábamos, pero de todas maneras puede resultar nuestro plan.

—¿Cómo va a resultar si más encima tú eres su perro guardián y ella no sale ni a comprar el pan? Yo sabía que me ibas a traicionar, lo supe el día que llegaste a trabajar conmigo, no eras de fiar.

—No debió contratarme, si fue así. Yo no lo he traicionado, señor. —”No todavía”, terminó en su mente.

—No, ese día... ese día que hablaste de mí... Ese día debí despedirte, tú le estás cuidando las espaldas a mi mujer. ¡Además estás con dos mujeres en tu casa, hombre! ¿Qué quieres, tener un harem?

Nelson no contestó.

—No sé por qué te llevaste a esa mesera a vivir contigo, ¿acaso eso ayudará a eliminar a mi mujer?

—Precisamente. Xiomara está conmigo porque estaba con depresión por estrés postraumático, resulta que la señora Zegers está allí por la misma razón, bueno, aparte de que es mi protegida, yo soy su escolta personal y todo el mundo lo sabe. Aun así, poco puedo hacer para alegrar sus días, mucho menos con la condicionante que tenemos de que no podemos volver a nuestro país. No quiere salir, no quiere arreglarse, ayer la fue a interrogar un policía y ni siquiera fue capaz de vestirse. En cualquier momento, se quita la vida y ni yo ni nadie podrá evitarlo.

—¿Estás seguro? —El enfermo se incorporó un poco con su rostro iluminado.

—¡Segurísimo! Pues si no lo hace ella, para eso estoy yo.

Ricardo sonrió.

—Es decir que tú la vas a matar aparentando un suicidio.

—Así es, ese es mi plan, hay que sacarla del camino, ¿no? Incluso, podemos acusarla a ella de la explosión y que no pudo con el cargo de conciencia.

—Has pensado en todo.

—Es mi trabajo.

—Me parece perfecto.

—No será hoy ni mañana, debemos esperar, según estudios, este tipo de casos puede demorar hasta un mes para que lleven a cabo su propósito, además, la idea es que la vea *alguien* que la diagnostique y que la trate, así podrá servirnos de excusa cuando muera.

—Me parece. Ya sabes, usa el dinero que necesites para hacer lo que tienes que hacer.

—No creo que haga falta más dinero, conocí a una sicóloga que me puede hacer el favor de atenderla.

—¿A cambio de qué?

—Del otro favor... —respondió con ironía.

—Tú y tus cosas, siempre las mujeres te persiguen, con que no te tires a mi mujer.

—Ex, y no, ella no me interesa en lo más mínimo.

—Siempre me he preguntado por qué.

—Porque no es mi tipo.

—Tú no discriminas —intervino Bruno.

—Se los diré, la señora Zegers tiene un enorme parecido a mi abuela cuando era joven, en las fotos son iguales, de hecho, por fotos, sería muy difícil distinguirlas si no fuera por el cambio de época, pero si su exesposa se vistiera como en los años sesenta, créanme que no habría diferencia, así que no, gracias, si fuera una prima... podría pensarlo.

—Augh, con razón, yo también le haría el quite.

—Debe haber sido muy hermosa tu abuela —comentó Ricardo.

—Eso dicen, era mi abuela, no soy buen referente, para mí sería hermosa aun si se pareciera a Shrek.

—Te entiendo, bueno, eso me deja más tranquilo. Arregla todo con tu sicóloga y me vas contando, necesito que desaparezca lo antes posible mi querida esposita.

—No se preocupe, ya tendrá noticias mías. Como comprenderán, ya no volveré muy pronto, estoy en la mira de los sospechosos de la explosión.

—Sí, claro, anda tranquilo, cuando puedas nos avisas, aunque si se suicida, de seguro saldrá en las noticias.

—Así es, es lo más probable, una noticia así no la dejarán pasar.

—Espero que sea pronto, aunque no me podré mover de aquí en un buen tiempo —reclamó.

—Siempre hubo riesgo, agradezca que está vivo, de haber muerto...

—Ni lo menciones, esa perra no se quedará con nada de lo mío.

—Así de tanto la odia.

—Eso no es nada a lo que siento en realidad. No sé en qué momento acepté casarme con ella. Si no hubiera hecho ese estúpido trato, jamás me hubiera casado con Maritza, pero claro, el *patrón de fundo* quería que me casara con una mujer para ayudarme con dinero y qué mejor que una chica sencilla como lo había sido mamá. Como si se pudieran comparar. Me gustaba, sí, hasta pensé que podría amarla, pero no, ella jamás fue lo que yo en realidad quería.

—Podría haber escogido a otra.

—Mi papá me ató a ella, él tenía negocios con su familia, nunca entendí qué le podían ofrecer esos *patipelados*, pero, en fin, me hizo casar con ella y punto. Y aquí estoy, con una pierna menos y mi mujer a punto de heredarlo todo. ¡Maldita mi mala suerte!

El móvil de Nelson sonó y él vio la pantalla, hizo un gesto de desagrado.

—Debo irme, llegó la policía al departamento, se quieren llevar a la señora Zegers.

—Ve, nos mantienes informados.

El guardaespaldas no respondió, ya estaba saliendo a toda prisa, no sabía por qué querían llevársela si, en realidad, ella estaba libre de sospecha.

Llegó en el preciso momento en el que iban saliendo con la mujer.

—¿Qué pasa?

—Nada. Rutina. Lo que pasa es que necesitamos corroborar una información dada por uno de los pasajeros que despertó.

—¿Qué información?

—No podemos decirle, lo siento.

—¿Puedo acompañarla?

—Por supuesto, ella va en condición de testigo, no de sospechosa, de hecho, sería bueno que fuera, usted está citado una hora más tarde, pero podemos arreglarlo para que lo interroguen después de la señora Zegers.

—Gracias, es muy amable.

La pareja siguió a la oficial, su compañero ya había salido del edificio y tenía listo el vehículo policial en el que serían trasladados.

Luego de cuarenta minutos de interrogatorio, Maritza salió con no muy buen aspecto.

—¿Qué pasó?

—Te toca, ya lo sabrás.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, yo te espero aquí.

Nelson se incomodó, no sabía qué decir ni de qué podía tratarse y la expresión de su protegida no era la mejor.

Tras los respectivos saludos, pues ya se conocían de los interrogatorios anteriores, el detective al mando tomó la palabra luego de echar a andar la grabadora, como era lo usual.

—El pasajero, señor Santini, dijo que esa noche usted no se encontraba cerca de la señora Zegers, que ella estaba con Ulises Areleus, ¿puede decirnos la razón?

—Dejé de lado mis labores esa noche pensando que no había peligro en el barco.

—¿Un escolta dejando sus deberes? La mayoría de los pasajeros coinciden en que usted no la dejaba a sol ni a sombra, siempre estaba cerca, como acechándola, a veces parecía desaparecer, sin embargo, ante cualquier imprevisto, siempre estaba allí en un segundo.

—¿Acechándola? Cuidándola, era mi deber, por supuesto que estaba atento a cualquier impasse que surgiera.

—Pero esa noche se olvidó de eso, ¿por qué?

—Como ustedes saben, los únicos impasses que sufrió la señora Zegers fueron con su exesposo. Y como ustedes también saben, el señor Zegers se había comportado de un modo muy errático en los últimos días antes del accidente, bebía en exceso y en una ocasión intentó golpear a su mujer, yo lo evité y desde ese día, que fue el segundo a bordo, con mi compañero de labores decidimos impedir que se juntaran, sobre todo si él estaba bebido. El día anterior al accidente, se comportó peor que otros días, cosa que ustedes ya saben, todo el mundo ha dicho lo que ocurrió en el cóctel de mediodía, ha salido incluso en los noticiarios y matinales amarillistas, a raíz de aquello, mi protegida quedó con problemas a su espalda, por lo que estaba tomando analgésicos, antiinflamatorios y un relajante muscular, así que no podía beber alcohol. Esa noche, Ulises Areleus estaba a cargo de las bebidas de los menores, razón por la cual, él atendía a mi protegida. Sin el señor Zegers creando problemas y con la celebración tan bonita del aniversario de los Russo... —Se le quebró la voz al decir aquello—. Sentí que mi protegida no necesitaba mi

compañía ni mi protección, mucho menos cuando vi que el señor Areleus la llevó a resguardo del frío mientras él seguía atendiendo a los pasajeros. Y pensé que yo podría interactuar con... alguien.

—Xiomara Philips.

—Algo así, no le puedo negar lo que es evidente. No esperaba que justo esa noche el barco estallara y todo fuera caos. Entre la gente, los gritos, las llamas y el humo, me fue imposible buscar a la señora Zegers, así que me dediqué a ayudar a los heridos, a cooperar con la tripulación para bajar los botes salvavidas. La encontré más tarde, quería que se subiera a un bote salvavidas, Xiomara ya había subido tras sufrir una caída, así que solo faltaba ella para quedarme tranquilo y seguir ayudando a otros, pero ella se negó, quería ayudar, se encontraba bien dentro de todo y no podía irse sin hacer algo por los demás. Por más que le insistí, ella no quiso escuchar; debo admitir que su ayuda fue muy valiosa para salvar varias vidas. El problema fue el que el barco volvió a estallar, ya no pudimos seguir sacando gente. Ignacio y yo nos lanzamos con los chalecos salvavidas y lo tuve que cargar a mi espalda para llegar a uno de los botes que fue el que nos rescató, él quedó muy mal herido, claro que todo esto ya lo saben.

—Sí, solo queríamos corroborar su historia, lo que no nos dijo fue que se había apartado de la señora Zegers esa noche.

—Si yo no la encontré para rescatarla desde el primer momento, supuse que sobrentendería que no estaba con ella.

—Pero no por abandono de sus deberes, la señora Zegers tiene otra historia.

—Puede ser, ella me dijo que disfrutara de la fiesta, había estado tratando todo el crucero que yo también me divirtiera, incluso, esa noche, quería que me sentara con ella a la mesa, lo cual no era apropiado, por cierto, creo que se sentía incómoda al verme trabajando. Tal vez le dijo que ella me dio “libre”, ¿no es así? De otro modo, no sé qué podría haberles dicho.

—Efectivamente, pero veo que usted no lo toma así.

—Mi trabajo es 24/7, con mis descansos, obvio, pero no tengo horario, por lo que dejarla esa noche a su merced no fue profesional de mi parte y me arrepiento por ello.

—¿Y qué hay de la relación entre el señor Ulises Areleus y la señora Zegers?

—¿Relación? Que yo sepa ellos no tienen más relación que la de haber quedado solos en una isla desierta. Nunca se llevaron bien, ni antes en el crucero, ni después de volver. De hecho, hace unos días, él fue a visitar a Xiomara y la velada estuvo algo tensa, creo que tampoco estuvieron muy bien por allá.

—Pero usted dijo que él la había llevado a un lugar “privado”.

—Así es, también le dije que la dejó allí mientras él seguía atendiendo a los pasajeros. Supongo que, como ella tenía frío y seguía delicada por el golpe, él le ofreció ese lugar para que estuviera más cómoda, lo hubiera hecho por cualquier pasajero, era su trabajo, ¿no? No creo que haya sido por algo más, pues ellos, como le dije, no se llevan nada bien.

—Sí, ella también dijo algo similar, al parecer por sus caracteres no congeniaron.

—Eso parece.

—Bueno, eso era todo, señor Santini.

—¿Puedo irme?

—Claro, claro.

Nelson salió de la sala de interrogatorios, en la sala de espera, estaba Maritza, con la vista perdida en un panel donde aparecían las noticias de la explosión del crucero y las fotos de la gente desaparecida.

—¿Vamos? —le preguntó él en tono bajo.

—Ya. —Se levantó y se tomó del brazo del hombre, con todo el peso de su cuerpo en él.

—¿Se siente bien?

—No. La verdad es que no.

—¿Quiere ir por un café?

—Lo agradecería mucho.

—Bien.

Caminaron a paso lento, Maritza parecía no poder avanzar. A media cuadra, se desvaneció en los brazos de su escolta, quien la tomó en vilo y se devolvió a la comisaría para solicitar ayuda médica.

Capítulo 24

Xiomara abrió la puerta, Nelson le había avisado que iban subiendo.

—¿Qué pasó?

—Tuvo un desmayo —explicó el hombre—, después del interrogatorio, salimos para que se tomara un café, pero antes de llegar a la esquina, perdió el conocimiento, me tuve que devolver con ella a la comisaría, allí le brindaron los primeros auxilios y luego la trasladaron a la clínica, le dieron unas pastilla para dormir, la idea es que coma algo, se tome el medicamento y se acueste, debe descansar, está muy estresada.

—Me imagino, si yo con lo que viví quedé mal, me imagino ella que estuvo en una isla sin saber si los iban a rescatar o no.

—Es cierto, no ha sido fácil para ella lidiar con todo esto.

Maritza parecía en otro mundo, como si sus ojos estuvieran abiertos y su mente apagada.

—La voy a llevar al cuarto.

—Le llevo la comida enseguida, hice una sopa de pollo, supuse que querría algo caliente, aunque estemos en verano.

—Sí, gracias.

Xiomara se empinó y le dio un beso a su hombre. Él le sonrió y caminó con su jefa a la habitación.

—Siento que peso una tonelada —le dijo a mitad de camino.

El hombre la tomó en sus brazos, cinco minutos habían tardado en caminar medio metro. La dejó sobre la cama y le quitó los zapatos.

—Nelson... ¿Por qué me sigues cuidando?

—Porque para eso me pagan.

—No has recibido tu último pago.

—Porque me interesas, Maritza Guerra, porque quiero que esto acabe pronto para que puedas volver y hablar con tu familia, te extrañan mucho.

—¿Cómo lo sabes?

—Solo lo sé.

—¿Los conoces?

—Más de lo que crees.

—Mi mente no está procesando bien, no hables en clave, por favor.

—Ya entenderás, no te apresures, no es el momento.

—Nunca es el momento para ti.

—No es el momento —repitió con más fuerza.

Maritza hizo un puchero.

—No llores, no actúes como una niña.

—Quiero llorar y quiero gritar, tirar todo lejos... pero ni para eso tengo fuerzas.

—No estás bien, debes descansar.

—Debería morirme, eso debería hacer.

—No digas eso ni en broma.

—No es broma, dime, ¿qué hago aquí? No soy más que un estorbo para todos ustedes.

—Eso no es verdad, no eres un estorbo.

—Sí lo soy, soy una carga, hasta puedo echar a perder tu relación con Xiomara, ustedes deberían estar solos, disfrutar de su relación, no con una estúpida enferma como yo.

—No digas eso, no eres una carga para nosotros —intervino Xiomara que entraba en la habitación—, eres nuestra amiga y tienes que estar aquí. Come algo y descansa, mañana será otro día y verás que todo estará bien.

—Ya nada estará bien. Nada.

—Bueno, pero igual vas a tener que comer, así que siéntate —le ordenó Nelson. Maritza volvió a hacer unos pucheros—. Y no hagas pucheros, siéntate o te siento.

La mujer se sentó, obediente, y comenzó a comer. Al terminar, Nelson le tomó el plato y lo dejó en la mesita de noche. Xiomara había salido del cuarto.

—Ahora vas a tomarte esto y te vas a dormir. —Se sentó en la cama y le entregó una pastilla y un vaso de agua.

—Me tratas como si fuera una niña chica —protestó.

—Te estás comportando como una niña chica, así que de esa manera voy a tratarte.

—Yo soy tu jefa.

—Y yo soy tu escolta y mi deber es protegerte, incluso de ti.

Ella se echó hacia adelante y apoyó su cabeza en el pecho de él.

—Tranquila, ya vas a ver que todo saldrá bien.

—No, tú sabes que es mentira, esto no se puede arreglar, si se pudiera, ya lo hubieras hecho.

—Quizás estoy esperando al momento indicado.

—Ah, eso nunca va a pasar, para ti nunca es el momento indicado.

—En eso estás equivocada, lo que pasa es que no soy impaciente como tú, yo sé esperar.

Ella se quedó así, de algún modo, se sentía protegida allí, en esos brazos, en ese abrazo.

—Duerme, Marita, descansa.

—¿Cómo me llamaste?

—Maritza.

—No, me llamaste Marita, no estoy loca.

—Bueno, no digamos que estás con todas tus facultades mentales estables en este momento.

—Me llamaste Marita, así me llamaba mi familia, mis abuelos...

—Bueno, ya los verás muy pronto.

—¿Todavía están vivos?

—Muy vivos y con más energía que tú, así que duerme, descansa y mañana será otro día.

—Bueno. Pero igual me llamaste Marita.

—Ya, ya, te llamé Marita, Marita.

—¿Viste?

—Siempre quieres ganar.

—Siempre gano.

—Siempre.

Se quedaron así, abrazados hasta que Maritza se quedó dormida. Nelson la dejó sobre la cama y le acomodó el cabello.

—Marita...

Se levantó y salió de allí antes de cometer una estupidez.

Xiomara lo esperaba en la sala.

—Ahora me vas a decir lo que pasa, Nelson Santini, ya no puedes seguir diciéndome que no pasa nada o que son imaginaciones mías, algo pasa entre tú y ella.

—No es lo que piensas.

—¿Y qué es lo que pienso?

—Que estoy enamorado de ella.

—No, no creo que sea tan sencillo como eso. Hay algo más y quiero saberlo, tengo derecho a saberlo.

Nelson dudó en decirle lo que ocurría, pero, aunque llevaban poco tiempo juntos, ella merecía saber la verdad, solo que todavía era peligroso.

—¿Me vas a decir? —le preguntó con la voz quebrada y las pestañas húmedas.

—Está bien, pero una vez que lo sepas deberás fingir que nunca te he dicho nada, ¿me lo prometes?

—Sabes que puedes confiar en mí.

—Esto podría cambiarlo todo.

—Me asustas.

—No, no debes asustarte, puede ser peligroso si se enteran antes de que se cumplan las condiciones para decirlo, pero el que tú lo sepas puede cambiar la percepción que tienes de mí y quizá no te guste.

—Después de enterarme de lo de la explosión, creo que ya nada podría sorprenderme.

—¿Estás segura?

—¿Me vas a contar?

—Sí, solo espero que lo entiendas y entiendas mis razones.

—Soy toda oídos, puedes confiar en mí y contar conmigo siempre.

El hombre sonrió y le dio un suave beso antes de comenzar a contar su historia.

Capítulo 25

Maritza abrió los ojos y se vio en la sala de un hospital. No sabía qué había pasado, su último recuerdo era del día anterior, cuando llegaron de la comisaría. Se quiso sentar en la cama y no pudo, gruesas vendas la tenían atada a la cama. Gritó, aunque más bien le salió un pequeño murmullo por una gasa en su boca.

—Cálmate, o te volverán a dormir —le advirtió Nelson, acercándose a la cama.

Ella lo miró con horror. Él le quitó la venda de la boca.

—Si te sigues comportando como una loca histérica, van a tener que volver a sedarte, ya llevas ocho días así y no quieres entender que debes tranquilizarte.

—¿Qué pasó?

—Tuviste una sobredosis de sedantes.

—¡Eso no es cierto!

—¿No? Olvidé la caja de las pastillas en el velador y tú te las tomaste todas, bueno, tampoco me imaginé que serías capaz de hacer algo así.

—Yo no lo haría.

—Eso pensé, pero no estás aquí por nada y mírate, estás vuelta loca, relájate, mujer —la regañó con dureza.

—No recuerdo nada, lo último que recuerdo fue que llegamos de la comisaría... Tú me llamaste Marita.

—Y dele con eso.

—Nelson, yo no estoy loca.

Él se agachó y le besó la frente.

—Lo sé, Marita, pero es mejor que lo parezcas.

—No dejes que me duerman de nuevo.

—No lo harán si te mantienes quieta, sin escándalos, solo aparenta estar perdida.

—Lo estoy.

—Entonces mejor.

Una enfermera entró a la sala.

—¿Cómo está, más tranquila? —preguntó.

—Sí, no recuerda nada, pero está calmada.

—¿Sabes quién eres y por qué estás aquí? —interrogó a la enferma como si fuera una niña que no entiende.

—Sí, sé quién soy, pero no por qué estoy aquí, ¿qué pasó?

—Se tomó una serie de pastillas que podrían haberla matado, ahora debe quedarse aquí hasta que se recupere —le informó la enfermera.

—No recuerdo nada, debí perder la razón.

—Sí, estaba muy descompensada, es lógico, de todas maneras, luego de las experiencias vividas.

—¿Cuándo podré irme?

—Ya le dije que debe recuperarse, va a venir un siquiatra a verla, él decidirá si puede

quedarse aquí, si tendrá que internarse o podrá volver a su casa.

Maritza asintió con la cabeza.

—Vas a estar bien —aseguró Nelson.

—Necesito un abrazo —lloriqueó.

Nelson se apresuró a quitarle las amarras y se sentó a la orilla de la cama para acogerla en sus brazos.

—Tranquila, tranquila, ya va a pasar —le hablaba con cariño mientras ella se desahogaba en llanto.

—¿Necesita un sedante? —consultó la enfermera.

—No —respondió tajante el hombre—. Lo que necesita es llorar, ahora ya está bien, está consciente y necesita tranquilidad.

—Si necesitan algo, estaré afuera.

—Gracias. —Nelson abrazó más fuerte a su protegida—. Tranquila, ya está pasando, todo lo malo quedará atrás.

—Ya quiero que termine.

—Terminará muy pronto.

—¿De verdad quise atentar contra mi vida?

—No, lo que querías era dormir mucho, semanas, pensaste que quizás así podrías dormir varios días seguidos.

—Perdón.

—No tienes que pedirlo, por suerte no pasó nada, solo dormiste mucho. —La separó de sí y la miró a los ojos—. Ahora debes estar tranquila, relajarte y pensar que muy pronto estarás en casa.

—Sola.

—Con tu familia. Ya te esperan, ¿sabes? Se enteraron de todo.

—¿De todo?

—De todo. De lo que en realidad pasó con tu esposo, de cómo fue tu vida con él, de este viaje y sus planes para asesinarte, de todo.

—¿Y quieren verme?

—Están ansiosos. Ya vienen en viaje. Tus abuelos esperaban este día, ellos sabían que no había sido por maldad, pero nunca se imaginaron el sufrimiento al que eras sometida, pensaron que el amor te tenía ciega.

—¿Hablaste con ellos?

—Por supuesto.

—¿Tú los buscaste?

—No fue necesario, siempre he sabido dónde están.

—¿Cómo?

—Recupérate y sabrás toda la verdad, Marita, toda. —Le regaló una dulce sonrisa.

—Gracias por estar a mi lado. —Se abrazó a él y así se quedó hasta que se calmó su alma y su espíritu.

—¿Mejor? —le preguntó él al rato.

—Sí, gracias.

—¿Tienes hambre?

—Sed.

Él tomó la botella de agua del velador y se la extendió, pero ella no tenía fuerzas y casi la derrama.

—Ven, yo te la doy.

Y así lo hizo, se la dio en la boca.

—Parezco inválida.

—Estás sin fuerza, llevas una semana dormida, cuando despertabas, había que sedarte de nuevo, no querías despertar del todo y solo gritabas.

—O sea que fui todo un espectáculo.

—Uno que no me gustaría volver a ver.

—Lo siento tanto, no me acuerdo de nada, de verdad.

—Te creo.

—¿Cuántos días dijiste que estaba aquí?

—Ocho.

—¡Ocho! Pero eso es mucho. ¿Y Ulises? —le preguntó en voz baja.

—Imagínate, vuelto loco, quería venir a pesar de las advertencias, esto que hiciste adelantó todos mis planes para desenmascarar a tu esposo, él pensó que estabas muerta y quiso acusarte de querer asesinarlo provocando esa explosión... Todavía está en proceso la investigación, se escapó de su escondite, pero no durará mucho su escape con una pierna menos.

—¿Qué?

—Sí, la explosión hirió su pierna y no pudieron salvarla pese a los esfuerzos, todavía está delicado, así es que no pudo haber ido lejos.

—Lo suficientemente lejos como para llegar a ustedes, par de traidores.

Ricardo Zegers y su perro guardián estaban allí ante ellos. Nelson botó a Maritza y dio vuelta la cama para que al menos aminorara la velocidad de las balas, pues ambos llegaron armados. Sacó su revólver y respiró hondo.

El grito de una mujer en el pasillo le indicaron que estaban apuntando. Se escuchó un disparo, pero no llegó hacia ellos, supuso Nelson que le habían disparado a la enfermera.

Nelson se levantó y disparó al hombro de Bruno, no podía matarlo, se arriesgaría a penas mayores en caso de considerar que había hecho “abuso de fuerza”, no obstante, en ese caso, las cosas no eran normales.

—Maldito, los voy a matar yo mismo. Te quieres quedar con mi mujer, ¿no es cierto? Eso es, por eso inventaste todo este entuerto, la bomba a destiempo, el hacerla pasar por muerta... porque querías dejártela para ti.

—Estás muy equivocado, jamás podría ver a Maritza como mujer.

—Y piensas que te voy a creer, bien acaramelados los acabo de ver. ¡No me lo puedes negar!

—La querías matar, te hiciste pasar por muerto para quedarte con todo el dinero y con Leonardo, que de hermano solo tiene el nombre, porque es tu amante, ¿no?

—¡Maldito infeliz! —el sonido de la bala que chocó contra la cama le indicó a Nelson, primero, que sí le estaba disparando a ellos y dos, el lugar en el que probablemente estaba.

—Confiesa, Ricardo, compórtate como un hombre por una vez en tu vida. Di que querías matarla y hacerte pasar por muerto para quedarte con tu amante y con todo el dinero, así, ningún acreedor podría cobrar el dinero adeudado.

—Sí, ¿y qué? ¿Me lo vas a impedir acaso? Los muertos no pueden hablar, ¿sabes cuál va a ser la historia? Yo perdí la memoria, estaba en un pueblito tan alejado, que nadie se había enterado del accidente del crucero, así que no podían saber, ni quien era, ni de dónde venía. Me atendieron con lo que tenían y, ya recuperado, me vine en busca de mi mujer, a la que amo con toda mi alma, pero estaban ustedes dos aquí, riéndose y burlándose de la explosión en la que creyeron que me

mataron, al verme, se lanzaron en mi contra, mataron a Bruno y luego quisieron matarme a mí, pero yo actué sin pensar y los maté a ambos. Fin de la historia. ¿Quién es la víctima? Yo.

—Eso estaría muy bien si es que la policía no estuviera enterada de tus planes.

—No está enterada.

—¿Viste bien dónde estás?

Unos paneles se desplomaron y aparecieron varios policías que habían escuchado toda la conversación.

—¿Me engañaste?

—Sí, demasiado daño habías hecho y mucho más querías hacer. No podía permitirlo.

Bruno se levantó del suelo como si nada hubiera pasado, sin ninguna herida aparente.

—¿Tú también? —espetó a su hombre de confianza.

—Querías acabar con mi amigo, con tu mujer, con las personas que te ayudaron a sanar; según tú, no querías testigos, quizás hasta me hubieses matado a mí. ¿Cuántos muertos querías cargar en tu conciencia?

Ricardo quiso disparar, pero no hirió a nadie.

—Son balines, no hacen daño, de todas maneras, el somier de la cama de Maritza es de material blindado, no queríamos correr ningún riesgo, mucho menos ponerla a ella en peligro —explicó Nelson.

Ricardo levantó las manos, el dolor de su pierna se dejaba sentir y sabía que sería inútil luchar, él era uno contra por lo menos una docena.

—Disfruten de mi dinero, traidores, mientras puedan. Esta me la van a pagar.

—Yo no voy a disfrutar de nada más que lo que me corresponde por estos años de sufrimiento que me hiciste vivir y en medio de una mentira tan burda, ¡eres homosexual, Ricardo! ¿Por qué te casaste conmigo?

—Para guardar las apariencias, ¿te imaginas a un gran empresario gay? Es imposible. Necesitaba una pantalla.

—Te hubiera ayudado si me lo hubieras pedido, no debiste engañarme así y engañarlo a él, ¿o sabía que yo no tenía idea de tu hipocresía?

—A él no lo metas en esto.

—¡Nos engañabas a ambos!

—No te compares con él.

—¿A él no lo golpeabas?

—A él yo lo amo.

—No tanto si antes de venir a verla me dejaste así.

El supuesto *hermano* de Ricardo apareció allí, tenía el pómulo roto y una gran tristeza en su mirada.

—Tú me encabronaste, no fue mi culpa, tú querías que dejara a estos dos en paz. Pretendías que nos fuéramos lejos y empezar de cero después de todo lo que había luchado para crear mi imperio. No podía hacerlo.

—Y debiste hacerlo, mira en lo que terminó todo, mírate, estás muriendo. Lo siento, te amo, te amo mucho, pero se acabó. Perdón por el daño que pude causarles —les dijo a Maritza y a Nelson—. Me voy de sus vidas, no quiero nada de él, sé que en el testamento también soy beneficiario, pero no quiero nada, ya renuncié a todo ante la ley, no quiero nada que provenga de ti.

—Si me hubieras entendido, si me hubieras escuchado, ahora estaríamos juntos en algún lugar

paradisíaco disfrutando de libertad, pero no, siempre con la cantinela de que le dijera a mi esposa, que ella entendería, que ella parecía una buena mujer. ¡Esta no entiende nada!

—Creo que entiende más de lo que parece. En todo caso, no deberías tratarla así, mal que mal, es tu esposa, al final, tú la escogiste.

—Maldita esposa que tuve. Yo quería estar contigo. Sé que me mandarán a la cárcel, espérame e iniciemos de nuevo.

—Cuando salgas, si sales, lo veremos, pero ya no quiero a un tipo tan violento como tú a mi lado, las veces que me obligaste a hacerme pasar por un matón para aparentar ante tus amigos, ante tu esposa, nunca me gustó, no era lo mío, demasiada violencia sufrí en mi vida para perpetuarla por mí. Ya no quiero esta vida y por eso no quiero nada de ti.

—Nada más que mi dinero.

—Mucho menos tu dinero. Nunca fue el dinero.

—Lo mereces —replicó Maritza—. Tú sufriste a su lado tanto como yo, mereces una recompensa, una indemnización.

—De verdad, no. Lo siento, yo solo venía a tratar de impedir que hiciera una locura; igual llegué tarde.

—Por favor, necesito que hablemos, quiero saber toda la verdad y, si después no quieres aceptar nada de lo que por derecho nos pertenece a ambos, está bien, no te obligaré, pero quiero que sepas mi versión y quiero saber la tuya.

—Está bien. Te llamaré algún día para ponernos de acuerdo.

—Gracias.

El hombre se retiró con un oficial de policía para que le tomaran declaraciones, mientras que otros dos se llevaron a Ricardo.

Maritza se abrazó a Nelson. Los policías los dejaron solos, ya no había nada que preguntarles a ellos, todo había salido a la luz.

—Ya terminó, Marita, ya terminó.

El hombre la tomó en sus brazos, solo por la adrenalina había logrado mantenerse en pie, pero ya no tenía fuerzas.

—Me sigues diciendo Marita.

—Me gusta mucho más que Maritza.

Unos camilleros entraron a buscarla, a lo que el hombre se negó, la llevó él mismo hasta la ambulancia que la esperaba a la salida de ese recinto militar que habían ocupado como clínica para tenderle la trampa a Ricardo.

Capítulo 26

Un par de días después, Maritza fue dada de alta. En el departamento de Nelson, la esperaba Ulises, quien la apretó en un abrazo y luego la besó con profundidad, no le importó que estuviera su mamá, ni su hermano, ni la familia de ella.

—Te extrañé tanto, condesa, tanto —le dijo, emocionado, cuando la soltó—. Quería ir a verte, pero no me lo permitían, el lugar era de alta seguridad, no cualquiera entraba, querían estar seguros de que no había peligro para ti, al fin y al cabo, esa explosión fue para asesinarte a ti y el tipo que lo hizo seguía prófugo.

—Sí, a lo que llegan algunas personas por ambición, pero bueno, nada que hacer, aquí estoy, *vivita y coleando*, como dicen en mi país.

—Con que estés viva me conformo, mi bella condesa.

La volvió a besar.

—Tengo que saludar a los demás —le dijo ella apartándose un poco.

—Es cierto.

Maritza se dio la vuelta y saludó a Constantino, el hermano de Ulises, él la saludó de un modo muy fraternal.

—Bienvenida de vuelta, Maritza, no sabes cuánto me alegra que ya se haya terminado todo.

—Sí, yo también y muchas gracias por rescatarnos, nunca estaré lo suficientemente agradecida.

—Yo me alegro de haber llegado a tiempo.

Entonces, saludó a la madre de Ulises, quien la abrazó con mucha más cordialidad que la vez anterior.

—Me alegra mucho que estés bien, querida, bienvenida a casa.

—Muchas gracias, señora.

Xiomara fue la tercera y la abrazó con ganas.

—Pensar que te iba a ganar en el concurso, pero claro, ella siempre llamando la atención —le reprochó la joven.

—Sueña, Xiomara, yo era la favorita, además, tenía el voto del dueño del crucero y ese vale por cien...

Las dos se echaron a reír, pues cada vez que podían, competían en pensar quién hubiese sido la ganadora del concurso.

Llegó el turno de la familia de Maritza. Sus padres, sus abuelos maternos y sus hermanos, estos últimos habían viajado solos, sin familia, pues eran demasiados y no lo consideraron apropiado para ese momento.

—Mija —habló el papá primero—, lamentamos mucho que hayas tenido que pasar todo lo que pasaste con tu esposo, de haber sabido que era así...

—Papi... —La mujer se echó a sus brazos y lloró de tristeza, de emoción, de felicidad, de todo junto.

—No llores, mi pequeña Marita, no llores.

—Ya, mi niña. —Se acercó la mamá y la abrazó también—. Ya pasó.

—Tu hermano nos advirtió que estabas muy llorona, pero no le creímos —dijo el abuelo con su

típico tono burlón.

Maritza se apartó y miró a su abuelo y a Nelson, sin comprender.

—¿Qué hermano le dijo?

—Jorge, ¿quién más?

Nelson la miraba con culpa y bajó la cabeza.

—No puede ser. ¿Eres Jorge?

—Sí, hermanita, no te lo podía decir, quería librarte de ese tipo y no podía, cada vez que estaba a punto, algo frustraba mis planes.

—Por eso sabías que me decían Marita.

—Yo te puse ese nombre cuando naciste, no me gustaba Maritza, me sonaba a pizza y se me quitaban las ganas de comer, así que te decía Marita. Aunque, pensándolo bien, podría haberte hecho bullying con tu nombre.

—¡Pesado! Igual me hacías bullying, Y me dejaste, yo te extrañé mucho.

—Me fui a servir a Afganistán en una misión de paz, pero esas misiones lo que menos tienen es paz, así que terminé convirtiéndome en sicario, cuando pude volver, me enteré de que tú habías repudiado a la familia, saqué del camino a tu antiguo escolta y llegué a trabajar contigo. En poco tiempo me di cuenta de que tu esposo te maltrataba y quería sacarte, aunque yo creía que seguías con él por el dinero y la posición social, aun así, quería liberarte. Hubiera sido fácil matarlo, pero él tenía gente detrás que podría querer vengarse y eso no estaba en los planes, debía cortar todo de raíz, debía perder autoridad y dominio... Lo siento tanto, esa explosión no debió ocurrir así, de hecho, no debió ocurrir, lo hicieron a mis espaldas.

—Igual me dejaste —volvió a reprochar.

—Después de que me hiciera sicario, ya no podía volver, era ponerlos en riesgo a todos. La última vez que nos vimos tenías doce años, yo veintiuno, y no sabes cómo extrañé verte correr, cantar y bailar al lado mío; salir al parque, me hacías ligar con las chicas. —Le guiñó un ojo.

—Para eso me ocupabas —le reclamó y se abrazó a él—. Te extrañé tanto.

—Yo también.

Se apartó de él, tenía que saludar a sus abuelos.

—Mi pequeña Marita. —El abuelo la abrazó, era un hombre tan alto como su nieto—. Yo sabía que no podías haber cambiado tanto, si hubiera sabido, te juro que yo mismo mataba a tu marido, no me hubiera importado pasar el resto de mis días en la cárcel, jamás hubiese dejado que te volviera a tocar. Mi pequeña...

—Ya pasó, abuelo, ya pasó, ahora todo está bien y tenerlos a mi lado otra vez... Gracias.

Se abrazó a su abuela, una menuda mujer muy parecida a ella.

—Extrañaba tus canciones, mi niña, te juro que en casa se respiraba el dolor de tu ausencia. Nunca volvimos a ser los mismos.

—Lo siento tanto.

—No, mi niña, no fue tu culpa, nosotros debimos ver más allá, nosotros éramos los de la experiencia, tú eras una niñita que empezaba a vivir.

—Él engañaba muy bien.

—Como todos los sicópatas —habló Fernando, el otro hermano de Maritza.

Ella se giró y lo abrazó.

—Hermanita, no sabes cuántas veces quise ir a encararte, que me dijeras a la cara que no querías saber más de nosotros. Algo no me cuadraba, eras odiosa, pero jamás fuiste mala. Ese hombre nunca me gustó.

—Siempre me dijiste que no me casara con él.

—Era un sicópata.

—Con el Feña siempre supimos que ese tipo no era para ti —habló Gerardo, el otro hermano. Maritza era la menor de cuatro hermanos; ella, la única mujer.

—Yo creo que esto hay que celebrarlo —mencionó Nelson, o Jorge como en realidad se llamaba.

—Sí —gritaron los hermanos—. Y como le gusta a la Marita.

—¡No! —alcanzó a gritar Maritza antes de que los tres hermanos la tomaran, uno por los brazos y los otros dos cada uno de una pierna y la levantaran a modo de juego, haciéndola subir y bajar.

—Ya, déjenla que está convaleciente y estamos en casa ajena, compórtense —ordenó su padre.

Los hermanos la dejaron en el suelo y Jorge la mantuvo abrazada mientras se recuperaba del mareo.

—Se me había olvidado todo el bullying que me hacían.

—Te amábamos, eras nuestra muñequita.

Maritza suspiró.

—Lo sé y yo también los amo mucho.

Maritza se apartó y buscó a Ulises con la mirada, él la miraba con un brillo en los ojos que no había visto antes. Se acercaron uno al otro.

—Esta eres tú —le dijo él—, libre, feliz, amada por tu familia, así quise verte siempre, no con esa cara de tristeza que no dejaba salir a la verdadera *Marita*.

Ella sonrió.

—Pero ahora te la tendrás que ver con tres si te portas mal —bromeó ella.

—Juro que me portaré muy bien, no quisiera vérmelas con tus hermanos, ya veo que los otros dos son iguales a Nelson.

—Tranquilo, cuñado, cuando vi cómo la miraste esa primera vez, me di cuenta de que ella era la mujer que estabas esperando y, cuando te investigué, supe que no me había equivocado.

—¿Me investigaste?

—¡Claro! No iba a dejar a mi hermana en manos de otro sicópata, pero tranquilo, tienes antecedentes intachables.

—Eso me deja mucho más tranquilo —replicó divertido.

—Debe dejarte muy tranquilo, de otro modo, ya estaría buscando la forma de sacarte de la vida de mi hermana.

—Entonces sí me deja mucho más tranquilo —admitió apegándose más a su condesa.

Capítulo 27

Bruno se acercó a su excompañero que entraba al aeropuerto en ese momento.

—Ahora ya no sé ni cómo te llamas —le dijo en tono de broma.

—Sabes que en esta profesión no tenemos nombre.

—Tú dejarás esto, sobre todo ahora que serás padre.

—Sí. ¿Tú qué harás?

—También me saldré. Me aburrí de ser el perro guardián de tipos sin moral. Me ha costado mucho darme cuenta de que esta no es la vida que quiero. Murió mucha gente por mi culpa y lo lamento tanto.

—Te diste cuenta y cambiaste tu camino, eso es lo importante.

—Sí, aunque tengo que hacer un último trabajo.

—¿Cuál?

—El curita, él fue quien hizo explotar el barco, yo le dije que aprovecharíamos la llegada de la familia de los Russo para sacar a Zegers, que la señora Maritza habría estado encantada de hacerse pasar por muerta con tal de liberarse de su marido, pero no quiso escuchar, dijo que era imposible, que no se podía dejar ningún cabo suelto y mira en lo que resultó todo.

—Y ahora vas tras él.

—No lo han logrado capturar, mientras esté vivo, ninguno podrá vivir tranquilo, somos *cabos sueltos* para él.

—¿Necesitas ayuda? Puedo ir contigo si quieres.

—No, esto lo haré solo.

—Pareces enojado con él por algo más.

—Él me quitó lo que me trajo de vuelta a Tierra. ¿Recuerdas a Melissa, la muchacha que cantó Only you esa noche?

—Sí.

—Él la mató.

—¿Murió en la explosión?

—No, yo fui a verla cantar, después volví a ver cómo iban las cosas para sacar al jefe, ella fue a buscarme y lo descubrió; él la ahogó, yo me enteré después, él me lo confesó cuando lo encaré por la explosión. En un primer momento, decidí que seguiría en este camino y me haría peor, la rabia me cegó, pero luego, cuando aclaré mi mente, me di cuenta de que seguir así solo iba a causar más dolor, a mi alma y al mundo. ¿A cuántas Melissa asesiné? ¿A cuántos Russo? ¿A cuántas Maritza he lastimado? No, amigo, ya no quiero seguir en esto, voy a darle otro rumbo a mi vida en honor a ella.

—Espero que encuentres la paz que buscas, sabes que, si necesitas algo, solo debes llamarme.

—Lo mismo digo. Espero que te vaya muy bien, déjame saber cuándo nazca tu bebé.

—Por supuesto.

—Adiós, amigo.

Se dieron un afectuoso abrazo y Bruno tomó su lugar en la fila rumbo a México, donde se suponía estaba oculto “El curita”, como se hacía llamar, pues, la mayor parte de las veces se hacía

pasar por uno, y uno que engañaba muy bien.

Jorge se subió a su coche para volver a la casa, habían pasado cuatro meses desde la explosión, el caso estaba por completo aclarado, aunque, como había dicho su amigo y excompañero, todavía no se encontraba al autor material del hecho. Su exjefe había muerto producto de la infección de sus heridas por las malas condiciones del lugar en el que se ocultaba y donde le hicieron la amputación. No pudieron contra la gangrena ni la septicemia.

Su teléfono sonó.

—¿Hola? —preguntó sorprendido, era un número desconocido.

—Soy Leonardo Poblete.

—Dime.

—Estoy de viaje en este país, ¿puedes arreglar una reunión con Maritza?

—Claro, claro, ¿hasta cuándo te quedas?

—Una o dos semanas, dependiendo de cómo me vaya.

—Claro, la contactaré hoy mismo y te aviso, o si quieres te doy su número.

—No, no, su teléfono yo lo tengo, pero no me animo a hablarle, prefiero que nos veamos, que ella sepa que yo estoy aquí.

—Ah. Bien, bien, yo te aviso, ¿algún día u hora especial?

—No, no, esta semana solo estoy disponible para ella.

—Perfecto. Hablo con ella y te aviso.

—Gracias.

Jorge quedó con el teléfono en la mano, dudaba si llamar a su hermana de inmediato o no, desde el enfrentamiento en el hospital, no habían vuelto a tener noticias del amante de Ricardo.

Decidió ir a su casa, no le daría una noticia así por teléfono, más cuando hacía unos días se habían enterado de su embarazo; después del incidente con los sedantes, decidieron quitarle el implante por el riesgo que conllevaba de depresión y problemas cardiovasculares. Ella decidió no seguir cuidándose, pues quería tener un hijo antes de que se le pasara más el tiempo.

—¡Hola! ¿Y tú? —lo saludó ella con un efusivo abrazo.

—¿Cómo estás?

—Bien, con náuseas mañaneras y mareos, pero ya a esta hora me siento bien. ¿Qué haces aquí?

—¿No puedo venir a ver a mi hermanita?

—Tú siempre avisas que vienes y la cara de malas noticias que traes, no te la quita nadie. Ya, dime.

—No son malas noticias. En realidad, no son noticias, me llamó Leonardo, el ex de tu marido.

—¿Qué quería?

—Hablar contigo.

—¿Le diste mi teléfono?

—No, él lo tiene, pero no quería llamarte directo a ti.

—¿Ya?

—Quiere verte, quiere saber cuándo, él está esta semana en el país.

—Que venga cuando quiera, no creo que Ulises me deje salir, anda pendiente de cada cosa que hago.

—Sí, yo pensé lo mismo, además, yo también quiero estar presente.

—¿Presente en qué, si se puede saber, cuñado?

Ulises entró a la sala con una gran sonrisa y un paquete de regalo muy grande. Saludó a Jorge y luego se fue a saludar a su mujer.

—Toma, lo vi y pensé en ti.
—¡Ulises! Cada día me traes algo nuevo porque pensaste en mí.
—¿Qué quieres que haga? Te veo en cada cosa que veo, lástima que no puedo comprar todo.
—*Menos mal* que no puedes comprar todo —lo corrigió entre divertida y emocionada, ese hombre estaba lleno de detalles para con ella.
—Antes de que me sigan regañando, ¿dónde quieres estar presente?
—Me llamó Leonardo Poblete, el amante de Ricardo, quiere ver a Maritza.
—Ah. Después de tanto tiempo viene a aparecer, ¿qué quiere?
—No lo sé, por eso pensé que se podían juntar aquí, supongo que también querrás estar presente.
—Ninguno de los dos lo va a estar, tal vez quiera hablar a solas conmigo.
Los dos hombres la miraron espantados.
—Sola con él, no —sentenció Ulises—, no sabemos lo que quiere ni a qué viene.
—Concuerdo con el padre de tu hijo, si tú no quieres compañía, allá tú, pero entonces tu hijo se queda con nosotros, no lo expondremos a él.
—¡No me puedo despegar de mi hijo! —respondió divertida.
—Entonces nos quedaremos, necesito tiempo con mi sobrino.
—Yo no voy a dejar a mi hijo solo —concordó Ulises.
—¡Hombres! Bueno, cítalo para mañana, ahí veremos qué hacer, pero si él quiere hablar a solas conmigo, respetarán su decisión.
Los cuñados se miraron y sonrieron, habían ganado la batalla con esa terca mujer.

Leonardo llegó a la hora indicada a la casa que compartían Ulises y Maritza, allí los esperaban los tres con Jorge, o Nelson, como lo conocía el visitante.

—¿Te molesta que estén ellos presentes? —le preguntó la mujer luego de servirle un jugo y acomodarse en la sala.

—No, no, para nada.

—Tú dirás, la última vez que nos vimos no parecías dispuesto a hablar.

—Bueno... Yo... Lo que pasa es que este tiempo me ha servido mucho para pensar en lo sucedido y creo que te debo una explicación.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Porque tú eras su esposa, su mujer.

—Título que él no respetó.

—Sí, lo sé, quiero que sepas que yo no sabía que él te maltrataba, de haberlo sabido... No, en realidad no habría servido de mucho. Yo sabía que tú no tenías idea de su condición sexual, pero me decía que, como tú eras una víctima en todo esto, él trataba de tenerte lo mejor que pudiera, lo que no te daba en amor y en la cama, te lo compensaba con dinero.

—Ni lo uno ni lo otro —replicó Maritza.

—Lo sé, ahora lo sé. Él y yo nos conocimos cuando él estudiaba en la Universidad, yo era el ayudante del profesor de Economía. Comenzamos a andar poco tiempo después. Cuando su padre lo obligó a casarse, a optar por casarse, él quiso huir conmigo, pero sabíamos que su padre tenía los brazos largos y no podríamos escondernos de él. Decidió casarse contigo, yo estaba enojado, celoso, creí que de verdad te amaba, aunque él siempre me aseguró que no. Seguimos juntos a

escondidas, él quería dejarte, pero no sabía cómo, eso me decía él. Cuando murió su padre, pensé que iba a separarse, pero me dijo que no podía, que debía esperar a que todo se calmara. Lo que nunca ocurrió.

—Primero me mataba antes que separarse, ¿no?

—Yo no sabía que iba a hacer lo que hizo. Él me dijo que te llevaba a un crucero para pedirte el divorcio, pero no solo eso, él te iba a ofrecer mucho dinero para que lo dejaras en paz y nunca volvieras a nuestro país.

—¿Sabes que es lo peor de todo? Que, con tal de librarme de él, yo hubiera aceptado. A mí me dijo que ese viaje era para celebrar nuestros diez años juntos, para volver a empezar como antes, como al principio.

—¿Tuvieron una segunda Luna de Miel?

—Por suerte, no, pasó borracho todo el viaje, andaba errático, malhumorado, mi hermano y Bruno lo mantuvieron alejado de mí hasta el día que terminó por enajenarse y me lanzó al suelo, golpeó a unos niños, creo, quiso ir detrás de Ulises... Y lo metieron preso.

—¿Tu hermano?

—Sí, Jorge... Nelson es mi hermano, el mayor, yo no lo sabía, lo dejé de ver cuando era niña.

—No sabía.

—No es algo que salga en los diarios.

—Claro, claro.

—Y bueno, como te digo, entre que lo mantuvieron alejado de mí y luego que lo metieron preso, en realidad, poco nos vimos, por suerte para mí, porque andaba hecho un energúmeno.

—Quizá lo que tenía planeado hacer ya no le parecía tan buena idea.

—Dudo que haya sido eso.

Leonardo sacó su teléfono móvil y buscó algo en él.

—Esto me lo envió el día de la explosión, no había entendido sus palabras hasta hace unos días. Escuchen.

“Lo siento tanto, Leonardo, lo que más quiero es estar contigo, este viaje fue un error, todo ha sido un error, perdóname por todo este tiempo, ahora ya no hay retorno, siempre pensé que hacía lo mejor que podía, hoy me doy cuenta de que no he sido más que una copia fiel de mi padre, a quien tanto odié, y creo que terminaré igual que él”.

—Dices que entendiste lo que quería decir hace unos días, ilumínanos, por favor —le pidió Maritza.

—Su padre quitaba a todo el que lo estorbaba a balazos, yo no sé si ustedes supieron cómo murió el caballero, si se le puede llamar así.

—Tuvo un accidente —respondió Maritza.

—Ah, saben la versión oficial.

—¿Cuál es la otra?

—Él fue herido en un tiroteo, no quedó muy bien, nadie fue a socorrerlo, murió al día siguiente por las heridas, solo.

—Como Ricardo, murió solo en la cárcel.

—Sí. Pero hay más. —Maritza le hizo un gesto de no entender—. Ese tipo mató a su esposa, a la madre de Ricardo, él se enteró hace unos tres años, fue un duro golpe, siempre pensó que se había muerto a causa de una enfermedad, pero no, ese hombre la asesinó a sangre fría, la envenenó día a día hasta que falleció y nadie supo de qué.

Maritza tomó aire, aterrada por la clase de familia en la que había caído.

—Al menos, tu muerte iba a ser rápida.

—O lenta como la de él.

—Se suponía que tú debías estar en el lugar de la explosión, no debías sobrevivir.

—¿Él te dijo eso?

—No, me lo dijo Bruno. Y bueno, atando cabos, creo que él se había arrepentido de hacerlo.

—No parecía muy arrepentido cuando lo vimos el día que lo apresaron. Al contrario, estaba muy dispuesto a matarme y a vengarse a la primera oportunidad.

—Sí. Ese día estaba enojado. Él te hubiera dejado libre, pero otra vez sus demonios lo persiguieron. Su primo, un conocido político con quien hacía negocios sucios, lo llamó y le dijo que no sabía hacer nada bien, que en la policía sabían que estaba vivo y que en cualquier momento lo tomarían preso. Ricardo lo creyó. Yo le dije que no hiciera caso, que nos fuéramos, que desapareciéramos, que esto quedaría como un caso más sin resolver. Yo quería que te dejara en paz, le insistí en que tú no harías gran cosa por encontrarlo y que yo estaba seguro de que, si hablaba contigo, podríamos llegar a un acuerdo. Me golpeó y se escapó. Yo ya sabía que Bruno lo estaba traicionando, que no quería que siguiera haciendo daño, él también se callaría si Ricardo se iba sin hacer ruido. Se fue con Bruno. Yo los seguí para evitar que hiciera lo que pensaba; lo que no sabía era que ya tenían todo preparado para atraparlo. Cuando llegué, me quedé en el auto, estaba nervioso y no sabía qué hacer. Cuando escuché los disparos, me despabilé y subí a ver lo que ocurría. Lo que vi me decepcionó. Me di cuenta de que nunca me amó, le importabas más tú que yo.

—El odio a veces es más fuerte que el amor.

—No. Él te amaba, aunque nunca quiso admitirlo.

—Por favor, Leonardo, eso es imposible, no se lastima a quien se ama.

—Cuando no se sabe amar, eso es precisamente lo que se hace. Él te amaba, lo pude ver en sus ojos.

—Pero ¡él era homosexual!

—Creo que solo lo fue para rebelarse contra las estrictas *normas morales* de su inmoral padre.

—¿Por qué me dices esto ahora?

—Porque creo que mereces saberlo.

—A mí no me sirve de nada esta información, si se arrepintió o no, me da lo mismo; si me amó o no, da lo mismo; lo hecho, hecho está, mucha gente murió, otra tanta quedó malherida y algunos con secuelas de por vida. ¿Sabes cómo me siento al saber que eso fue mi culpa? Aunque no fui quien lo hizo, fui yo quien lo provocó y eso será algo muy difícil de superar. Estaba siendo un viaje perfecto sin mi marido detrás de mí, ¡hasta era candidata a reina del Goddess Carité! Esa noche, los Russo celebraban su millonésimo aniversario, eran una pareja adorable y los vi morir. Si quieres saber lo que es el amor, los Russo te hubieran dado una clase magistral, pero no pueden, están muertos. Sé que sufriste, eras el amante escondido de mi esposo, también sé que no te trató bien, era imposible que él tratara bien a alguien...

Maritza hizo una dolorosa pausa que ninguno de los tres hombres interrumpió, Ulises le tomó la mano.

—Si quieres lo que te corresponde de la herencia, yo no tengo problema, fuiste su pareja por más años que yo y te mereces una indemnización, pero no me pidas que lo perdone, mucho menos que lo justifique, pues lo que él hizo no tiene justificación. Destruir familias completas por su cobardía, por no enfrentar a una sociedad que no lo habría juzgado por sus intereses sexuales, no tiene justificación. Pudo habérmelo dicho, pudo haberme pedido el divorcio, pudo hacer tantas

cosas... ¿Te imaginas si todo el mundo anduviera explotando barcos, aviones, casas, para librarse de algún amante indeseado? ¿Dónde iríamos a parar? Ya bastante malo es el mundo como para querer comprender a alguien como Ricardo.

Leonardo bajó la cabeza, sabía que ella tenía razón, sin embargo, él quería pensar que el hombre que conoció en la universidad seguía bajo esa capa de maldad que fue creando con el pasar de los años.

—Yo sé que lo sigues amando, no es tu culpa lo que él haya hecho, pero debes dejarlo ir, vive tu duelo para que puedas empezar una nueva vida, te lo mereces.

—No sé si pueda amar otra vez, no sé si merezca que alguien me ame.

—Lo mereces, Ricardo te hizo creer que no para tenerte sometido a sus caprichos, no lo permitas, tú eres leal y sincero, eso es muy valioso, te mereces una nueva oportunidad de amar, pero de amar bien.

—Gracias —dijo sin saber muy bien qué decir.

—Hablaré con el abogado para que haga el traspaso de la mitad de los dineros a tu cuenta.

—No, no es necesario. Todos estos años he ido ahorrando, con Ricardo no me faltaba nada, así que tengo mi dinero intacto, no me hace falta.

—¿Estás seguro?

—Sí, muy seguro, yo solo quería venir a decirte esto.

—Gracias; aunque no comparto tu punto de vista, te agradezco conocer la otra parte de la historia y sé que tú fuiste solo una víctima más.

—Bueno, yo también pude entender algunas cosas, me hizo bien venir.

—¿Tienes familia?

—No. Mi familia murió cuando yo era un niño, me crié en un hogar de menores, gracias a Dios, tuve buenos benefactores que me ayudaron a continuar mis estudios.

—¿Qué harás en Navidad? Quedan dos semanas.

—Nada. Supongo que lo de siempre, estaré solo en mi casa.

—Una Navidad, Ricardo *tuvo* que viajar —recordó Maritza—, ¿lo pasó contigo?

—Sí, fue la única Navidad que pasé acompañado, ese momento siempre está conmigo en mi soledad.

—¿Por qué no vienes y la celebras con nosotros?

Ulises y Jorge se miraron sorprendidos.

—¿Con ustedes? ¿Hablas en serio? Fui el amante de tu marido, por si no lo recuerdas.

—Fuiste. Y aunque yo fui su esposa en un papel, ahora no significa nada, al contrario, creo que me sacaste un peso de encima, siempre pensé que yo no era suficiente mujer para él.

—Lo que me ofreces es muy tierno, pero no creo que sea prudente.

—Prudente o no, da lo mismo, ¿quieres o no?

—Nunca he tenido una Navidad con nadie más que con Ricardo aquella vez y estuvimos los dos solos. No sabría qué hacer.

—¿Qué vas a hacer? Nada. Venir, comer, disfrutar. Esta será mi primera Navidad en este país, con Ulises y su familia, tampoco es que sepa qué voy a hacer. A ti no te molesta, ¿verdad? —le preguntó a su pareja.

—Si a ti no te molesta y es lo que quieres, por mí está bien.

—¿Tú qué dices, hermanito?

—Es tu casa, es tu vida y son tus reglas, yo no tengo nada en contra de Leonardo, lo conozco hace tiempo, sé que es un buen hombre.

—¿Qué dices, vienes?

—Está bien. Sí. Pero si a última hora se arrepienten, me lo dicen y ya, yo no quiero que se sientan obligados.

—No te preocupes, todo saldrá bien —aseguró la mujer.

Capítulo 28

La Navidad llegó en todo su esplendor. Las luces adornaban las calles, casas y edificios de la ciudad, el centro estaba lleno de gente haciendo sus compras de última hora.

—Bien, creo que ya tenemos todo —meditó Maritza, casi para sí misma, mientras se movía por la cocina guardando todo, Ulises la seguía con la mirada, incapaz de seguirla con su cuerpo—. Leche, crema, pollo, carne... Lástima que aquí no haya pan de Pascua, espero que me resulte el que estoy haciendo. El *Cola de mono*, infaltable. ¡Ojalá mi nana estuviera aquí para hacer su rico Cola de mono! ¿Qué más, qué más? Sí, al parecer está todo.

—Supongo que recuerdas que la doctora te dijo que debías tratar de descansar, ¿o no lo recuerdas?

—Pero si me levanté tarde. Mañana es Navidad, ahora guardo esto y estamos. Me iré a dormir una siesta si quieres.

Ulises la detuvo con un abrazo.

—¿Por qué no dejaste que Natine se ocupara de todo?

—Porque estamos a horas de la Navidad y ella también tiene su casa y más, ella tiene a sus hijos pequeños todavía, ¡se merecen una linda fiesta! ¿Cómo la voy a tener cocinando? Además, ya terminé. Solo estoy repasando para no olvidar nada para que a última hora no nos falte algo. No es tan terrible. Sabes que no haré nada taaaan especial, aparte del pan de Pascua, pero ese ya está en el horno. El resto son cosas simples: el Cola de mono que es muy sencillo de preparar; la cena, que será carne y pollo a la Marita: se va al horno con verduritas y listo; arroz y ensalada de papas, las infaltables; la entrada, rollitos de jamón, y de postre leche asada. No es muy navideño mi menú, pero es lo que sé preparar —explicó entre risas.

—Yo te dije que te podía ayudar.

—Pero tú siempre preparas todo, déjame hacer algo por ti ahora.

—Con estar ya haces suficiente, condesa.

—Eso no es nada.

—Es mucho, aunque no me creas. Igual, tengo que confesar que muero por probar esas cosas que dijiste, aunque eso del Cola de mono...

—Es exquisito, ya verás.

—Me da mala espina, no me agrada la idea de comer mono.

Ella largó una carcajada.

—No es mono de verdad, ¡mucho menos su cola! Solo se llama así.

—¿Estás segura?

—Muy segura.

—En ese caso, creo que sí lo probaré.

—¿Y si me sale mal la cena?

—No tendría por qué.

—Pero y si sí.

—Pedimos comida a domicilio. No te preocupes. Ahora, vamos porque tienes que descansar.

—¿Descansar? —preguntó ella con aire inocente y lujurioso.

—Tus hormonas cada vez se revolucionan más con el embarazo —le dijo él, besándola.

—¿Es malo eso?

—Para nada, condesa, para nada. —La levantó y ella cruzó sus piernas por la cintura de él.

—Ya se está notando un pesito diferente...

—Sí, muy pronto no podremos hacer esto.

La dejó con la espalda sobre la mesa y acarició sus pechos mientras la besaba. Tomó con cada una de sus manos una parte de su blusa, la abrió con fuerza y los botones salieron volando.

—Qué violencia —le dijo ella más ardiente con ese acto.

—Te deseo, preciosa, no creas que no me di cuenta de que mientras guardabas las cosas, alzabas tu trasero para provocarme.

—Creí que no te habías dado cuenta.

—Mira y comprueba por ti misma si no me di cuenta. —Le tomó la mano y la condujo hasta su pantalón, donde su amigo purgaba por salir. Ella dio un gemido e intentó desabrochar el botón, él lo hizo por ella y salió su miembro erecto, la mujer lo masajeó con delicadeza al principio y poco a poco fue apurando sus caricias.

—Te amo, condesa, te amo.

Le subió el vestido, no llevaba ropa interior.

—Ah, no, tú me quieres matar de un infarto, condesa, ¿fuiste así al supermercado?

—Sí, quería saber qué se sentía.

—¿Y qué tal?

—Estás disfrutando de las consecuencias.

—Menos mal que no me dijiste, yo no puedo ocultar lo que siento, habrían sido muy incómodas las compras para mí.

—Por eso no te dije.

—El problema es que ahora me lo imaginaré cada vez que salgamos.

—¿No quieres que lo vuelva a hacer?

—Si lo haces o no, creo que no será relevante, siempre imaginaré tu culito al aire, dispuesto a ser tomado en cualquier momento. Me calientas mucho, condesa.

—Y tú a mí.

Él agachó su cabeza y la metió entre las piernas de la mujer, la lamió a gusto mientras ella lo masturbaba. Como estaba en una posición privilegiada, él podía acariciar y pellizcar sus pezones, meter sus dedos en la boca de su mujer, imaginarse que era otra cosa lo que chupaba. Cuando ella estaba a punto de llegar al orgasmo, él la dejó, se apartó y ella protestó, pero no le hizo caso.

La bajó de la mesa y, sin importarle sus reclamos, la llevó hasta el sillón, allí hizo que se sentara y levantó sus piernas para tenerla totalmente expuesta ante él.

—Hubiese querido tocarte, sentir que andabas sin nada debajo...

—Debí decírtelo, creí que te enojarías.

—Me enfada que me lo ocultaras y perderme ese espectáculo.

—Quizá debas castigarme —propuso de manera melosa.

—¿Sí? ¿Quieres que te castigue? —Sin esperar respuesta, él le dio una palmada en su trasero y ella gimió de placer—. ¿Así? —Volvió a darle otro golpe seguido de una caricia—. ¿Te gusta?

—Mucho, sí... Es... Es... rico... —hablaba mientras recibía las nalgadas del hombre.

Cuando ya sus nalgas estaban rojas, él volvió a lamerla, solo que, en esa ocasión, lamió todo, desde su pubis hasta su coxis, dando especial énfasis en su ano.

—Tal vez deberíamos buscar un par de juegos —le dijo él, deseando entrar en ese pequeño

orificio.

—Deberíamos... —aceptó ella con ganas.

Él introdujo un dedo y ella lo recibió sin molestia, luego otro y otro... hasta que pensó que ya estaba lo suficientemente dilatado e intentó entrar. No le costó como pensó que pasaría, ella estaba demasiado excitada y ambos disfrutaron de esa nueva experiencia. Sus gemidos de placer se fundían en uno. Ella acabó primero y sus espasmos apretaban el miembro del hombre, lo cual lo hizo seguirla poco después.

Él cayó al suelo y la atrajo con suavidad hasta el piso con él.

—Te amo, condesa, te amo, te amo, te amo.

—Y yo a ti... Y no creas que esto se acaba aquí, esperaré a que te repongas, porque todavía tengo ganas.

—Tú y tus hormonas me van a volver loco, aunque si es así, quisiera que estuvieras embarazada toda la vida.

—Siempre me he excitado mucho contigo, lo que pasa es que ahora parece que estoy más desinhibida.

—Bueno, espero que cuando nazca nuestro bebé, eso no cambie, me gustas así, libre, sensual, sexual, poder experimentar juntos nuevas cosas, nuevas formas.

—Y nos queda mucho por descubrir todavía, tengo muchas fantasías sexuales.

—¿Me las dirás?

—Si quieres.

—Claro que quiero.

—¿Y tú tienes fantasías sexuales?

—Claro que sí, fantasías que quiero cumplir contigo.

—Entonces, mientras se repone nuestro amigo, podríamos ir avanzando en esas fantasías.

Él sonrió, esa conversación no le daría mucho descanso.

Capítulo 29

La Navidad la celebraron en casa de Ulises, con Leonardo como invitado, quien, a pesar de las reticencias iniciales, logró encajar muy bien en esa extrovertida y agradable familia. Él le llevó regalos para el bebé de Maritza y de Xiomara, pese a que no la conocía, “pero”, dijo, “conozco a Nelson y él es el padre”.

El Año nuevo, la fiesta fue en casa de la madre de Ulises, quien también invitó a Leonardo, le había caído muy bien y le tomó cariño, dijo que lo había sentido como a un hijo, y no le gustaría que estuviera solo en fechas tan especiales.

Como sorpresa, la familia de Maritza, en pleno, viajaron a visitarlos, por lo que la cantidad de gente era mucha, sin embargo, parecía no notarse pues la casa de la mujer era tres veces más grande que la de Ulises.

Poco antes de las doce de la noche, en la despedida del año, las parejas se juntaron para saludarse al inicio del nuevo año.

Ulises y Maritza se abrazaron, él, a propósito, se quedó casi pegado a una pared. Abrazó a su mujer de la cintura y bajó con su mano hasta su trasero.

—No traes ropa interior —le susurró.

—Te dije que no lo haría.

—Sabes que eso me calienta.

—Nos escaparemos más tarde.

—Ya quiero escaparme.

—Diez... Nueve... Ocho... Siete... Seis... Cinco... Cuatro... Tres... Dos... Uno...

A un solo grito de cero, las familias se abrazaron y se compartieron los buenos deseos de unos a otros. Cuando llegó el turno de Maritza y Leonardo, se abrazaron con cariño.

—Gracias por esta velada tan hermosa, Maritza, gracias por darme esta oportunidad, por enseñarme que todavía tengo esperanza de una vida mejor.

—Claro que sí, sobre todo ahora que empieza un nuevo año, espero que seas muy feliz, que logres todas tus metas y que encuentres un amor de verdad.

—Gracias, yo espero que te siga sonriendo la vida y que este bebé hermoso nazca con una estrella gigantesca en el cielo para que siempre esté protegido de todo lo malo.

—Gracias.

Un nuevo abrazo, muy fraternal, les terminó de dar la paz que tanto necesitaban para ese momento.

Y la fiesta comenzó, la música empezó a sonar y las parejas a bailar en la pista que habían preparado para ello.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Jorge a su prometida.

—Bien, este bebé se ha portado muy bien hoy.

—¿Quieres bailar?

—Sí, vamos.

La pareja se fue a la pista, Maritza miró a su hermano con Xiomara, a ella ya se le empezaban a notar los casi cuatro meses, aunque claro, era una barriga apenas perceptible. Pensó en el cariño

que sentía por ella, quizá su subconsciente siempre le dijo que era la hermana que tanto ansió de niña, pues así se querían y así se trataban.

—¿Quieres bailar? —le preguntó Ulises y pasó un dedo por entre las nalgas de su mujer.

—Lo que menos quiero es bailar, a no ser que sea desnudos sobre la cama.

—Bueno, puedes decir que estás cansada.

—¿Y perderme la fiesta? Ven, vamos a cumplir una fantasía que tengo.

Lo guio adentro de la casa, pero pasaron de largo hacia un segundo patio y, sin ser vistos por nadie, se metieron entre los árboles.

—Ya, hazlo aquí.

No se lo tuvo que pedir dos veces, la tomó y la apoyó contra un árbol, entró en ella y comenzó un frenético movimiento que los llevó a tener un orgasmo casi a un tiempo.

—Se sintió muy rico, deberíamos hacerlo más seguido.

—Me vas a volver loco, condesa, aunque eso lo supe el primer día que te vi.

—Yo supe que me ibas a excitar toda la vida, porque me sonreíste y mis bragas se mojaron —le confesó ella algo avergonzada.

—Mentirosa.

—De verdad, me gustaste *altiro*, como decimos en mi país, en el momento... Solo que no podía permitirme pensar en ti.

—¿Y todavía te sigues mojando si te sonrío? —Quiso saber y le regaló una sexi sonrisa, al tiempo que sus dedos jugaron en su vagina.

—¿Por qué crees que ya no las uso? No me sirven de nada más que para estorbar. Me miras y me derrito.

—Y yo me derrito contigo, condesa —le aseguró justo antes de volver a entrar en ella y volver a hacerle el amor con ritmo frenético.

Al regreso, algunos habían notado su desaparición, pero no dijeron nada, el amor era así, ya todos lo sabían bien.

—Hermanita, ya nos vamos, Xiomara está un poco cansada.

—Pero ¿se siente bien?

—Sí, sí, solo está cansada.

—Bueno, cuídense, maneja con cuidado.

—Sí, voy a ser muy precavido.

Jorge y Maritza se dieron un apretado abrazo, luego la mujer le dio otro a su cuñada.

—Cuídate, nos avisan que llegaron bien.

—Bueno, te mando un mensaje.

—Ya. Chao, bebé —se despidió de la pancita.

La pareja se fue y Ulises le tomó la mano a su mujer.

—¿Pasa algo, mi condesa?

—No, no, ¿por qué?

—Te quedaste mirando a tu hermano con una expresión algo extraña.

—Ah, no, es que todavía me parece raro que mi hermano haya sido mi guardaespaldas y que yo no me diera cuenta.

—Era difícil darse cuenta, sobre todo por la forma tan distante en la que te trataba.

—Él estaba acostumbrado a ocultar sus sentimientos y emociones.

—Era parte de su trabajo, ¿te imaginas no lo hubiera hecho? Habría sido descubierto antes de

cinco minutos.

—Sí, lo sé.

Ella se abrazó a su esposo.

—Te amo, Ulises Areleus, te amo mucho.

—Y yo te amo a ti, mi bella condesa.

—Igual te convertiste en héroe por mí.

—Por supuesto, no podía dejar a mi condesa sin protección, sola en el inmenso mar.

—¿Tuviste miedo?

—Miedo a perderte, miedo a no salvarte. Sí, tuve mucho miedo a no volver a ver tus lindos ojos de nuevo.

—¿No que era la peor persona del mundo para ti?

—Ese es un tema que ya hemos aclarado muchas veces, ¿me lo vas a seguir sacando en cara?

—Por supuesto, hasta el fin de mis días. Tú nunca fuiste la peor persona para mí.

—Pues yo sí pensaba que eras la peor persona... por no gustarte ni un poquito.

—¿Ni un poquito? ¡Quieres que te demuestre cuán poquito me gustas?

Ella colocó su mano sobre su pantalón y lo acarició lascivamente.

—Ay, condesa, definitivamente, tú quieres acabar conmigo.

—Sí, amorcito, me encanta acabar contigo, los dos juntos.

Ulises la tomó de la mano y la condujo hasta la que fue su habitación de soltero, la misma que su madre conservaba intacta para cuando se quedaran en su casa.

En cuanto la puerta se cerró, se entregaron el uno al otro, sin importarles la ropa desordenada en el suelo ni nada, solo pensaban en ellos y en el deseo que seguía recorriendo sus cuerpos desnudos.

Epílogo

—Esta noche celebramos las bodas de plata de nuestros queridos jefes, Ulises Areleus y Maritza Guerra, así que, por hoy, la fiesta corre por cuenta de la casa y están todos invitados —anunció el animador del crucero.

Los gritos y vítores no se hicieron esperar. La gente del navío estaba feliz, era un crucero que la pareja había ideado para personas de la tercera edad que no tuvieran dinero para un viaje convencional, se llamaba *Russo Marriage*, en honor a Walter y a Gianna.

La feliz pareja compartió con los pasajeros hasta pasadas las tres de la mañana, cuando ya la mayoría se fue a acostar.

Ulises abrazó a su esposa y la besó con pasión.

—¿Eres feliz conmigo?

—Mucho, cada día que pasa, agradezco ser parte de tu vida y que tú lo seas de la mía. ¿Y tú?

—Más de lo que jamás imaginé que se podría llegar a ser.

Ella desabrochó la camisa de Ulises y pasó sus uñas por su pecho desnudo.

—Me encanta esto, jamás ha pasado el fuego entre nosotros. —Bajó su mano y la posó sobre el trasero de la mujer.

—¿Vamos al camarote? Ya te quiero tener.

—Yo voy donde quieras —respondió hipnotizado.

Entraron y ella lo dejó esperando mientras entraba al baño. Al salir, el diminuto conjunto bajo un babydoll semitransparente lo dejaron sin respiración; pese a que no tenía el cuerpo de cuando la conoció, se conservaba muy bien, muy deseable.

—Te lo he dicho mil veces, mi condesa —le dijo tirándola a la cama y poniéndose sobre ella sin hacerle peso—, un día me vas a matar de un infarto.

—No digas tonterías, sé que te gusta.

—Más que eso, mi condesa, mucho más que eso.

Se volvieron a besar. El amanecer los encontró todavía amándose y se durmieron hasta cerca del mediodía, cuando él la despertó a besos.

—Ya, dormilona, tenemos que levantarnos.

—No quiero —se quejó.

—¿Te dejé muy cansada? —preguntó orgulloso.

—Tengo un poco de sueño, nada más —respondió ella más altiva.

—Podemos dormir toda la tarde, si quieres. ¿No tienes hambre?

—No, ya quedé satisfecha —respondió divertida.

—Hablo de comida —aclaró él con la misma actitud.

—La verdad es que sí, quiero comer... comida.

Ulises la pegó a él en un tierno abrazo.

—Nunca tendré suficiente de ti —le dijo y la besó con dulzura—. Te amo en todos los aspectos posibles.

—Y tú me enseñaste a amar de formas que no tenía idea que existían, más allá del sexo o la pasión. Estos veinticinco años han sido los mejores de mi vida y este crucero es maravilloso,

aunque, si te soy sincera, me faltan los niños, la familia... Primer aniversario que lo celebramos solos los dos.

—Bueno, eso se puede arreglar, vamos a ducharnos para ir a almorzar. Muero de hambre —le dijo sin darle tiempo a responder, pues casi la arrastró hasta el baño.

Luego de una rápida ducha, Ulises sacó una cajita de su maleta.

—Mi condesa, esto es para ti, por estos años juntos.

Era una bella gargantilla, tenía un corazón de oro con incrustaciones de zafiro y un símbolo del infinito de oro macizo abrazándolo.

—Esto es... precioso —dijo la mujer, emocionada.

—Así es mi amor por ti, mi condesa, infinito.

Ella lo abrazó, con lágrimas en los ojos.

—Te amo, mi condesa, te amo desde el primer día que te vi.

—Y yo te amo a ti, mi héroe de libro.

Se besaron, pero un barullo afuera puso en alerta a la mujer y miró a Ulises asustada.

—¿Qué pasa? ¿te da miedo?

—¿Qué es eso? ¿Pasaría algo?

—Vamos a ver.

Salieron de la habitación y el bullicio parecía alejarse, subieron a cubierta y Maritza casi se desmaya al ver allí a toda su familia, habían puesto globos, un cartel enorme que rezaba: “Feliz Aniversario” y varios regalos en una especie de maqueta de crucero.

—¿Y esto? —preguntó asombrada la mujer.

Ulises la abrazó a su costado.

—¿Creías que iba a dejar que pasaras este aniversario tan especial sin la familia?

Ella se giró y lo miró con lágrimas en los ojos.

—Eres el mejor.

—No, solo te amo.

Ella le dio un profundo beso antes de ir a saludar a sus hijos, sus nueras y yernos, a los padres de ambos y a sus hermanos con sus familias. Todos allí.

—Ahora sí se viene la celebración en grande. El barco es todo nuestro —le indicó.

—¿Qué? ¿Y los pasajeros?

—Fueron cambiados de barco esta mañana mientras dormíamos, ahora podremos festejar en familia.

—Gracias, amor, ¿cómo no seguir amándote si después de todos estos años buscas hacerme más feliz todavía?

—Eres mi bella condesa y tus deseos son órdenes para mí.

—Te amo, de verdad eres mi héroe, este aniversario en alta mar, es el mejor aniversario que he vivido.

Fin

Agradecimientos

Nombrar una a una a las personas que han estado a mi lado estos años, sería imposible. En estos ocho años que llevo publicando mis historias, innumerables han sido los que me han dado su apoyo y su cariño. Estoy segura de que cada una de esas personas sabe quién es y lo agradecida que estoy de su presencia en mi vida.

No soy de grandes muestras de afecto ni de palabras zalameras, los que me conocen saben que soy más de contestar con un Emoji, pero también saben que el cariño que siento es verdadero.

Para nombrar en general, quiero agradecer a mis Presionadoras, que siempre han estado allí, desde mis inicios en este camino; a mis lectores de Wattpad, que todavía me dan grandes alegrías con sus comentarios; a mi familia que me apoya incondicionalmente y hacen todo lo que está a su alcance para que yo pueda concretar mis sueños y a todos quienes han hecho posible que siga aquí, con mis historias, con mis libros.

Un abrazo a todos y cada uno de ustedes.

Gracias.

Freya Asgard

Mi verdadero nombre es Yasna Mónica Sánchez Estay, nací en Santiago de Chile un 15 de mayo de 1969.

La lectura siempre ha formado parte de mi vida y aprendí a leer antes de entrar al colegio. Mis primeros recuerdos como escritora son alrededor de los siete años, cuando escribía fanfic de Los Picapiedra (carnet a la china). Siempre escribí en cuadernos que luego fueron a dar a la basura.

A los dieciséis años, entré a un taller de teatro y danza en Santiago.

El año 1989 me vine a vivir a Antofagasta, me casé en 1990.

El año 2007 dirigí la academia de teatro en la escuela “Javiera Carrera”, donde estudiaban mis hijos.

El año 2013 comencé a publicar mis novelas en Wattpad. Mi primera novela publicada fue *Vendida como una mercancía*, novela que tuvo una muy buena acogida tanto en Wattpad como en Amazon, donde se mantuvo por ocho meses en el primer lugar en Romántica. Le siguió *Acusada*, la que también tuvo buena acogida y destronó a *Vendida*. Con esa novela nació el grupo de Las Presionadoras de Freya, donde puedes unirte en Facebook.

El año 2015 participé en el Primer Encuentro de Escritoras y Lectoras “El amor está en el aire” en la Biblioteca Viva del Mall Plaza Norte en Santiago.

En enero de 2016 autopubliqué en papel *Quiero estar contigo* con la editorial *Romance & Letras*, novela que fue lanzada en el Café *Amor al arte* en Santiago y luego la presenté en la Biblioteca Regional de Antofagasta.

Para el segundo encuentro no pude asistir, aunque igual participé a lo lejos.

En marzo de 2017 participé en el Tercer Encuentro de Escritoras “El amor está en el aire” en el Espacio Matta en Santiago, con escritoras invitadas internacionales. Ese mismo día hizo el lanzamiento de mi libro en papel *Muriendo sin ti* con la editorial *Romance & Letras*.

Puedes encontrar los borradores de mis novelas en Wattpad y en Amazon los ya editados y revisados.

Realicé talleres de Escritura práctica en la Biblioteca Regional de Antofagasta de, el que se llevó a cabo durante dos años, así como uno especial para adultos mayores. Está pendiente una antología que quedó en stand by por el estallido social y ahora por el coronavirus.

Y sigo escribiendo... Espero que por muuuucho tiempo más.

Mis últimas novelas publicadas son *Junier, Príncipe de los Ángeles*, que es una historia paralela a *Terror; brujos en Chiloé* y la cuarta parte de *Posesión, Seguirás siendo mía*.

Sígueme en mis redes sociales:

Grupo de Facebook: El club de las Presionadoras de Freya

Instagram: @FreyaAsgard

Blog: Freyaasgard.blogspot.com

Wattpad: FreyaAsgard

Amazon: Freya Asgard